12 citas hasta ti



MAYA SIRVAL

12 CITAS
HASTA TI

Título: *12 citas hasta ti*

© Maya Sirval

© Todos los derechos reservados

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en ninguna manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de su titular. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del Código Penal)».

1ª edición: agosto de 2025

Independentlypublished

12 CITAS HASTA TI

MAYA SIRVAL



ÍNDICE

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Epílogo

Para las que todavía recuerdan con una sonrisa su primera cita, o la segunda… o cualquiera de las demás.

Prólogo

Si Charlie me dice ven, lo dejo todo. Literalmente.

Porque Charlie es el hombre de mi vida y el dueño de mi corazón. Puede pedirme lo que quiera que haré lo posible por dárselo.

Me derrito solo cuando me mira y me sonríe.

Es mi vida entera.

El *King of My Heart*, que canta Taylor Swift.

Pero, a pesar de que es mi gran amor y que sé que nunca podré querer de la misma forma a nadie, una chica necesita más cosas en la vida. Y la mía no puede girar solo en torno a la de un niño de menos de dos años.

¡Necesito sexo!

Y aunque él sea mi rey, creo que estoy preparada para encontrar a mi príncipe. No necesito que sea azul ni nada parecido. Vale, hasta me conformo con que no sea ni de la realeza.

De acuerdo.

Solo quiero enamorarme. Y creo que también me lo merezco.

Estoy casi dos años sin tener una cita de verdad con nadie y ya va siendo hora de cambiar esta dinámica. Ayer mismo, Julio, que es el padre de Charlie, se casó y él le llevó las arras hasta el altar.

No hay drama, así que no os preocupéis por mí. Julio tan solo fue un chico amable que había sido novio de mi mejor amiga y me consoló en un momento muy malo para mí. Me consoló demasiado bien, diría yo, y fruto de ese día nació mi niño. No me arrepiento de nada. Ese crío es lo mejor que me ha pasado en mis veinticuatro años de existencia. Ahora, después de superado varios momentos

tensos con la familia de Julio y la de su recién estrenada esposa, puedo decir que vuelvo a estar disponible para el amor.

No sé si estaré oxidada. No lo digo por el tiempo que ha pasado, sino porque ahora veo con otros ojos el tema de las citas con chicos. Ahora soy madre, y sí… he sido una cabra loca durante mucho tiempo, pero esa época pasó.

Hoy domingo, salgo con alguien.

Deseadme suerte.

Capítulo 1
Eduardo
(Finales de mayo)



Mi primera incursión en el mundo de las citas es con Eduardo, el padre de Tania, una niña pelirroja que va a la misma escuela infantil que mi Charlie. La niña es, físicamente, igualita a su madre, la ex de Eduardo.

Una de las líneas rojas que me he marcado es la de no liarme con antiguas parejas y novios de mis amigas, por motivos evidentes. Charlie es hijo de Julio, que fue novio en el instituto de mi mi mejor amiga en el mundo, Emma. No pienso tener otra crisis con una amiga como la que tuve el año pasado con ella. La posibilidad de casi perder la amistad de Emma me tuvo en un sinvivir durante semanas.

Julio, el padre de mi hijo, fue una aventura de una noche en una época muy mala de mi vida, y de esa noche, surgió Charlie.

No me arrepiento en absoluto, porque como he dicho anteriormente, ese niño es lo mejor de mi vida y lo amo con todo mi corazón. Pero cuando mi amiga Emma se enteró… hubo tensiones. De ese tipo que te tiene sin hablar durante días y sin dormir por las noches.

Así que la primera línea roja que me he marcado en esta nueva etapa de mi vida es la no enrollarme con antiguos novios de mis

amigas.

Afortunadamente Silvia, la ex de Eduardo, no lo es. Solo se trata de otra madre más de la escuela infantil a la que llevo a Charlie, con la que apenas me relaciono. Además, me cae fatal.

Pero eso está en el pasado, así que voy a centrarme en el chico que tengo delante, que es muy atractivo y encima abogado.

Madre mía, cómo me pone a mí un tío con traje. Eduardo tiene veintinueve años y trabaja para un bufete de la ciudad. No es que sea uno demasiado importante, porque además, esta ciudad no es muy grande. Su especialidad son los divorcios, eso me dijo, y desde ese momento no he parado de pensar en quién le estará llevando el suyo.

Entramos en el restaurante que él ha elegido para invitarme a comer y tengo que reconocer que es un sitio elegante, seguramente de esos a los que va con clientes o compañeros de trabajo. Dudé mucho en la ropa que iba a ponerme para esta cita. Llevo dos años sin tener una con un chico y, que yo recuerde, nunca quedaba un domingo; menos a la hora de comer. Es más, cuando salía de fiesta no solía despertarme hasta mediodía. Los domingos son para pasarlos en casa, sobrellevando la resaca en pijama y dormitando en el sofá viendo películas malas.

Claro que eso era antes de quedarme embarazada de Charlie y tener que poner en *stand by* mi vida; tanto en lo profesional como en lo personal.

—Entonces, cuéntame algo sobre ti. ¿En qué trabajas? —me pregunta nada más sentarnos a la mesa y que el camarero nos traiga las bebidas que hemos pedido. El tío es directo y conciso.

—Pues estoy en Dalia Beauty desde hace unos meses —le informo—, pero espero que sea temporal.

—¡Ah, la perfumería! —dice cayendo en la cuenta aunque sin mucho interés—. ¿En cuál de todas?

—La de la calle Campoamor —le especifico—, y bueno, mientras tanto intento terminar la carrera.

—Ah, ¿en serio? —Esto ya parece que le interesa más y me presta más atención—. ¿Qué estudias?

—Publicidad y relaciones públicas.

—Mmmm, eso no tiene muchas salidas.

«Zas», pienso al instante. La primera bofetada en toda la cara.

No parece tan gilipollas cuando va a llevar a Tania de la mano a la guardería y pone sonrisas a diestro y siniestro.

No me ha sentado bien, pero me digo a mí misma que debo respirar, relajarme y dar oportunidad a la gente para explicarse. Aunque mi dosis de paciencia está al límite. Es lo que tiene trabajar ante el público durante ocho horas diarias, atender a un niño de año y medio y luego ponerme a estudiar las asignaturas que me quedan de la carrera, justo cuando ya estoy hecha polvo y lo único que me apetece es tirarme en la cama y dejar de pensar. Después de todo eso, tener que aguantar que tu cita te suelte eso a las primeras de cambio, no me viene bien.

—Sí, bueno, en realidad, ¿qué carreras tienen salidas hoy en día, verdad? —le replico dejando la pregunta en el aire.

—Pues muchas: matemáticas, todo lo relacionado con la informática y la inteligencia artificial, ADE, *marketing* y Finanzas…

Eduardo parece tener una larga lista de carreras con muchas más salidas que la que estoy estudiando. No hay que ser muy lista para darse cuenta de que sutilmente insinúa que estoy perdiendo el tiempo.

—Sí, ya —le interrumpo porque no he venido a tener una cita con un orientador de estudios. Solo quería echar un polvo, joder—, pero esas carreras no son las que yo estudio, y no voy a cambiar ahora. Además, todo eso no me gusta.

Cuando viene el camarero preguntándonos si ya sabemos qué vamos a pedir, el tío ni le mira y le hace una seña con la mano para que se calle. Entonces, se dirige nuevamente a mí:

—¿Me dejas aconsejarte?

Ya de primeras, no me gusta que se dirija con cierto desprecio al camarero, pero es que además, no me hace gracia que me trate con esa condescendencia y piense que necesito consejo para decidir lo que quiero pedir. Más que nada porque no voy a negar que tengo mis manías, y eso de que haya caracoles en mi comida u otras cosas que se arrastran no me gusta lo más mínimo. Pero bueno, me ha dicho que me va a aconsejar, no quiere decir que vaya a pedir por mí.

—De aperitivo, queremos la ensalada *premium* con salmón y brotes de soja, el pulpo y las croquetas. Para comer, un arroz negro con sepia y calamares —dice el colega sin consultarme—. Ah, y una botella de Rioja.

No puedo creerlo. Lo ha hecho. El tipo ha decidido lo que quiero comer sin preguntarme. También de beber.

—Perdona, yo prefiero la lubina al horno, si no te importa —contrarresto con educación. No voy a tragar con eso aunque pague él y presuma de conocer muy bien el restaurante—. Y prefiero una copa de vino blanco.

—Pero el arroz tiene que ser mínimo para dos personas —me explica extrañado, como si le hubiera dicho que la tierra es plana—. No pueden hacerlo solo para uno.

El camarero espera pacientemente viendo nuestra pequeña discusión y sonríe. Sé que yo le he caído mejor que Eduardo y, de hecho, me lanza alguna mirada cómplice.

—Es que a mí no me gusta el arroz negro. —Es mentira porque, de hecho, me encanta. Pero ¿por qué coño tiene que pedir la comida por mí sin ni siquiera consultarme?—. Prefiero la lubina, lo siento, y mejor el vino blanco que el tinto. Por lo menos para mí.

La cita está yendo de pena y a Eduardo se le tuerce el gesto. En realidad, me da lo mismo porque no pienso volver a quedar con él en mi vida. Ya me ha tocado las narices desde el primer momento y por muy bueno que esté, que de hecho lo está, no voy a permitir que me ningunee, por muy abogado que sea.

—Bueno, entonces yo quiero un entrecot y una copa de tinto —dice resignado y molesto. Se nota que no le ha sentado muy bien—. Aunque te pierdes la especialidad de la casa, que es el arroz negro.

—Qué lástima… —le digo intentando ocultar mi sarcasmo.

A partir de ahí yo tengo claro que Eduardo no es como creía pero, aun así, intento disfrutar de la comida y hacemos alguna broma. La situación se relaja un poco; hablamos de los niños, de la escuela y de las maestras… lo típico. Me cuenta un poco de su trabajo pero siempre dejándome claro su estatus con cierto aire de superioridad. También me da a entender lo importante que es y el famoso acuerdo de confidencialidad al que está sujeto, así que tampoco profundiza mucho y todo es vago y un poco aburrido. Ya que me está hablando de su trabajo como abogado de divorcios, podría compartir algún salseo. Pero no. Yo evito hablar de lo que estoy estudiando porque no me apetece que me vuelva a sermonear o se le ocurra volver a insinuar que estoy perdiendo el tiempo y mi dinero en la universidad.

Llegados a un punto en la comida, pide una segunda copa de vino y empieza a relajarse más todavía. Se nota que no tiene mucha tolerancia al alcohol. Se le ve a kilómetros.

—Entonces ¿no tienes nada con el padre de Charlie? —me pregunta entrando en un terreno más personal.

—Nada en absoluto. Fue cosa de una sola vez y él se casó precisamente ayer.

—¿En serio? —exclama realmente sorprendido—. ¿Ayer?

—Sí, Charlie le llevó las arras. Fue muy bonito.

—Espera… ¿Estuviste en la ceremonia?

El vino está empezando a afectarle seriamente. Se ríe cada vez más y su voz sube un par de tonos cuando me pregunta. Le explico que Julio y yo nos conocemos desde el instituto, que fue novio de mi mejor amiga, que no existe ningún tipo de mal rollo entre nosotros, y que nos llevamos muy bien. Él me escucha con atención, más de la que ha puesto en mí en toda la comida.

—Y tú, siendo abogado especializado en divorcios—le digo cambiando de tema—, ¿quién te lleva el tuyo? Me lo estoy preguntando todo el tiempo. Debe ser raro, ¿no?

—Bueno, nadie me está llevando el divorcio. No nos hemos planteado esa cuestión todavía. Estamos como en una especie de descanso.

¿Perdona?, pienso al instante. Intento controlarme y no ser demasiado borde. Es uno de mis defectos, o virtudes, según se mire. Respiro profundamente y trato de serenarme para no parecer molesta.

—Un momento, me dijiste que te estabas divorciando. —No es una pregunta, lo sé con seguridad porque así es como me lo dijo él —. No me hablaste de un descanso.

—Ya, bueno. Espero que no lleguemos a eso, más que nada por la niña. Ya sabes cómo va esto.

¿Qué cojones? Mi pulso se acelera y no es de la manera que he previsto que lo haga hoy. Está claro que no pretendía salir de la comida con una propuesta de matrimonio, ni siquiera con una relación formal, pero lo que no estoy dispuesta es a ser el desahogo de uno de los padres de la escuela infantil de mi niño mientras intenta arreglarse con su esposa.

Ya me estoy imaginando siendo la diana de todos los cotilleos y rumores de la escuela infantil. La comidilla de los corrillos que hacen las madres en la guardería al dejar a sus niños. La «rompehogares»…

«¡Mierda!», «¡Joder!». Suelto tacos en silencio para no armar un escándalo en el restaurante, que está bastante lleno.

—Perdona, entonces estás separado al menos, ¿no? —Estoy casi segura de que no me va a gustar su respuesta—. Vivís cada uno por su lado…

—No. Seguimos viviendo juntos pero estamos en un mal momento.

En un mal momento, dice. La que estoy pasando el mal momento ahora soy yo que he aceptado salir con un casado. ¿Es que no sé seguir mis propios consejos?

—Mira —le digo al fin levantándome—, yo me voy a ir, ¿vale?

—¿Qué? Si todavía no hemos pedido el postre.

—Ya, si quieres te lo tomas tú. —Me pongo la chaqueta y el bolso y pongo una mano en su hombro cuando veo que hace ademán de levantarse también—. No te molestes. Quédate y tómate el postre tú solito. Yo me largo.

Cuando me dirijo hacia la puerta, el camarero me vuelve a sonreír. Es un chico jovencito, bastante guapo, y me marcho pensando que seguramente lo habría pasado mejor con alguien como él.

Voy caminando hasta casa de mis tíos, donde he dejado a Charlie. Hace dos meses que me mudé de su casa para irme de alquiler a un pequeño apartamento.

Aunque sea madre soltera, he de reconocer que tengo casi más ayuda que si estuviera casada.

Por un lado, Julio, el padre de Charlie y su recién estrenada mujer, se quedan con él muchas tardes. Mis tíos, con los que viví desde que murieron mis padres, se encargan de recogerlo de la guardería y la mayor parte de los días come con ellos. Luego están los abuelos. Mi niño tiene tres pares de abuelos que, como me pasa a mí, están enamorados del niño: los padres de Julio, los de su mujer Laura y mis tíos.

Además, Laura es prima hermana de Emma, mi mejor amiga, que además es madrina de Charlie, por lo que sus padres lo quieren como si fuera su propio nieto también. Espero no haberos liado mucho, pero es que mi vida es así. Todo un lío.

La cuestión es que, a pesar de estar sola, tengo muchísima ayuda y es por ello que he podido retomar mis estudios, aunque el idiota de Eduardo piense que la carrera que elegí no tiene salidas.

Ya en casa, sin tacones, con el niño acostado y el segundo capítulo de *Buffy cazavampiros* en la televisión, me hago una nueva nota mental:

Segunda línea roja: antes de salir con alguien asegúrate de que está soltero.

Capítulo 2

Prometí llamar a Emma para contarle mi cita; estamos a miércoles y todavía no lo he hecho.

No soy mala amiga. De hecho, creo que soy una cojonuda, pero me da vergüenza no haber visto venir lo de Eduardo. El año pasado le di la brasa a Emma porque se enamoró de un compañero de trabajo que resultó estar casado. La tuvo engañada durante meses, y ahora voy yo y estoy a punto de caer en lo mismo.

Me dirijo a la perfumería después de haber dejado a Charlie en la guardería; por suerte, estoy evitando encontrarme con Eduardo. Con ella, su mujer, nunca lo hago porque parece ser que lleva a su niña por la tarde, mientras yo estoy trabajando, así que no coincidimos.

Menos mal, pienso aliviada.

No sé si son paranoias mías o mi subconsciente me está traicionando, pero alguna de las madres de la guardería me miran más que otras veces y empiezo a comerme la cabeza. No es posible que se hayan enterado de nada, esto tampoco es que sea un pueblo, y yo no hice nada malo… al menos a propósito. Menudo desastre.

Mi móvil suena y la cara sonriente de Emma se muestra en la pantalla. No tengo excusa para evitarla y no me queda más remedio que contestar.

—¿Qué pasa, abejita?

—¿Cómo que qué pasa? No me has llamado —me dice lo evidente—. Llevo en ascuas desde el domingo. Cuéntamelo todo.

Me gustaría decirle que eché un polvo, que me quitaron las telarañas que habían empezado a acumularse ahí abajo, que me

destrozaron el himen que se se me había reproducido y mil cosas picantes más. Soy un poco bruta, y aunque Emma siempre finja escandalizarse, en el fondo mis historias le dan vidilla.

Pero no tengo nada parecido que contarle y empiezo a pensar que me estoy convirtiendo en una madre aburrida, sin vida social, y terminará buscándose otra mejor amiga. ¿Dónde han quedado mis noches locas?

—No hay nada que contar, Emma —le digo mientras camino relajadamente hacia el trabajo. Apenas son las nueve y cuarto, y hasta las diez no tengo que abrir la perfumería—. Al final no estaba tan divorciado como yo creía.

—¿Qué me estás diciendo? ¿En serio? —la escucho preguntar indignada. Sé que lo está sin que tenga necesidad de decírmelo—. ¡Qué capullo! —Pero me lo confirma para que no me quede ninguna duda.

—Ya. Uno de los grandes. Cuando me dijo que ni siquiera estaba separado y que solo se estaban dando un descanso, me levanté y lo dejé plantado en el restaurante para los postres —le cuento—. No tengo tan buen ojo cuando se trata de mí.

—No digas eso, tú al menos te diste cuenta en la primera cita —me recuerda haciendo alusión a su lío con su excompañero de trabajo—. Yo tardé meses en entender que solo era la amante. Y eso que me lo avisaste muchas veces.

Cuando llego a Dalia Beauty, Jessy y Sonia ya están dentro arreglándose. Siempre solemos ir antes. Así podemos maquillarnos y probar las cremas y los productos que tenemos en la tienda. No es que seamos unas aprovechadas, son instrucciones de la dirección. Nos quieren bien maquilladas y guapas.

Las saludo desde la calle y me quedo fuera para poder terminar mi conversación con Emma.

—La verdad es que echo de menos salir contigo por ahí —le digo en un arrebato de sentimentalismo—, ahora que dispongo de tiempo y ganas, no tengo a mucha gente con quien hacerlo.

—Vaya, ¿sólo me echas de menos por eso? ¿Para tener a alguien con quien pendonear? —Emma finge estar molesta, pero sé que solo es eso; teatro—. Yo también, pero el domingo lo pasamos bien en la boda, ¿no?

La boda de Julio, su ex, padre de mi hijo Charlie y marido de su prima Laura.

—Sí, claro que lo pasamos bien, pero me refiero a una salida de esas locas nuestras. De ir a una discoteca, bailar hasta que nos salgan ampollas en los pies y despertarnos al día siguiente con una resaca de las que hacen época. Me refiero a ese tipo de salidas —le explico con nostalgia—. A veces me da la sensación de que tengo ya cuarenta años en vez de veinticuatro.

—Tú nunca parecerás de cuarenta ni cuando los tengas realmente —me asegura con cariño—, ni siquiera cuando tengas sesenta.

La verdad es que no entiendo cómo no he llamado antes a Emma. Ella es la que me levanta el ánimo cuando estoy de bajón.

—Bueno, mis primas siempre están diciéndome que organice una cena ahora que estoy más libre —le cuento sin mucho énfasis—. Quizás reúna a *El Convento*.

Así es como llamamos al grupo de Whatsapp que tengo con mis primas: *El Convento*. Somos cuatro en total; la madre superiora, la abadesa, la novicia y la monja de clausura. Ese es mi nombre dentro del grupo desde que tuve a Charlie y puse en pausa mis salidas con ellas.

—¡Eso es genial! —exclama mi amiga mucho más emocionada que yo por la idea—. Tus primas son muy divertidas.

—Y peligrosas, Emma —puntualizo—. A veces me dan miedo.

—Tonterías. Lo que tienes que hacer es salir y divertirte. Pasa de los hombres. Solo traen problemas.

—Claro, lo dices tú que tienes a Marc viviendo contigo. Ese chico bebe los vientos por ti y besa el suelo por donde pisas. A veces te

odio, amiga.

—Bueno, ya sabes que tuve que besar a varios sapos para encontrar a mi príncipe. Tú también lo encontrarás porque eres la mejor, Ruth.

—No, tú eres la mejor, Emma —le susurro al teléfono—. Te quiero un millón.

—Y yo a ti dos.

Aunque esté de bajón por mi cita del fin de semana con Eduardo, el abogado, la verdad es que Emma me ha hecho sentir mucho mejor. Jessy y Sonia se están maquillando y me hacen una seña para que me una a ellas. Al menos ponernos guapas también me sube la moral. Y no es por presumir, pero estoy bastante buena.

El trabajo en la perfumería es divertido y entretenido. Aunque a veces termine con ganas de estrangular a alguna clienta, reconozco que lo paso bien. Lo pasamos bien.

Mis compañeras son buenas chicas, de mi edad, año arriba, año abajo, y nos cubrimos bastante bien las espaldas.

Dalia Beauty es una de esas cadenas de perfumerías que están de moda por la cantidad de productos que han viralizado en las redes sociales, sobre todo en Tiktok. Tenemos las grandes marcas en maquillaje y cosmética pero con lo que más triunfamos es con nuestra gama barata de productos que tienen poco que envidiar a las más famosas.

Yo, que estudio Publicidad y Relaciones Públicas, tengo que reconocer que el departamento de *marketing* de Dalia es excelente.

Jessy es la novata en la tienda. Apenas lleva tres meses, pero se ha adaptado bastante bien a nosotras y a nuestra forma de trabajar. Yo creo que le gusto un poco porque a veces la pillo mirándome mientras me pinto los labios y se le abre la boca. Entonces mira hacia otro lado y disimula.

Sonia es la veterana, aunque solo tenga unos años más que yo. Pero lleva casi cinco trabajando para Dalia y es nuestra encargada.

El puesto se le sube un poco a la cabeza y a veces no hay quien la aguante, pero por lo demás, no puedo quejarme mucho de mis compañeras. Ni ellas de mí tampoco.

En uno de esos descansos en los que no entra ni una sola clienta y estamos las tres mirándonos las caras, escribo a El Convento.

***Yo**: Chicas necesito abandonar la clausura y pronto. ¿Cómo lo tenéis?*

***Rebeca**: Alabado sea Dios!*

***Fabiola**: Ave María Purísima! Poned fechaaaaaaa*

***Judit**: Este fin de semana no puedo ¿Cómo os viene al siguiente?*

La verdad es que no me cuesta nada convencerlas y mis primas se apuntan a un bombardeo. Después de unas cuantas negociaciones y cuadrar sus apretadas vidas sociales, quedamos dentro de un par de sábados para una noche loca de cena, baile y desenfreno. Con la promesa implícita de que *El Convento* la va a liar.



Julio regresa de su luna de miel de dos semanas con Laura y tiene unas ganas enormes de ver a su niño, así es que acordamos en que ese fin de semana, el de mi vuelta oficial al mercado, ellos se quedarán con mi hijo. Yo estoy más que encantada de poder tener una noche entera —y sus consiguientes consecuencias del día siguiente— para mí sola. Viniendo de mis primas, lo más seguro es que esas consecuencias sean salvajes y prefiero que Charlie no tenga que presenciar la cara que seguramente tendré el domingo por la mañana.

Tengo que reconocer que es una gran ventaja que todos se peleen por quedarse a mi hijo. Me hace sentir poderosa, como si todo el mundo quisiera poseer algo que me pertenece. Como si

fuera dueña del tesoro más codiciado de la Tierra.

Nuestro acuerdo de custodia se realizó con un mediador pero es extremadamente flexible. Charlie vivirá conmigo siempre y eso no es negociable.

Julio contribuye económicamente en su manutención; para él, eso no es ningún problema porque siempre ha estado podrido de dinero. Las visitas se concertaron de manera gradual hasta que Charlie se acostumbró tanto a él como a Laura y a sus nuevos abuelos, que se han triplicado. Desde ese momento, siempre hemos llegado a acuerdos puntuales.

Charlie se queda con Julio como mínimo un par de fines de semana al mes y compartiremos las vacaciones a medias también, pero hasta ahora nunca hemos discutido por estar más o menos tiempo con él. Es como una custodia a la carta y a conveniencia pero con un acuerdo legal que me empeñé en que firmáramos ante notario.

El problema viene con sus padres y mis tíos, que siempre han ejercido como los principales abuelos en la vida de Charlie. Ellos se pelean un poco más, pero es entre sí, yo me mantengo al margen.

La principal ayuda me la proporcionan mientras estoy trabajando. Lo recogen de la guardería, le dan de comer, lo llevan al parque, y a cierta hora voy a buscarlo y pasamos juntos el resto de la tarde y la noche antes de dormir. Eso me da tiempo para poder retomar mi carrera.

Para poder coordinar a toda la familia en la misión de cuidar a mi niño, tenemos un grupo de Whatsapp al que bauticé *Los ángeles de Charlie*—lo sé, es ideal—, y desde allí lo organizamos todo: entradas, salidas, parque y meriendas.

Aunque esté muy a gusto en la perfumería, tengo ambición y aspiro a lograr grandes cosas en mi vida. Sé a ciencia cierta que tengo capacidad de sobra. Ganas tampoco me faltan. Lo que no he tenido hasta ahora es suerte.

Llevo casi dos años sin comprarme nada de ropa sexy y cuando

miro en mi armario casi me echo a llorar. ¿En qué momento alguien pensó que el verde neón era favorecedor? Parece que yo fui una de ellas, y entre el verde y el rosa, me da la sensación de que tengo una sandía a pedazos desplegada en mi guardarropa.

El negro siempre es una opción clásica y atemporal pero en estos dos años mi cuerpo ha cambiado, y aunque ya no le doy el pecho a Charlie, se me han quedado dos buenas tetas y no me veo bien con ninguno de esos *tops* tan escotados.

Además, no voy buscando un lío; quiero pasarlo bien con mis primas, bailar hasta caer rendida y emborracharme. Con todo el tiempo que estoy sin beber, seguro que no tardo demasiado.

Al final decido ir a la *boutique* de Ariadna y me compro un vestido de esos que pueden decir muchas cosas; dependiendo de la actitud con la que lo lleves, el antro al que vayas o llegados un punto, la hora de la noche en la que te encuentres.

Antes de quedarme embarazada, habría optado por algo más atrevido, ahora intento controlar a mi Ruth de dieciocho años que amenaza con salir de mi interior de vez en cuando. Esa Ruth que me metía siempre en líos, a la que Emma aplacaba cuando podía.

Pero ahora Emma no está y mis primas, como ya he dicho antes, son peligrosas.

Judit es la que ha elegido el restaurante y no se le ocurre otra cosa que llevarnos a una pizzería en la que trabaja un italiano que le hace tilín. En realidad es el hijo del dueño y es más español que los polvorones de Estepa. Pero se llama Giorgio y a mi prima le gustan los morenazos con pinta de ser capaces de arruinarte la vida pero dejarte bien pasada por el horno de piedra.

Cuando entramos las cuatro vestidas para matar y le preguntamos a Giorgio por la reserva de *El Convento*, este nos mira de arriba a abajo y se muerde el labio inferior poniendo una cara que hace que a mi prima se le derrita el cerebro.

No me extraña porque Giorgio está bueno, pero le llamo la atención porque tengo la sensación de que mi prima nos ha traído

aquí por su propio interés.

—No he venido a que me hagáis la de siempre y os vayáis con cualquiera —les pido casi en una súplica—. Necesito una noche de chicas, de baile y de muchas risas, ¿de acuerdo?

—De acuerdo/ claro prima —dicen a la vez Rebeca y Fabiola.

Judit me pone un puchero sin dejar de quitarle los ojos de encima a Giorgio.

—De acuerdo —consiente al fin—, pero ese tío no es cualquiera ¿eh? ¿Tú has visto sus brazos?

Al final me salgo con la mía y Judit se controla con el pizzero. Cenamos entre risas sin parar de contar anécdotas de nuestra infancia mientras la sangría que nos ha preparado Giorgio va deshinibiendo nuestro sistema. Esta noche pretendo que sea épica.

Capítulo 3
Fernando (MAYO)



Hace exactamente dos años que no entro en una discoteca. Justo los dieciocho meses que tiene Charlie más los cuatro últimos del embarazo. Evidentemente, estar bailando con una barriga grande no me hacía sentir muy *sexy*. Estamos las cuatro monjas pidiendo nuestras bebidas en la barra y a Rebeca, como siempre, no se le escapa ni una.

—Ruth, a tu derecha —me dice en voz baja como si me estuviera advirtiendo de un peligro mortal.

—A mi derecha ¿qué? —le pregunto volviéndome a mirar donde me indica.

—A esa derecha no, la otra —me insiste.

—Entonces quieres decir a mi derecha de la izquierda, ¿no? —le corrijo con ironía. Me vuelvo al lado correcto esta vez y mis ojos se paran donde sé que ella quiere que mire— ¿En serio?

—Ese tío no te ha quitado los ojos de encima desde que hemos pisado la barra.

El tío en cuestión es un moreno guapísimo que lleva una camisa rosa. Me paro a pensar un momento en la combinación tan divertida que haría con la blusa verde neón que he dejado en mi armario.

—No me mira a mí, sólo lo hace en esta dirección; por lo que sé, podría estar mirando a cualquiera de nosotras cuatro y las veinte tías que hay detrás de nosotras.

—Es a ti —le da la razón Fabiola—, si me mirara a mí así, ya habría ido a decirle algo.

—¿Tú no tienes novio? —le preguntó en plan madre—. Céntrate en pedir las copas, anda.

No te des la vuelta, me digo a mí misma. Pero es verdad que parece que el chico no me quita los ojos de encima y una no es de piedra. Me sonríe cuando hacemos contacto visual y yo me pongo nerviosa. Y eso es nuevo. Yo nunca me pongo nerviosa con un chico, por muy guapo y fuerte que esté. Porque a este chico se le notan las horas de gimnasio hasta en las pestañas.

—Ve a decirle algo —me propone Fabiola—. ¿No ves que se le están yendo los ojos?

—¿Pero cómo voy a acercarme a él? No lo conozco y…

Me callo porque, de repente, la que se ha acercado es mi prima Rebeca y le está hablando. El chico se ríe y tiene una risa preciosa. Desde donde estoy no lo escucho pero me imagino también que suena a música celestial. De hecho, casi no puedo oír a mi prima insistiéndome en que me acerque, pero claro, estamos en una discoteca. La música está alta, la gente baila y se ríe y yo me he quedado un poco atontada observando la nuez del cuello del chico subir y bajar cuando echa la cabeza hacia atrás. Sigo imaginando en mi cabeza cómo sonará esa risa.

Le doy un buen trago al *gin tonic* que por fin mi prima ha conseguido que nos sirvan. Cierro los ojos e intento concentrarme en la música. Me muevo llevando el ritmo y entonces escucho una voz en mi oído que suena demasiado cerca.

—¡Hola! —Abro los ojos y es ese tío; está tan cerca de mí que puedo oler su perfume y hasta el champú de su pelo—. Me han dicho que eres una gran bailarina. ¿Bailas conmigo?

Mis primas me hacen señas obscenas detrás de él y a mí se me sube el color hasta la punta de las orejas. Me ofrece la mano y yo, como una idiota, me dejo llevar hasta el mismo centro de la pista de baile. No es que la música sea mi estilo favorito, pero el ritmo es pegadizo, mucho más que la melodía, que es prácticamente inexistente, y comenzamos a bailar.

—¿He sido muy descarado? —me pregunta con un suave acento andaluz—. Es que en cuanto te he visto no he podido evitar fijarme en ti.

—Solo un poco —digo colocándome el pelo detrás de la oreja de manera coqueta.

Espera, no coquetees, pienso. No has venido a esto, ¿recuerdas?

Me da vueltas por la pista y me mira más intensamente de lo que recuerdo que nadie me haya mirado en mucho tiempo. En un movimiento sutil pero decidido, me gira y me acerca a él; apoyo mis manos en su pecho y confirmo que está duro como una piedra. Mi radar sigue funcionando y no me he equivocado al calcular sus horas de gimnasio. Luego están esas pestañas que adornan unos ojos verdes preciosos...

A esas alturas, yo ya me he olvidado de esas traidoras hermanas mías de *El Convento* y me concentro en la boca del chico, que solo puedo definir como perfecta. Nuestros movimientos son cada vez más sensuales, parecemos contagiados por la música, las luces y la gente que nos rodea… Solo que, cuanto más me acerca a él, a mí más se me olvida el resto del mundo. Hay chicos que dan voces a nuestro alrededor y el ambiente cada vez está más cargado y pesado. Incluso es difícil moverse con toda esa gente dando empujones.

De pronto, la música cambia a una canción más lenta y la multitud vitorea. Debe ser una que se ha hecho viral en mis dos años de sequía porque no la he escuchado nunca. El chico se la sabe perfectamente. Me coge de la cintura, me aprieta contra su pecho y nuestras bocas quedan a escasos centímetros la una de la otra. Puedo respirar su aliento a ron cola y el *aftershave* que ha usado. Sé

que es deformación profesional, pero identifico la marca que usa, y es una de las caras.

Gira su cabeza muy despacio hasta poner sus labios peligrosamente cerca de mi oído y me susurra rozando el lóbulo de mi oreja:

—Me llamo Fernando.

Tendría que decirle mi nombre yo también, pero noto que está oliendo la piel de mi cuello y me desconcentro. El calor que me sube por todo el cuerpo ha debido provocar algún tipo de cortocircuito en mi cerebro porque en lo único que puedo pensar es en cómo se sentirán sus labios en otras zonas de mi cuerpo, mucho menos visibles y más íntimas. Como me sentiré yo cuando otras manos, sus manos, vuelvan a tocar mis pechos.

Cuando sentimos el enésimo empujón, me coge de la cintura y me guía a una zona mucho más tranquila. Hay personas a nuestro alrededor pero al menos donde estamos ahora no corro peligro de ser arrollada. La música está tan alta que hago lo único que se puede hacer además de bailar. Lo agarro de la camisa y me lanzo a sus labios. Me recibe sin sorprenderse, con la tranquilidad de saber que juega sobre seguro.

No puedo evitar pensar que me ha elegido por eso. ¿Habrá notado que estaba un poco necesitada?

No seas idiota, me contesto a mí misma.

Estoy besando a un desconocido en el rincón de una discoteca oscura. Lo único que sé de este tío es que se llama Fernando, es de alguna parte de Andalucía y besa como si se entrenara, solo para eso, unas quince horas al día.

La puerta del baño se abre a nuestro lado e interrumpen el beso. Salen un par de chicas riendo y un poco tambaleantes. Fernando me coge de la mano y le sigo sin dudar. Entramos y, antes de que se nadie se percate de nuestra presencia, nos metemos en uno de los cubículos que está vacío. No sé en qué momento la cosa

se me ha ido de las manos pero ahora estamos muy cerca, en un espacio muy reducido y besándonos contra la pared de ese baño.

—¿Cómo te llamas? —me pregunta en una pequeña pausa para coger aire.

—Sara —le miento.

No sé realmente por qué lo he hecho. Quizás porque me encanta ese nombre y esto que está pasando ahora es como una fantasía. Me he metido en el papel y me entrego a él por completo. Es una fantasía, sí, pero se está volviendo real por segundos. Me entrego al papel, sí, pero también al chico, que ahora baja sus manos por mi cintura y las deja sutilmente en mi trasero.

En todo el tiempo me mira buscando consentimiento y se lo doy con mis ojos, mi boca y mi lengua que lucha por ganar la partida que acabamos de empezar en el baño. La cosa se pone mucho más caliente por momentos. Los besos ya no son suficientes y el deseo nos está superando a los dos.

Ahora me mordisquea el cuello justo en el punto en el que sé que mañana tendré un chupetón y mi mano se baja a su entrepierna. Creo que es suficiente señal para dejarle claro que quiero llevar esto hasta el final, pero por si acaso no he sido lo bastante explícita le susurro al oído un «tócame» con mi voz más sexy y sensual.

—Sí, joder —responde él dejándome un leve mordisco en el labio.

No tarda mucho en cumplir mis deseos. Me levanta el vestido, que se queda recogido en mi cintura. Estoy vergonzosamente mojada y soy completamente consciente de ello pero, llegados a este punto en el que estoy a punto de follarme a un desconocido en el baño de una discoteca, casi me da un poco igual.

No me importa mucho que note que estoy un poco «ansiosa». Menudo eufemismo para referirme a lo desesperada que estoy porque me toque. Me acaricia explorando lentamente con sus dedos sobre mi ropa interior que, a estas alturas, ya está completamente

empapada; yo le agarro la mano para que la meta entre mis bragas. Creo que, tal y como se han desarrollado los acontecimientos, no hace falta ir con sutilezas.

Gimo en su boca y él sólo acierta a decir otro «joder» cuando mete sus dedos en mí. No sé cómo está haciendo lo que quiera que me está haciendo pero sé que no voy a durar mucho. Todo es sexy y un poco sucio al mismo tiempo. Es abrumador y caliente. Y me hace llegar al orgasmo en menos tiempo del que tardo en asimilar lo que estoy haciendo. Él sonríe satisfecho y orgulloso de haberme hecho llegar tan deprisa. Estoy a punto de decirle que no presuma tanto y que no tiene tanto mérito. Entonces se mete los dedos en su boca y se los chupa al tiempo que dice:

—Sabía que estabas muy rica.

A mí vuelve a palpitarme todo, aunque en realidad no ha dejado de hacerlo desde el momento en que estábamos bailando en la pista, así que le empujo suavemente para que se siente en el váter y yo me coloco encima.

—¡Espera! —me dice en voz baja—. No tengo condones.

—Yo sí, tranquilo. No me paro a explicarle que no salgo de casa sin un condón en el bolso, y además, que de vez en cuando lo renuevo, porque no me arriesgaría a que eso caducara y llevarme otra sorpresa.

El baño está oscuro y sus ojos verdes más todavía. Tiene las pupilas completamente dilatadas y me observa mientras rompo el papel del preservativo y se lo pongo lentamente. Es más grande que Willie; incluso, un poco más ancha, y suelto un gemido en anticipación. Willie es mi consolador de quince centímetros, y en estos dos últimos años lo he usado bastante, así que tengo las medidas muy a la mano. Nunca mejor dicho.

Me monto encima y tomo las riendas; él simplemente me sujeta de las caderas mientras me muevo con lentitud al principio. Quiero disfrutar el momento así que me tomo mi tiempo para acostumbrar a mi cuerpo.

Él no parece desesperarse, me baja el tirante del vestido y la copa del sujetador. Acerca mi pecho a su boca y chupa mi pezón con ansia. Eso me lleva al borde de nuevo y me muevo mucho más rápido mientras él sostiene mi espalda.

Se escuchan voces y risitas fuera y me da exactamente lo mismo. Si alguien mirara por debajo de la puerta vería sus zapatos y mis tacones a los lados. Y escuchar, seguro que se nos escucha a pesar del volumen de la música.

Estoy a punto de volver a correrme. ¿Dos veces en quince minutos? No estaremos mucho más tiempo, así que podría considerarlo mi récord personal. Las voces van y vienen y la música se escucha más o menos fuerte cada vez que abren la puerta.

Él gime y sé que también está casi al límite porque abandona mi pecho para tirar la cabeza hacia atrás y acomodar sus caderas. Entonces se corre con un grito que ahoga a malas penas y yo hago lo mismo pero en su hombro.

Llega lo incómodo del momento. Después de calmar nuestra respiración, de aplacar los latidos del corazón. Toda nuestra excitación se ha marchado y nos miramos. Él sonríe y yo aprieto los labios sin saber qué decir.

Me levanto despacio y me vuelvo. No quiero tener que mirar cómo se quita el condón.

—Sara… —me dice en voz muy baja. En un principio me extraña escuchar ese nombre y luego recuerdo que es el que le he dado—, ha sido…uff.

—Sí, ha estado bien —le confirmo en el mismo tono. Aunque podría haberle dicho que ha estado fantástico.

No sé por qué ahora nos andamos con tanta cautela cuando todo el que ha entrado en este baño nos ha escuchado, pero parece que es lo correcto.

Me acomodo el vestido, él hace lo mismo con su camisa y su pantalón. Vuelve a abrirse la puerta y entrar gente.

—Oye —le digo—, ¿qué te parece si salgo yo primero? Que no nos vean salir juntos del mismo baño, ¿de acuerdo?

—Claro, pero no te vayas, ¿eh? —me ruega casi más con sus preciosos ojos verdes que con sus palabras—. Me esperas, ¿verdad?

—Sí, claro. Estaré en la barra.

Cuando salgo, mis primas están bailando en la pista, rodeadas de varios chicos que tienen esperanzas de triunfar esta noche. Hasta que llego yo como un vendaval, las cojo de las manos y me las llevo fuera de la discoteca a toda prisa.

—¿Qué tal, Ruth? —me pregunta Rebeca entre risas—. Lo has pasado bien, ¿no?

—No vuelvo a salir con vosotras.

Capítulo 4
Junio

No puedo decir que me arrepienta después de lo de anoche. De hecho, me ha costado dormir un poco pero no pensando en que fue un error, sino recordándolo. Ha sido *sexy*. Y el chico era bastante encantador.

Llevo ya media hora despierta mirando al techo, intentando alargar más el momento post fiesta. Tendría que llamar a Emma, contarle que por fin me han desvirgado —s í, en serio, pensé que me había vuelto virgen de nuevo—, pero tengo que ducharme, arreglarme y estar medio presentable para cuando me traigan a Charlie.

Me miro en el espejo y lo que veo es un horror.

Anoche no me quité el maquillaje y tengo lápiz de ojos y rímel por toda la cara. Pero eso no es lo peor. Eso se quita con una toallita desmaquillante y mucha crema.

Lo que tiene difícil solución es mi cuello.

Incluso en los momentos de más pasión sabía que la noche me iba a dejar marcas, pero no imaginé que me fuera a obsequiar con un collar entero de chupetones recorriendo toda mi garganta. Luego está el del pecho. Debajo de uno de ellos tengo otro moratón que ya ha empezado a teñirse de color malva. Ese podré taparlo sin problemas, pero a ver qué excusa pongo para llevar un pañuelo al cuello con el calor que empieza a hacer ya.

Cuando Julio y Laura tocan a mi puerta, escucho a Charlie llamándome desde el pasillo. Ese niño me tiene loca pero es que es completamente adorable.

Al abrir se lanza a mis brazos y empieza a dejarme besos por toda la cara. Se engancha como un koala a mi cintura y lo tengo así todo el tiempo mientras hablo con su padre.

Cuando Julio viene con Laura su tono conmigo es diferente a cuando lo hace solo. No me pregunta por nada personal y solo hablamos de la manutención de Charlie, de los días que van a venir a recogerlo y detalles por ese estilo. Yo tampoco les pregunto nada y eso que acaban de venir de una luna de miel por Tailandia. Lo más cortés sería eso, pero prefiero siempre ver de qué talante está Laura.

Es una tía que siempre me ha caído genial. Es prima de mi mejor amiga y siempre nos hemos llevado bien, pero claro, eso fue antes de que se enterara de que me había acostado con Julio y había tenido un hijo suyo sin decírselo.

Yo lo entiendo y no me molesta que a veces se ponga un poco borde conmigo.

Laura, a pesar de haber aceptado que su prometido, perdón, su ahora marido, tenga un hijo conmigo, aún mantiene ciertas reservas en nuestra relación. Por mucho que le hayamos dejado claro que nunca ha habido nada entre nosotros más que una noche loca. Pero Laura dice que donde ha habido fuego siempre quedan brasas y piensa que entre nosotros hubo eso: fuego.

Nada más lejos de la realidad. No llegó ni a un conato de incendio. Solo hay que vernos juntos para entender en el acto que no hay ninguna química, ni física ni literatura, y menos de la romántica. De la erótica, ni rastro.

Cuando en realidad hubo fuego fue anoche con Fernando. Eso fue un incendio de monumentales dimensiones.

—¿Te parece si son mis padres quienes recogen a Charlie esta semana de la guardería? —me pregunta Julio sacando una agenda en papel. Debe ser de las pocas personas que todavía se anota las cosas así—. Esta semana tengo trabajo fuera y no sé si llegaré a tiempo a recogerlo yo.

—Claro, sin problema —le aseguro—. Aunque será mejor que hablen con mis tíos. Últimamente se queda durmiendo la siesta y a veces no lo llevan. Les diré que lo pongan en el grupo.

—Otra cosa —me empieza a decir mientras Laura nos escucha sin dejar de mirarme—. Tenemos que ir planificando las vacaciones, ¿no te parece?

—Las de verano dices. —Lo que es que te sobre el dinero. Acaban de pasar dos semanas en una luna de miel que les habrá costado un dineral y ya están pensando en otro viaje que seguramente será genial—. Aún no me lo había planteado, la verdad. Ni siquiera he pensado en ello.

—Laura y yo habíamos pensado pasar un par de semanas con Charlie en la playa —me informa—. Es bueno para los niños.

—Si te parece bien, claro —añade Laura, que ha estado callada todo el tiempo.

—¿No me va a parecer bien? —exclamo—. Yo no puedo irme a la playa con vosotros, ¿no?

Laura no cambia su semblante serio y me regaño a mí misma por soltar esa estúpida broma. Tengo que recordarme no tentar a mi suerte porque este acuerdo que tenemos es muy conveniente. Nos viene bien a todos y es lo mejor para Charlie. Cuanta más gente lo quiera, más feliz seré yo. No pienso crear conflictos ni malos entendidos.

—Bueno —dice Julio ignorando el comentario y retomando el tema—. Hemos estado mirando playas y las que más nos gustan están en el Levante. Hemos pensado en alquilar un apartamento y, así quizás, nos acompañarían mis padres también.

—Claro. Será genial. Charlie todavía no ha visto el mar y creo que le encantará.

—Pues entonces solo falta decidir las fechas para que vayamos viéndolo y no coincidamos —dice abriendo de nuevo su agenda.

—Yo no creo que tenga vacaciones —le digo pensándolo un momento—, y si las tengo no voy a ir a ningún sitio. No me queda otra que ahorrar para la matrícula del próximo curso, así que supongo que pasaré unos días en el campo de mis tíos, que tiene

piscina y poco más. Puedes elegir las dos semanas que mejor te convengan. Tú eres el dueño de tu empresa.

—Oh, sí. Pues lo vamos viendo entonces —me dice incómodo.

—Cuando lo tengas claro, me comentas —concluyo.

El del dinero siempre supone un tema delicado, pero es lo que me ha tocado por ahora.

—Pues creo que nos vamos a ir ya, ¿verdad, cariño? —le pregunta a Laura, que sigue mirándome y parece estar callándose algo—. Bueno, una cosa más —me dice recordando algo de pronto —. ¿Te importa si le compro a Charlie unas zapatillas súper chulas que vi el otro día?

—Claro que no. A mí puedes comprarme otras si quieres. —«Zas», ¿en serio no puedo estarme calladita? —. Es una broma, jeje.

Julio sabe que mi sueldo en Dalia es escaso y que me da lo justo para el alquiler del apartamento y los gastos. Si no fuera por la manutención más que generosa que me pasa puntualmente todos los meses, no podría haberme ido de casa de mis tíos. Aun así, aunque sea su hijo y tenga todo el derecho del mundo a hacerle regalos, siempre me pregunta si estoy de acuerdo. Es todo un caballero.

—Son unas zapatillas de la misma marca que usa Julio para correr —interviene Laura. No parece haberle molestado mi comentario, así que respiro tranquila—. Son una pijada total.

—¿Te vas a gastar una pasta en unas zapatillas para correr que seguramente se le quedarán pequeñas en una semana? —le pregunto negando con la cabeza—. Si apenas da diez pasos sin caerse. Cómo sois los que tenéis dinero.

—Sí, ¿puedo o…?

—¿Qué te ha pasado en el cuello? — interrumpe Laura mirando fijamente lo que he intentado tapar sin demasiado éxito.

Julio le pega un codazo, lo que me da a entender que él también se ha fijado y lo han comentado antes, seguramente mientras iba a la cocina a por agua para Charlie. El pañuelo que me he puesto se ha movido ligeramente y ha desvelado más piel de la que debería.

Me lo tapo instintivamente pero es casi imposible. Los chupetones están por todas partes. Necesitaría una de esas bufandas que dan tres vueltas al cuello. Pero estamos a Junio.

—Bueno, ya sabes —le guiño un ojo si dar más detalles—. La noche se volvió un poco intensa y…

—¿Te hicieron daño? —Laura me sigue preguntando y la verdad que está mucho más seria que de costumbre conmigo, y no es por mis estúpidas bromas—. Porque si alguien te hizo algo contra tu…

Ahora entiendo el gesto serio que Laura ha tenido todo el tiempo. Parece que ha estado creyendo que alguien me ha agarrado del cuello con violencia. Y, a decir verdad, si no supiera lo que ha pasado, podría haber sido eso.

—¡Nooo! —Me tapo la cara con las manos un poco avergonzada por tener que explicarme pero noto la preocupación genuina de Laura por mí y no me queda más remedio—. Nada de eso, tranquila.

—Ya te he dicho que eran chupetones —le recrimina Julio en voz baja como si no pudiera oírle.

—Pues no sé, me han parecido muchos y por muchos sitios. Como si fueran marcas de manos.

Lo de que me estrangulen mientras tengo sexo no lo he probado y ahora temo que piensen que es ese tipo de marcas y que me va ese rollo.

Se ponen a medio discutir entre ellos sobre mí conmigo delante y yo no doy crédito a lo que estoy presenciando. Sé que Laura ha terminado aceptándome como un miembro más de la familia. Tanto a mí como por supuesto a Charlie, pero no me esperaba que le importara tanto como para defenderme de esta manera.

—Chicos, estoy bien, no os preocupéis —les digo a ambos intentando calmar la situación—, y Laura, gracias por tu interés y

preocupación. Pero solo fue sexo esporádico pero consentido —digo tapándole los oídos al niño, que está jugando a mis pies—. Solo es que tengo la piel un poco sensible.

—Ya veo. Bueno, pues me quedo más tranquila, pero deberías taparte eso mejor.

—Es evidente.

La situación se vuelve un poco incómoda y ninguno de los tres parece tener más que decir. Solo Charlie, que se levanta y me señala con el dedo el cuello diciendo:

—Mami, ¿pupa?



Los domingos por la tarde con mi hijo es lo mejor de toda la semana. Dormimos juntos la siesta, que puede alargarse como dos horas, y vemos dibujos hasta aburrirnos. En su caso, suele ser a los diez minutos, pero no me deja apagar la tele.

Cada vez se le va soltando más la lengua y a veces incluso me da la sensación de que mantenemos auténticas conversaciones.

El grupo de whatsapp que tengo con la familia está lleno de vídeos y fotos haciendo la más mínima tontería adorable. Es lo que tiene ser el único niño pequeño. A Emma le mando por privado cada avance en su vocabulario bajo amenaza de tortura y muerte, y todos los domingos, salvo raras excepciones, hacemos videollamada.

—¿Ha dicho Emma? —me pregunta emocionada al teléfono—. ¿Lo has oído Ruth? ¡Creo que ha dicho Emma!

—Sí. Yo también lo he escuchado —le miento. En realidad ha dicho mamá, pero suena casi igual, así que le otorgo ese pequeño triunfo—. Este niño te adora.

—Ay, lo echo mucho de menos —me dice haciendo un puchero —. No es justo que todos podáis disfrutarlo y yo tenga que conformarme viéndolo por aquí.

—Ya, pues traslada aquí tu empresa, me das trabajo y te lo dejaré los fines de semana alternos —le digo sin emoción—. Por cierto, Julio y tu prima Laura van a llevárselo a la playa de vacacio…

—¡¿Eso es un chupetón?! —exclama cuando Charlie me baja un poco el pañuelo que me cubría el cuello—. Serás… ¿con quién te has liado?

—Con nadie, ¿vale?

—*Chuetón* —repite mi hijo aliándose con su madrina y poniendo sus pequeños dedos en mi cuello.

—Mira lo que le has enseñado al niño —le reprendo frunciendo el ceño—. Luego lo repetirá con Julio y sus padres y querrán quitarme la custodia de mi hijo.

—No digas tonterías y cuéntame lo importante. Quítate ese pañuelo y enséñame el cuello. Quiero los detalles más guarros.

Emma se acomoda en el sillón y veo pasar por delante de la pantalla a su chico, Marc, que nos mira negando con la cabeza y desaparece del plano.

—Solo ha sido un rollo.

—¿Con quién?

—Da igual con quién haya sido —le digo esperando que lo olvide y pasemos a otro tema.

Qué ilusa soy.

—¿Cómo que da igual? —Se queda un momento pensando y puedo ver hasta los engranajes de su cerebro a través del móvil—. Ay, madre. ¿Te has enrollado con el casado de la guardería?

—¡No! —exclamo ofendida—. ¿En serio piensas eso? Ya te dije que lo dejé plantado en los postres.

Tengo que admitir que me siento un poco avergonzada de reconocer que tuve sexo con un desconocido en los baños de una discoteca después de un par de bailes.

Eso es algo que habría hecho la antigua Ruth, pero no la de ahora. No me queda más remedio que confesarle mi pequeño pecado a Emma. Y sé que se sorprende porque ella nunca haría algo así. Lo bueno de tenerla como mejor amiga es que me echa la bronca pero no me juzga. Todo lo que siempre me dice, lo hace por mi bien. Es como mi Pepito Grillo particular. Lo que pasa es que este grillo tiene forma de abejita.

Nos despedimos como siempre, mandando besos a través del teléfono.



El grupo de WhatsApp de *El Convento*, no deja de vibrar.

Lo que me faltaba.

***Rebeca**: ¿Cómo está la monja de clausura?*

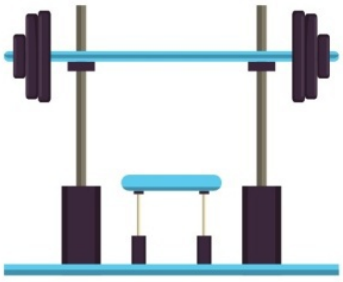
***Judit**: Creo que rezando porque anoche pecó mucho!*

***Fabiola**: Ay, señoooor.*

***Yo**: La culpa fue vuestra. Me voy a recluir una buena temporada.*

Tercera línea roja: nada de enrollarse con desconocidos en la discoteca… por muy buenos que estén.

Capítulo 5
Martin



Cuando los turnos en la perfumería me lo permiten, voy al gimnasio. En este mes de junio intento ir más seguido, y después de mi conversación con Julio en el que nombraron la playa, me adelanto a la operación bikini.

No suelo ser una asidua pero intento que no pasen demasiados días sin ir, porque luego me da más pereza. En mi gimnasio, depende a la hora que vayas, la fauna es variada y puede llegar a ser muy diferente. Cuando acudo por las mañanas, el ritmo es calmado y las máquinas las ocupan jubilados y bastantes señoras.

Luego están los bomberos y los policías que, al ir por turnos, como yo, no tienen un horario fijo. Yo me he creado mi pequeña burbuja. No suelo salir de ella y me relaciono con poca gente. Voy a lo mío, hagos mis ejercicios y me marcho. Pero me encuentro de todo.

Por un lado, están los *Picapiedra*, que son un señor de unos setenta años que se me presentó como Pedro y otro que debe ser todavía mayor y que le sigue a todas partes. Me tienen fichada y, cada vez que me ven, me hacen un completo parte de faltas; yo, con una sonrisa, les recuerdo que a veces mi trabajo no me permite venir.

Hay un grupo de mujeres de mediana edad que siempre están cuando voy por las mañanas. Hacen sus tablas, y cuando salgo de la ducha, me las veo a todas ganando en el bar lo que han perdido en las bicicletas y cintas de caminar. Las llamo las *Gossip girls,* porque en el poco tiempo que coincido con ellas, no dejan títere con cabeza.

El turno de tarde-noche es otra cosa. Sobre todo el de la noche.

Ahí tienes que ir preparada. No puedes ponerte unas simples mallas y la camiseta que usas para sudar, a no ser que quieras ser el centro de atención de todas las miradas, pero para mal. En esas horas, se producen auténticos pases de modelos, masculinos y femeninos.

Pero la gente no va solo a ligar ¿eh? Ahí ves cuerpos muy trabajados.

Las mallas son todas *push up* y te hacen un culo estupendo. Los *tops* deben ir a juego, por supuesto. Y, aunque vayas a sudar, porque lo harás… no te vale llevar una simple coleta en el pelo. Debes ir peinada como si acabaras de salir de la peluquería y maquillada, pero sin parecerlo.

Lo de los chicos tampoco tiene desperdicio.

Martin, que no Martín, es uno de los asiduos al turno de tarde, cuando el recinto está más tranquilo y no hay tanta gente como en el de la noche.

Todavía no he hablado con él más allá de un saludo tímido y unas pocas palabras cuando compartimos máquina, pero nos hemos presentado y el chaval me ha puesto ojitos.

Ese chico tiene músculos por todo el cuerpo y una sonrisa picarona.

Hoy es un día especialmente tranquilo y la sala de pesas está bastante vacía.

Después de terminar mi turno en la perfumería, y mientras Charlie está comiendo con mis tíos, me he acercado al gimnasio para

aprovechar el par de horas que tendré libres y así iniciar mi operación bikini.

Tampoco es que sea una experta. Hago un poco de cardio y una tabla que me preparó el monitor y que a duras penas logro cumplir. Martin se acerca cuando estoy en una de las máquinas de polea dando mis patadas de mula para poner mi culo más redondo y duro.

—¿Puedo darte un consejo?

Aunque en un principio miro a todos lados, el chico me habla a mí claramente, pero me hago la disimulada.

—Claro, dime.

—Deberías poner tu espalda más inclinada —me explica— pero sin arquearla. ¿Puedo? —me pregunta señalando la máquina que estoy agarrando.

En un principio pienso que vamos a intercambiar posiciones y me va a mostrar cómo hacer el ejercicio él mismo de la forma correcta, pero no. Se coloca detrás de mí, me hace inclinarme sobre la barra de la máquina y lleva mi muslo hacia atrás, corrigiendo mi postura a cada patada que doy.

—¿Sientes cómo se contraen tus glúteos? —me pregunta.

—Sí, pero no sólo los glúteos —le digo de manera *sexy*.

Él sonríe. Creo que ha pillado la indirecta.

Martin pone un solo dedo tocando los puntos exactos donde se supone que debo sentir lo que me dice y a mí llega un momento en que la máquina es lo que menos me interesa de este ejercicio. Pero me controlo.

—Ahora lo estás haciendo bien —me anima con su sonrisa de pícaro—. Voy a seguir yo con lo mío, pero si necesitas ayuda con algo, aquí estoy.

Ah, ¿pero te vas ahora?, pienso. No lo digo en voz alta. Menos mal.

Cuando salgo de la ducha, Martin me está esperando fuera del vestuario.

Vuelvo a mirar a derecha e izquierda e, incluso a mi espalda, porque no quiero ser pretenciosa y dar por hecho que está allí por mí. No tengo que esperar mucho para salir de dudas.

—Te estaba esperando —¡Bingo! Es a mí a quien espera —. ¿Te apetece tomar algo?

Miro mi reloj y dudo unos segundos. Se me está echando el tiempo encima y había quedado en recoger hoy yo a Charlie. Pero el chico me insiste.

—Vamos, no todo va a ser trabajo y obligaciones —me dice.

Creo que le he visto tensar sus músculos pectorales.

—Pues espera un momento que mando un mensaje —accedo porque ¿a quién quiero engañar? El chico está como un queso.

Rápidamente tecleo en mi teléfono pidiendo que alguien me sustituya y vaya a recoger a Charlie a la guardería y, en cuestión de segundos, se ofrecen tres pares de abuelos y Laura. Los dejo negociando mientras acompaño a Martin a la cafetería que hay a la vuelta del gimnasio.

En cuestión de dos minutos, *Los Ángeles de Charlie* han completado la misión con éxito y yo solo tendré que pasarme por casa de los padres de Laura a buscarlo cuando termine lo que quiera que vaya a suceder a partir de ahora.

El chico es encantador y muy simpático. Eso se nota en los primeros cinco minutos de nuestra conversación en la que me cuenta que tiene veintidós años y se está preparando unas oposiciones a policía nacional.

Policía, pistola, uniforme, músculos… Buena combinación, pienso mientras nos traen mi café y su botella de agua.

Pero era demasiado bonito. Siempre lo parece al principio.

El chico saca de su mochila una botella de plástico y empieza un ritual digno de cualquier alquimista. Echa unos polvos de lo que espero que sean proteínas y empieza a agitar la botella mientras me explica que el vaso tiene dentro un filtro que impide que se hagan grumos y se formen residuos.

Yo escucho atentamente.

Quizás me sirva para cuando quiera tomarme en serio esto del *fitness*.

Luego la conversación se convierte en casi un monólogo sobre su *personal record* en *press* banca y las *reps* de 100 kilos que ha hecho hoy en peso muerto.

—Hoy no podía venir mi *gym bro*, así que me he dedicado a hacer pierna —me explica entre risas—. Mi colega siempre se salta este día. Qué gallina es.

—Pues sí porque…—intento meter baza en la conversación, pero no hay manera. Al chico parece que además de gustarle mirarse en el espejo, también le encanta escucharse.

—Si quieres crecer en *Kickback* —me interrumpe— deberías aumentar el *TUT* en cada ejercicio.

Llega un momento en que no parece que hablemos el mismo idioma. Mi cara de confusión va creciendo a cada palabra que pronuncia y, aunque al principio intento interesarme, esto empieza a resultarme aburridísimo. La cosa es que no he movido todo el grupo y que recojan a mi hijo para pasar el tiempo con alguien que me habla en otro idioma.

—Perdona, es que no estoy muy familiarizada con esos términos.

—¿Eh? —me pregunta como si la que hablara en chino fuera yo —. ¿Qué has dicho?

—Que no sé qué es eso. —Se me levanta una ceja y si el chico se dignara a mirarme de vez en cuando, notaría que estoy molesta.

O quizás no.

—¡Ah! Pues el *kickback* es la patada de mula, lo que hacías en la polea —me explica haciendo el gesto.

Menos mal que no hay mucha gente en la cafetería porque esto empieza a darme vergüenza ajena.

—Y el *TUT* es el tiempo en el que el músculo está bajo tensión —sigue diciéndome mientras se toca el glúteo—. ¿Entiendes?

Lo entiendo, pero no me interesa, estoy a punto de decirle. Sin embargo la nueva Ruth es paciente e intenta ser menos borde. También intenta no hablar de sí misma en tercera persona aunque a veces no lo logre.

Yo solo asiento y me arrepiento de haberle preguntado, pero ya es tarde. Remuevo el azúcar en mi café y miro el envoltorio de la galleta de cortesía que me han puesto. La lista de ingredientes me parece más interesante y menos aburrida.

—Oye, ¿te vas a comer eso? —me pregunta—. Es que estoy en *bulk.* Tengo que comer cuatro mil calorías al día.

—Claro —le contesto tendiéndole la galleta—. Toda para ti.

Termino mi café mientras el chico bebe con ansia su batido y se come mi galleta. Cojo mi teléfono y miro los mensajes que han dejado en el grupo: Charlie está a salvo y jugando en casa de los padres de Laura. Que le van a dar la merienda y que no tenga prisa en volver, me escriben. Pues aprovecharé para hacer otra cosa porque no pienso perder más el tiempo con Martin.

Estoy por decirle que se busque una *gym sis* porque de verdad que esto no se puede aguantar si no hablas el mismo idioma que él.

—Bueno, Martin, gracias por el café pero tengo que irme —le digo al tiempo que me levanto—. Supongo que ya nos veremos por aquí.

—Ah, ¿pero no vamos a follar? —me pregunta extrañado.

—¿Cómo has dicho? —Ahora no es que no le haya entendido, es que no doy crédito a lo que acaba de preguntarme—. ¿Era eso lo que querías que hiciéramos después del café?

—¿Es que tú no?

Está claro que el chico debe estar acostumbrado a estas cosas, porque no es que lo pregunte con mala intención. En realidad lo que veo en su cara es desconcierto, extrañeza e incredulidad.

Tampoco soy nadie para juzgar a los demás. Teniendo en cuenta que hace unas dos semanas me lié con un tío en la discoteca a los diez minutos de conocerlo. Al menos este sabe cómo me llamo en realidad. ¿O no?

—Martin, ¿sabes siquiera cómo me llamo? —le pregunto solo por hacer una pequeña comprobación.

El chico abre los ojos y parece pensar a toda velocidad. Su cara es un poema. En vez de intentar recordar un nombre parece que esté intentando resolver una derivada sin calculadora.

Vamos, que no tiene ni puta idea.

—¿Sandra? —aun así, lo intenta y todo. Pero falla y yo tengo la excusa perfecta para irme sin dar ni una sola explicación más.



De camino a casa de los padres de Laura paso por el súper y cojo un par de cosas. Mi apartamento no queda lejos, así que voy caminando tranquilamente y así les doy más tiempo con Charlie a sus abuelos políticos.

Cuando estoy en el pasillo de los yogures, lo veo.

No lleva una camisa rosa y las luces de la discoteca no brillan en sus ojos verdes, pero es él. Estoy casi segura al noventa y nueve por cien.

No sé dónde meterme porque este supermercado es demasiado pequeño para encontrar un rincón donde esconderme. ¿Qué posibilidades tenía de encontrarme a ese chico en una tienda de comestibles de barrio en una ciudad de más de doscientos mil habitantes? Además, recuerdo que el chico tenía acento andaluz; en todo momento pensé que estaría de paso o haciendo turismo.

En cuanto lo veo absorto, mirando etiquetas de los productos, dejo lo que tenía en la mano y me voy escondiendo entre los mostradores de la tienda en busca de la salida, pero él se dirige al mismo tiempo hacia la caja y ambos lugares están juntos.

Sé que no me ha visto, y creo que si paso por su lado no me reconocerá. Voy en chándal, con el pelo recogido en una coleta y sin maquillar. Además, la discoteca estaba muy oscura. ¿Qué probabilidades hay?

Cuando estoy a punto de salir por la puerta lo escucho:

—¿Sara? —pregunta a un par de metros de distancia— ¿Eres tú?

Capítulo 6

¿Qué le digo? ¿Que soy yo pero no me llamo Sara? ¿Que no soy yo y se ha equivocado de persona? ¿O simplemente me hago la sorda y me escabullo como ha sido mi primera idea?

Me vuelvo y simplemente le sonrío.

—¡Hola! —me dice con una sonrisa todavía más amplia.

Puedo ver sus dientes perfectamente blancos, su camiseta completamente planchada y su pelo impecable. Yo no sé que pinta tendré pero, con toda seguridad, no es tan buena como la que tiene él.

—Hola —le respondo sin tanto entusiasmo y llevando un mechón rebelde que se ha soltado de mi coleta por detrás de la oreja.

—Me llamo Fernando, ¿te acuerdas? —me pregunta con algo de duda.

—Claro, sí. ¿Cómo no me voy a acordar?

—Me refería a si te acordabas de mi nombre —dice sin dejar de sonreír—. No quiero parecer engreído pero me dio la sensación de que te dejé… buena impresión.

Menos mal que no ha dicho algo así como «bien satisfecha» o «bien follada». Me habría muerto de la vergüenza.

—Sí, recuerdo tu nombre —le confirmo—. ¿Y qué tal? ¿Estás… bien?

La situación es muy incómoda porque estamos en la puerta de salida y todos los clientes prácticamente tropiezan con nosotros. Parece que tenga un *deja vu* y nos encontremos en la discoteca, igual que aquella noche.

—Te fuiste —me informa por si acaso he olvidado cómo salí huyendo de allí después de nuestro revolcón en el baño—. No me esperaste fuera y la verdad es que es una sorpresa encontrarte por

casualidad. He vuelto a esa discoteca estas dos semanas con la esperanza de verte. No tenía otra manera de contactar contigo.

Tiene un acento gracioso y suave y me sorprendo porque incluso parece sincero. Después de lo que pasó en el baño, no esperaba volver a encontrármelo.

—Sí, emm —balbuceo mientras encuentro las palabras que me hagan salir de la situación—, en realidad... Mira, voy a serte sincera: simplemente me fui y ya está. Tampoco hace falta que ahora nos andemos con excusas vacías.

El chico se queda mirándome y hace un gesto con la boca entre desilusionado y resignado.

—Vale, perdona. No quería molestarte.

—No pasa nada, es solo que…

No me salen las palabras porque lo que quiero decir es que estoy avergonzada y no quiero reconocerlo. La antigua Ruth no se habría avergonzado por tener dos orgasmos en quince minutos. Ni mucho menos.

—Tranquila —me dice haciendo un gesto con la mano—. Solo me has parecido tú y quería saludarte. Pero me queda todo claro: te dejo en paz.

Estamos en la puerta de salida del supermercado; el chico se da la vuelta y se aleja de mí sin mirar atrás. Tomamos direcciones opuestas y me voy con mal sabor de boca por el modo en que le he hablado, pero no tengo tiempo de arrepentirme de nada. Ni ganas tampoco.

Cuando recojo a Charlie, recibo como siempre alguna queja de por qué he venido tan pronto y, como siempre también, les prometo que la próxima vez tardaré más.

Mi trabajo en la perfumería a veces puede resultar estresante. Sobre todo en ciertas fechas como Navidad y San Valentín. Pero de

normal, es bastante tranquilo.

Jessy, Sonia y yo no solemos coincidir las tres nunca, tan solo en esas fechas especiales. Entre tanto, los turnos suelen ser de dos en dos.

Sonia, que es la encargada, suele atender a los proveedores y a los representantes de ventas de las grandes marcas pero, aunque lleva mucho tiempo en la tienda, la chica no se aclara con algunos aspectos fundamentales del *marketing* y la publicidad. La observo disimuladamente mientras habla con la representante de una de las marcas más caras e importantes de nuestros perfumes y Sonia agacha la cabeza. La ejecutiva no está nada contenta con los resultados y el desempeño de sus productos en la tienda.

Mientras tanto, una de nuestras clientas habituales, una mujer de unos cuarenta años que siempre se deja bastante dinero en cremas y maquillaje, se acerca a mí con dos frascos.

—¿Puedes ayudarme? —me dice la mujer con una botella en cada mano—. Me gusta este, pero siento que es muy fuerte para el día a día. Y el otro es más fresco, pero no sé si dura suficiente…

—A ver, te entiendo perfectamente. —La representante ha dejado a Sonia y veo que se acerca al mostrador quedándose a una distancia prudencial. Uno de los frascos que lleva la clienta es de su marca—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

La cliente asiente y yo miro de reojo a la representante que está descaradamente escuchando mi conversación con la mujer.

—Cuando entras en una habitación, ¿cómo quieres que te recuerden? ¿Como alguien sofisticada y segura de sí misma o como alguien dulce y natural?

—Pues… —Duda un momento—. Supongo que sofisticada y segura —responde finalmente. Y noto que es así como quiere que la vean, aunque en realidad su actitud es de una inseguridad absoluta.

—Entonces, este es el tuyo. —Le señalo el frasco de la marca de la representante de ventas que sigue observando con interés—. Es el tipo de fragancia que deja huella sin ser invasiva. Al principio puede

parecer fuerte, pero en tu piel va a evolucionar a algo más cálido y envolvente.

—¿Y dura bastante?

—Absolutamente. Tiene notas de ámbar y vainilla, que son de las más duraderas. Además, si lo aplicas en los puntos de pulso, como detrás de las orejas y en las muñecas, te va a acompañar todo el día. Ahora, si lo quieres para algo más casual, el otro también es una gran opción, pero este… —le digo con un guiño cómplice—, este es para dejar huella allá donde pases.

—Me lo llevo —me contesta completamente convencida.

Mientras le envuelvo el perfume y le cobro a la clienta, veo a la representante frotarse la barbilla. Cuando la mujer se ha marchado con mucha más seguridad de la que entró, la ejecutiva se acerca a mí.

—Hola, Ruth —me dice mirando la placa donde está grabado mi nombre—, ha sido impresionante.

Noto a Sonia tensa, pero no he hecho nada para dejarla mal, todo lo contrario. He creído que era la mejor manera de que la ejecutiva de la marca se marchara satisfecha.

—Solo es cuestión de ayudar a la gente a verse reflejada en lo que compra —le explico quitándome mérito—. Es lo que intentamos todos los días y hoy ha salido bien. He tenido suerte con esta cliente.

—No creo en la suerte —me replica con contundencia—. Creo en el trabajo y en el talento y déjame decirte que tú tienes un don.

No sé si tengo un don, pero la mujer se marcha dejando a la pobre Sonia un poco hecha polvo y el resto del día tenemos que consolarla Jessy y yo.

Cuando estamos cerca del cierre, las puertas se abren y mi corazón se detiene. Solo es un instante, claro, pero noto como una especie de vuelco y es real como la cara sonriente que me mira a los ojos en esos momentos. Tan real como cuando baja su mirada a la placa de mi camisa y vuelve a subir a mis ojos con una sonrisa.

—Hola… Ruth. —Remarca mi nombre exageradamente y su sonrisa es indecentemente atractiva—. ¿Puedes cobrarme esto, por favor?

Solo hace unos días que me lo encontré en el supermercado y ahora está aquí, en mi lugar de trabajo. Esto debe ser una puta broma o directamente acoso. No puede ser tanta casualidad. Además, ahora sí que estoy avergonzada del todo, porque me ha descubierto en la mentira.

Podría decir que es la camiseta de una compañera y que me la ha dejado porque la mía está sucia y no me ha dado tiempo a lavarla. Podría decir que en realidad me llamo Sara Ruth, podría…

—Ruth —dice a mi lado Sonia poniendo fin a mi debate interno. A la mierda cualquier excusa estúpida que se me pudiera ocurrir—. Cuando termines ve al almacén a reponer, por favor.

Fernando me pasa una botella de champú con aroma a coco y el *aftershave* que ahora mismo me hace recordar la noche en la discoteca.

Es curioso lo que los olores te hacen revivir. Puede que me cueste recordar un nombre, quizás confunda una situación o el orden de algún acontecimiento. Pero nunca olvido un olor que me impacte, y al volver a olerlo, revivo el momento al instante.

Es evocador, y me sube el rubor hasta la última de las terminaciones nerviosas de mi cuero cabelludo.

—No te estoy acosando —me asegura como justificándose—. Lo digo para que no pienses que te he seguido o algo parecido. Me he mudado a este barrio y esta es la única perfumería cercana. Al igual que el supermercado de hace unos días. Este es mi *aftershave* preferido —dice señalando el frasco que ahora sostengo entre mis manos.

—Sí, tranquilo. No lo he pensado.

—Bien, porque me da la sensación de que puede que nos encontremos más veces y no quiero hacerte sentir incómoda… Ruth —vuelve a pronunciar con énfasis mi nombre.

—De acuerdo, es comprensible si te has mudado aquí —le replico obviando su insistencia en llamarme por mi verdadero nombre.

—Soy de Málaga, por cierto —me informa—. Estoy aquí por trabajo, aunque no sé cuánto tiempo me quedaré.

—Pues espero que te guste la ciudad. Málaga es muy bonita.

—¿Has estado? —me pregunta interesado. Se nota que quiere darme conversación.

—Fui a la feria hace un par de años.

No quiero entrar en detalles e intento ser lo más vaga posible en mis repuestas.

Me ahorro decirle que eso fue antes de quedarme preñada, por supuesto.

—¡Claro! —exclama riendo—. La feria. ¿Te gustó?

—Sí. Fue divertido. ¿Quieres que te lo envuelva para regalo? —le pregunto rutinariamente para cambiar de tema.

Es lo que siempre hacemos pero, en este caso, sé que no tiene sentido y, aun así, pregunto para no tener que seguir dando detalles de mi vida.

—No, gracias… Ruth…

—Oye, respecto a eso… —No es que no me guste mi nombre, pero a este paso me lo va a desgastar—, lo de haberte dicho que me llamaba Sara fue…

—¿Mentira? —me interrumpe continuando la frase por mí.

—Iba a decir que fue una tontería, pero sí, también fue mentira. —El chico está siento tan amble que siento la necesidad de disculparme—. Ya ves que me llamo Ruth, no hace falta que lo repitas más.

—Me gusta casi más que Sara, ¿sabes?

—Bueno, es un nombre, no es para tanto —le digo casi sin mirarlo—. ¿Efectivo o tarjeta?

—Efectivo, por favor —responde con unos modales exquisitos al tiempo que saca su cartera—. Amistad y belleza.

—¿Perdona?

—Tu nombre. Ruth tiene ese doble significado —me explica—, aunque Sara también es muy bonito y significa princesa.

Estoy tentada de preguntarle cómo es posible que sepa el significado de los nombres pero me callo porque no quiero tener que entablar una conversación más profunda. Todavía me dura la vergüenza. Además, es la hora de cerrar y Sonia empieza a poner malas caras.

—Vaya, pues sí que sabes de nombres —le contesto un poco borde.

Me mira sonriendo pero negando con la cabeza. Le doy el cambio y se rozan nuestras manos. Las retiro inmediatamente como si me hubiera quemado con su piel.

—En fin, llevo poco tiempo aquí, y excepto a los del trabajo, no conozco a nadie… —me dice dejando caer la frase—, así que si quieres hacer honor a uno de los significados de tu nombre y ser mi amiga, no lo rechazaría.

Me sorprendo y me quedo sin saber qué decir. No sé si podría ser amigo de alguien que me metió los dedos y otra cosa mucho más íntima hasta llegar a tocar mi alma. No tengo de esos amigos y, a excepción del padre de Charlie, no creo que los quiera tener.

—Pues claro, lo vamos viendo —le contesto sin demasiada convicción.

—Lo vamos viendo, sí. Bueno, me alegro de haberme encontrado contigo de nuevo, Ruth. —Se mete las monedas en el bolsillo del pantalón y se da la vuelta hacia la salida—. Supongo que nos veremos por el barrio.

Me suena casi más a una promesa que una suposición y, cuando está en la puerta dispuesto a marcharse, se da la vuelta y me mira dedicándome un «hasta pronto» que confirma lo que acabo de pensar.

Capítulo 7
Aday



Cuando tuve que dejar la carrera al nacer Charlie, tan sólo me quedaba una asignatura para terminar mi tercer año. *Investigación de mercados y opinión pública* no solo me resultaba tediosa, es que yo apenas tenía tiempo para realizar las encuestas. Además de que la parte informática para el análisis de datos se me estaba atragantando bastante.

Aday era uno de mis compañeros de estudios cuando acudía regularmente a clase y siempre estaba dispuesto a echar una mano a los demás. Yo tenía claro que a mí quería echarme las dos, y no de una manera académica.

Necesitaba toda la ayuda que pudiera conseguir, pero no quiero aprovecharme de alguien a quien sé que le gusto y a quien también sé que nunca podré corresponder de la misma manera.

Aday es un chico tímido pero muy inteligente. Él ya terminó la carrera hace un año y está trabajando en una empresa de publicidad que parece ser que lo tiene en gran consideración, a pesar de su juventud. Y esto del análisis de mercados es su fuerte. El mío, no lo es en absoluto.

A mí me gustan otras muchas asignaturas y me consta que se me dan bien; las estrategias de comunicación, planificación de eventos, captación de patrocinios o el manejo de crisis es lo mío.

Pero esto de analizar datos sobre un papel o sobre un ordenador… me cuesta bastante más. Todo lo contrario que para Aday, que es un cerebrito en cuestión de números y ordenadores.

El caso es que este chico a menudo me escribe para saber cómo me va en la vida y siempre se ofrece a ayudarme en lo que necesite.

Estoy desesperada y, esta vez, acepto su ayuda.

Nos vemos en la biblioteca y me deja sus apuntes con resúmenes detallados de otros trabajos similares. Me ayuda con el diseño de las encuestas y, lo más importante, me enseña a analizar los datos con los gráficos y las herramientas de estadística.

Es amable y educado. Me pregunta por Charlie, por mi trabajo en la perfumería y me escucha atentamente. En realidad, su atención me abruma porque parece que no haya nada más en mundo para él que yo. Soy todo su interés.

A mí me sabe fatal.

Insiste en acompañarme a casa, así que recogemos los portátiles y los apuntes que me ha traído y nos dirigimos a mi apartamento dando un paseo.

De camino pienso en lo fácil y cómodo que sería mantener una relación con un chico como él. Con un buen trabajo, educado y atento y para el que yo soy todo su mundo. La de sufrimiento que podría ahorrarme. Además, sabe que tengo un hijo y no le importa lo más mínimo, todo lo contrario, siempre insiste en saber de él.

Pero a mí no me gusta nada físicamente. Cero química. No me atrae lo más mínimo y en el fondo me hace sentir mal conmigo misma. Me hace sentir un poco superficial.

Pero la vida es así, supongo. Cuando alguien no te entra por el ojo, ni la razón ni el sentido común tienen nada que hacer. Al menos en mi caso.

—Oye, Ruth —me dice cuando llegamos al portal de mi apartamento—, sé que lo sabes, pero cuando necesites ayuda de cualquier tipo, puedes contar conmigo.

Dios, ¿por qué tiene que ser tan adorable?

Ni siquiera pretende sacar beneficio de las dos horas que acaba de perder intentando que entienda los gráficos que me ha estado explicando. Él todavía sigue ofreciéndome su ayuda.

No le estás dando ninguna oportunidad, Ruth, me digo a mí misma. A lo mejor podría llegar a gustarte.

—Eres un encanto, Aday.

No me lo pienso demasiado, pero evalúo las consecuencias y analizo los pros y los contras como si se tratara de un análisis estadístico de los que acabo de aprender.

Todo eso en cuestión de segundos, claro.

Entonces le pongo la mano en la cara y le doy un beso corto en los labios.

Aday me mira sorprendido. Está claro que no se lo ha visto venir en absoluto y apenas ha reaccionado. Tampoco dice nada y yo miro a mi alrededor incómoda. No sé qué es lo que esperaba, pero el desconcierto en su cara y el silencio que le acompaña… eso seguro que no. Creo que el análisis no ha sido demasiado bueno.

—Ruth, lo siento pero… —empieza a decirme—. Esto no es buena idea. Creo que te has equivocado y si te he dado a entender que estaba interesado en ti de esa forma, te pido disculpas.

Espera, ¿acaba de decirme que no está interesado en mí?

Cierro los ojos para evitar mirarlo porque ahora la vergüenza que siento me impide incluso disculparme. En todo momento he pensado que le gustaba y que estaba enamorado de mí desde hace cuatro años y resulta que ¿solo estaba siendo amable?

—Oh —acierto a decir—, pensé que yo te gustaba… soy yo la que siento haberte besado. Discúlpame, por favor.

Aday baja la cabeza y mira al suelo mientras piensa qué decirme. Yo estaba equivocada y empiezo a temer seriamente por mi examen del jueves de *Investigación de mercados*. Como analice igual los gráficos que las señales de mi amigo, lo llevo claro.

—Bueno, Ruth. No te equivocas del todo. Me gustabas —aclara con una sonrisa tímida—, pero en pasado. Ahora tengo novia. Se llama Elena. —Su sonrisa cambia a una mucho más amplia y sincera cuando la nombra—. Además, yo a ti no te gusto. No lo he hecho nunca y con ese beso queda demostrado.

¿Qué le ha pasado a mi beso?, pienso pero no lo digo en voz alta. Hasta yo me he dado cuenta de que ha sido forzado e insulso, no hace falta que me confirmen lo evidente.

—Vaya, Aday, pues me alegro por ti y disculpa otra vez, yo… —le digo avergonzada—, no sé en lo que estaba pensando.

—No pasa nada. De todas formas, esto hace tres años habría sido un subidón de autoestima para mí —me explica—, pero ahora no la necesito. Estoy enamorado y ella, sorprendentemente, me corresponde.

—¿Por qué dices eso? —le reprendo—. Lo sorprendente sería que no lo hiciera. Eres un chico excelente. Listo, educado y encantador.

—Ya, bueno, pero mírame —dice haciendo un gesto con sus manos señalándose—, no es que sea un adonis.

—No te hace falta. Además, eso no sirve de nada, créeme.

Aday me sonríe, pero no es una sonrisa que ilumine su cara.

—No te ofendas, Ruth pero las chicas como tú no suelen fijarse en chicos como yo. —Intento protestar pero me hace una señal con la mano para que me calle y no le interrumpa—. Me llevó tiempo asumirlo pero ahora soy feliz. No necesito esto y es más, aunque tuvieras algún sentimiento hacia mí, yo tendría que rechazarte.

El chico no tiene razón pero no soy yo quien tiene la potestad de hacérselo entender. Más que nada porque soy exactamente el caso que ha descrito. Yo nunca me fijé en él de esa manera cuando nos conocimos hace cuatro años, ni todas las veces que me demostró su interés a lo largo de los casi tres cursos que estudiamos juntos. ¿Quién era para llevarle la contraria cuando yo era el vivo ejemplo de lo que acababa de exponer?

El hecho de que me diga que, aunque mi interés en él fuera real y sincero me rechazaría, aún me hace respetarlo más.

Subo a mi apartamento pensando en las palabras de Aday, y sus reflexiones no me abandonan el resto de la tarde. Incluso buena parte de la noche. Quizás mi gusto por los hombres no es del todo conveniente para mí, pero no puedo evitarlo. Qué más quisiera que poder enamorarme de alguien tranquilo, que esté pendiente de mí y que ni siquiera se plantee tener una aventura con nadie porque tiene novia. Quedan pocos de esos.



Mi examen resulta mucho mejor de lo que esperaba y oficialmente apruebo todas las asignaturas del tercer curso. Los apuntes de Aday y todos sus consejos y explicaciones me han resultado muy útiles. Oficialmente estoy de vacaciones de la universidad y puedo respirar un poco más tranquila.

Cuando voy a llevar a Charlie a la guardería coincido con Eduardo, que va de la mano de Silvia, su mujer. El muy imbécil gira la cabeza cuando me ve y noto cómo aprieta más su mano y la acerca a él. No sé con qué intención hace eso, pero si era para ponerme celosa, lo tiene claro. Dejo al niño con sus cuidadoras y me marcho de allí sin hablar con nadie.

En Dalia hoy libra Jessy, así que estamos Sonia y yo solas. Estoy de mal humor porque ver la actitud de Eduardo me ha molestado. No soy yo quien estaba haciendo nada malo, pero sé que si las demás madres se enteran de que quedé con él a comer, a los ojos de todas ellas seré una arpía.

Sonia me pregunta que qué me pasa cuando estoy reponiendo las botellas de gel con un poco más de ímpetu del que acostumbro. Cuando le cuento el incidente de la guardería, es más contundente de lo que podría haber imaginado nunca.

—Tía, no te compliques —me dice en voz baja aunque en la tienda no haya nadie en ese momento—, cuando yo quiero echar un

polvo, entro en Tinder. Sin complicaciones y sin tantas historias. Además, no espero a ver si conozco a alguien que me gusta. Directamente elijo en el catálogo.

Sus risitas la delatan y me dan a entender que entra en esa aplicación a menudo.

Yo ni siquiera he pensado nunca en esa posibilidad. Más que nada porque siempre que he querido sexo casual lo he tenido. Pero de eso hace ya más de dos años y creo que estoy desentrenada o soy mucho más selectiva ahora.

—No he entrado nunca en Tinder —le digo y, ante su cara de sorpresa, parece que no se lo cree del todo—. Ni siquiera sé cómo funciona.

—Vamos, Ruth. —Está realmente indignada—. No puedes hablar en serio. Es facilísimo. Simplemente deslizas a la derecha si te gusta alguien y si a él le gustas también, a eso se le llama *Match* y empezáis a hablar. Y ya, desde ahí lo que tú quieras porque, nena —me asegura mientras ladea la cabeza como examinándome—, déjame decirte que te van a deslizar mucho.

—¿Tú crees? No sé si…

—Escúchame —me interrumpe muy seria cogiéndome de los hombros—, si yo ligo mucho en Tinder, ten por seguro que tú lo vas a romper.

Una clienta interrumpe nuestra conversación y Sonia se pone a atenderla mientras no paro de pensar. Lo he intentado de la manera tradicional, con alguien de mi entorno y mi presente. Con alguien de mi pasado como Aday. Quizás tenga que hacerme un perfil y no complicarme la vida.

La clienta va a la caja a pagar y me da un frasco de *aftershave* de la misma marca que usa Fernando y, claro, no puedo evitar pensar en él. El otro día me dijo que podíamos ser amigos. Supongo que se refería a ser follamigos.

Entre los pros está que ya he probado la mercancía y me gustó mucho.

No, mucho no, me encantó si he de ser sincera. Así que no tendría que probar otra cosa. ¿No dicen que cuando algo funciona no lo cambies? Pues funcionó muy bien.

El chico no solo es guapo y agradable, también parece tener bastante conversación.

Entre los contras está el hecho de que yo sé que lo de follamigos no funcionaría en mi caso. Lo he visto demasiadas veces en todas las comedias románticas de las que soy adicta. Nunca sale bien para ninguno de los dos. Seguramente terminaría enamorándome hasta que, cuando más colgada estuviera por él, terminaría su trabajo en esta ciudad y se volvería a Málaga. A más de setecientos kilómetros de aquí. Y yo me quedaría con el corazón roto.

Prefiero follaconocidos.

Otra línea roja que marcó en mi agenda —y ya no sé por cuál voy—: no colgarme de nadie que tenga su residencia habitual a más de quinientos kilómetros de aquí.

Capítulo 8
Verano (principios de julio)

A pesar de la información que Sonia me dio sobre la aplicación, necesito un poco de ayuda extra y cuando pienso en alguien que probablemente use Tinder, solo me vienen dos palabras a la mente: *El Convento.*

***Yo**: Hola chicas, ¿alguna tiene Tinder?*

***Fabiola**: Yo no. ¿Por qué lo preguntas?*

***Rebeca**: Que no me entere, novicia, que solo tienes diecinueve años.*

***Judit**: ¿Cuándo quieres que vaya a tu casa a ayudarte a hacerte uno?*

***Rebeca**: ¿Por qué crees que quiere uno?*

***Judit**: Cuando preguntas eso es porque quieres hacerte uno.*

***Rebeca**: No tiene por qué.*

***Yo**: En realidad sí quiero hacerme uno, Rebeca…*

***Judit**: ¿Lo ves? No falla.*

***Rebeca**: Se me desmadra el convento. Tendré que poneros penitencia a todas.*



Judit viene por la noche a mi casa con una botella de vino tinto y una pizza. Supongo que habrá pasado por la pizzería de su amigo Giorgio.

—He pasado por la pizzería de Giorgio. —Estaba claro—. También he traído vino porque estas cosas es mejor que sean desenfadadas y, si se mojan con un buen tinto, mucho mejor. Por

cierto —me pregunta mirando a todos lados—, ¿y el enano?

—Está durmiendo —le informo.

—¿Ya? —dice haciendo un puchero—. ¡Si no son ni las nueve! ¡Quería verlo!

—Apenas tiene veinte meses, Judit —le explico—. Necesita acostarase pronto.

—Tía, ¿hasta cuándo piensas contar la edad del crío en meses? ¿Hasta que se vaya a la universidad?

—O hasta que se case, lo que venga primero —le replico—. No seas exagerada.

—Exagerada no. A ver que piense. —Mi prima frunce el ceño mientras cuenta con los dedos—. Cuando cumpla los dieciocho ¿cuántos serán, doscientos…cincuenta?

La miro con sorna mientras niego con la cabeza. —Serán doscientos dieciséis, Einstein.

—Oh, vaya insulto viniendo de alguien que necesita ayuda para hacerse un Tinder —concluye—. Dejemos las matemáticas y vayamos al grano. Lo primero, déjame ver una foto tuya decente.

—Todas mis fotos son decentes —le digo indignada pasándole el móvil con mi galería abierta.

Judit niega con la cabeza mientras va pasando por mis fotos.

—¿No tienes ninguna foto sin Charlie? Con esto vas a espantar a los hombres. Anda, vamos a hacerte unas cuantas —me dice enfocándome con el móvil—. Tienes que parecer *sexy*, pero no demasiado que si no creerán que eres de las que aceptas invitaciones a ir a su casa la primera noche.

—Bueno, esa es la idea, ¿no? —le pregunto confusa—. Tener un poco de sexo.

—Créeme, mejor ponle un poco de misterio.

Judit me hace varias fotos en diferentes poses y sonríe mientras las edita. Yo la observo divertida mientras doy buena cuenta del

tinto que ha traído.

—Ahora piensa algo para tu bio.

—Pon esto —le dicto—: hago *match* por inercia, pero si me haces reír te respondo.

—¡Guau! —exclama chocándome los cinco—. ¡Esa es buena! Lo justo de chula y misteriosa —dice tecleando en mi teléfono—. Ahora esperamos a ver quién pica.

Mi prima empieza a deslizar sin piedad y mis ojos se abren como platos.

—Eh, eh, pero ¿qué haces? Si ni siquiera me has dejado verlos.

—Tranquila. El primer filtro es visual —me dice sonriendo con malicia—. Si sobreviven a esto, ya los analizamos después. Soy experta en descartar perdedores en menos de tres segundos.



Cuando Emma me llama más tarde esa noche, me pilla hablando por la aplicación con un tal Mac que me tiene de lo más entretenida. El tipo en cuestión se ha tomado muy en serio lo de hacerme reír y lo consigue en cada mensaje.

—Hola, Emma —contesto a mi amiga—, no adivinarás lo que estoy haciendo en estos momentos.

—Si es algo guarro no me des detalles —me dice—. ¿Qué estoy diciendo? Claro que quiero detalles —rectifica—. ¿Está bueno?

—Si estuviera haciendo ese tipo de cosas ahora mismo, ¿crees que iba a cogerte el teléfono?

—No sé, cosas peores se han visto. Bueno, dime qué es eso que no voy a adivinar.

Sonrío exageradamente y me recuesto en el sofá un poco mareada. Mi prima Judit hace tiempo que se ha ido para verse con su pizzero y me he terminado la mitad de la botella de vino yo sola.

—Estoy hablando con un macizo por Tinder y hemos quedado

este sábado para tomar algo.

—¿Y tú desde cuando tienes Tinder? —La voz de Emma por teléfono suena un poco más aguda de lo habitual.

—Desde esta misma noche —le contesto—, me lo ha hecho mi prima Judit. Se ha ido hace una hora.

—Que peligro… Y dime , ¿tienes ya muchos *matches*?

—Unos cuantos, Emma. En tan solo una hora ya me han hablado varios. Tu amiga está muy buena, y lo sabes.

—Pues claro que lo sé —me confirma— y además eres increíble. Pero bueno, te llamo porque quería proponerte algo para tus vacaciones.

Nombrar las vacaciones no es un tema que me apasione. En primer lugar, porque no sé cuándo me las darán en Dalia y, lo peor de todo es que, aunque me las den, estoy casi en números rojos. No voy a poder hacer ningún gasto extra.

—Emma, no puedo gastar mucho —le explico—, voy a matricularme del último curso de la carrera. Tengo que ahorrar todo lo que pueda.

—Ya, pero este plan no implica gastar dinero. Atenta —me dice intentando ponerle emoción—. ¿Qué te parece si aprovechas unos días cuando Julio se lleve a Charlie a la playa y vienes a hacernos esa visita que llevas prometiéndome meses?

Eso es lo segundo que no me apasiona: recordar que dentro de poco estaré separada de Charlie dos semanas completas. Nada más pensarlo se me revuelve un poco el estómago. Desde que nació, lo máximo que hemos estado separados ha sido una noche. Una simple noche en la que yo he estado de fiesta y él dormido, así que ninguno de los dos nos hemos echado demasiado de menos. Pero ¿quince días? No sé si estoy anímicamente preparada para lo que eso va a suponer.

—Podríamos planear algo —continúa diciéndome Emma ante mi silencio—. Te quedarías con nosotros y, bueno, siempre dices que quieres venir y ver dónde trabajo. Podría enseñarte la ciudad y, a lo

mejor, te presento a algún amigo de Marc. ¿Qué me dices?

No puedo evitar sonreír ante la emoción que pone mi amiga en que vaya a visitarla a su casa. Desde que vive allí y se estableció como autónoma, me ha insistido en que vaya a pasar unos días y me quede con ella. Tener a Charlie tan pequeño siempre ha sido un impedimento y no hemos podido cuadrar agendas. Este verano no tendré esa excusa, y la verdad es que me vendrá bien la distracción.

—Mmm, no sé si seguiré soltera para entonces —le digo irónicamente—. A este tal Mac lo veo muy interesado—. Las risas se mezclan a través de los auriculares—, pero me parece una idea genial. Lo miro y te digo.

—Y dime, ¿hay foto de ese macizo que yo pueda ver?

—La hay, y no te imaginas cómo está el tío —le explico con una sonrisa amplia que ella no puede ver pero sé que se imagina—, tiene unos abdominales que podrían cortar diamantes, Emma.

—¿Y habla o sólo tiene fotos medio desnudo?

—Pues sorprendentemente es gracioso, me hace reír.

—¿Cachas y gracioso?—pregunta extrañada—. Eso no es nada habitual.

—Lo sé y voy a ir preparada para encontrarme cualquier cosa, espero poder contarte algo jugoso el domingo. ¿Tú cómo vas? —Cambio de tema porque últimamente nuestras conversaciones casi se centran sólo en mí—. ¿Alguna novedad que contarme?

—Todo igual por aquí, solo que… —Hace una pausa y me doy cuenta de que a mi amiga le gusta poner emoción en cada cosa que va a contarme—. Me voy de vacaciones a Argentina con Marc.

—¿Argentina? Qué asco me dais los ricos. —Le pongo mi voz más indignada—. ¿Sabes lo que te digo? Me dais envidia y no de la sana precisamente.

—Tampoco es para tanto. Ya sabes que su madre está viviendo allí y siempre nos dicen que vayamos, así que casi nos hemos visto obligados —me dice quitándole importancia aunque sé que a ella le

hace ilusión —. Lo único es que allí será invierno.

—¡Es cierto! Pero seguro que será genial. Tiene que ser un país precioso. Me alegro mucho por ti, cariño.

—Gracias, Ruth, la verdad es que me apetece mucho hacer este viaje con Marc.

Lo sabía, y aunque finja tener envidia, estoy feliz por ella y que tenga por fin una relación tan sana con ese chico.

—Lo sé, petarda. En fin, te voy a dejar que el macizo no para de escribirme. Como siga vibrándome así el móvil, lo voy a usar de otra cosa.

—En serio, qué bruta eres —dice entre risas—. Hablamos el domingo, ¿vale? Te quiero un millón.

—Y yo a ti dos.



Le cuento en el trabajo a Sonia que ya he quedado con alguien en Tinder y ella parece más emocionada que yo. Me pide algún detalle y me doy cuenta de que he perdido completamente la vergüenza sobre el asunto este de la aplicación.

Le explico los chicos con los que he hecho *match* y que el sábado tengo una cita para conocer a Mac, el macizo de los abdominales esculpidos por el mismísimo Miguel Ángel.

—¿Qué nombre es Mac? —me pregunta con interés—, igual no es su nombre real y sólo es un apodo. Es normal que en Tinder se cambien los nombres, ya sabes…

—Le preguntaré el sábado y ya te contaré —le prometo—. Espero que no sea un acosador o algo así.

—Hablando de acosadores…. —Sonia es muy cotilla y pone su mejor cara de querer contarme algo jugoso—. ¿Recuerdas a ese chico tan guapo al que atendiste hace unos días? Ese que te llamaba por tu nombre con tanta insistencia.

—¿Quién? —Me hago la tonta pero sé perfectamente a quién se refiere.

—Metro ochenta, ojos verdes, pelo bonito, hombros anchos… —comienza a describirlo—, sonrisa encantadora, labios gruesos…

—Vale, vale, ya lo pillo —le interrumpo—, parece que le estés haciendo una descripción a una IA para que te saque fotos de tíos buenos. Ya me hago a la idea de quién es. ¿Qué pasa con él?

—Pues no sé qué pasa. Dímelo tú.

—¿Yo? —Finjo indignación y hasta yo me doy cuenta de que he exagerado un poco levantando el tono—. No sé a qué te refieres.

Sonia se para y cruza los brazos con esa postura que me deja bastante claro que no está dispuesta a quedarse sin una respuesta convincente. Luego me mira y entrecierra los ojos intentando descifrarme pero me muestro lo más fría y neutra que puedo.

—Creía que tenías algo con él… —vuelve a insistirme.

Yo sigo intentando disimular, parecer lo menos interesada posible aunque por dentro me muera por saber lo que Sonia tiene en mente. Mi compañera es buena chica, pero sé que darle demasiada información personal podría ser utilizada en mi contra en cualquier momento.

—Pues no —le contesto mirando casualmente a mi móvil—, sólo lo he visto un par de veces.

No es ninguna mentira, quitando la famosa noche de la discoteca, tan sólo he visto a Fernando el día que nos encontramos en el supermercado y cuando vino a la tienda. Estoy a punto de preguntarle el motivo de su comentario pero espero un poco para no parecer demasiado ansiosa. En el poco tiempo que la conozco sé que, aunque no le insista, terminará contándomelo.

—Bueno, pues da igual. Ese chico guapísimo pasa todos los días por delante de la puerta y se queda mirando descaradamente —me explica al fin—. Pero descaradamente nivel acosador profesional que estudia el horario de su objetivo minuciosamente.

—No creo que sea para tanto —le digo quitándole importancia, pero en realidad me sube un cosquilleo por la espalda.

—Te lo juro, Ruth, y yo tengo un radar especial para detectar tíos buenos. Se me activa el sentido arácnido.

—¿En serio? Y ¿dices que mira hacia la tienda?

—Todos los santos días. De lunes a viernes, sobre las dos de la tarde. Si quieres, la próxima vez lo compruebas por ti misma.

Capítulo 9
Mac



Cuando llego al lugar donde me he citado con Mac, el chico ya me está esperando sentado en una de las mesas del rincón. He elegido un bar de mi barrio en el que tengo confianza, por si acaso me veo en la necesidad de echar mano en cualquier momento de Toni, el dueño, a quien conozco desde que era pequeña.

Es mi primera cita por Tinder, nunca se sabe.

Mac se levanta con una sonrisa encantadora y me saluda con dos besos. Viéndolo de cerca no es tan guapo como parecía en las fotos. Quizás es que ha usado algún filtro o puede que sus abdominales me hayan distraído tanto que no he prestado demasiada atención a su cara.

Aun así, el chico no está mal y además parece simpático.

Después de unas primeras palabras algo incómodas y esas frases hechas que sirven para romper el hielo y son pura cortesía, entramos en materia: que si que edad tengo, que cuáles son mis gustos en restaurantes, nos preguntamos por algo de cine y series… lo típico, vamos.

A grandes rasgos, la cita está yendo mucho mejor de lo que pensaba y el chico me atrae bastante. Llega un momento en que incluso dejo de pensar en sus abdominales y empiezo a darme cuenta de que es más que un cuerpo musculoso y tonificado.

Yo pido una cerveza con alcohol y él una sin, para que todavía me quede más claro que el cuerpo de este chico es su templo. Cuando prácticamente la estamos apurando me hace la gran pregunta.

—Bueno, Ruth y… —Hace una pausa y pone su mano en la barbilla—. ¿Alguna vez has hecho un trío?

Yo toso y doy gracias a que haya esperado a haber terminado mi bebida porque, si tuviera la boca llena, se la habría escupido en toda la cara. Me quedo sin capacidad de reacción y aprieto los labios para evitar que salga de mi boca lo primero que se me ocurre, que no suele ser mi mejor frase. Hay veces que es mejor pensar un poco antes de hablar.

—¿Por qué me lo preguntas? —Intento darle un voto de confianza y no pensar que me está proponiendo hacer un trío en nuestra primera cita—. ¿Es curiosidad o una proposición?

También procuro no parecer que me sorprende mucho y le hablo con ironía pero, al mismo tiempo, no queriendo parecer ni sorprendida ni molesta. No quiero que piense que soy una mojigata.

—Voy a serte sincero, Ruth. —¿Eso quiere decir que ha estado mintiéndome todo este tiempo?—. ¿Ves a esa chica rubia de nuestra izquierda?

Mac ni siquiera se vuelve hacia donde me está indicando, pero yo giro la cabeza como un resorte. Como si fuera la niña de *El exorcista*. La tía en cuestión es una pava de metro setenta y pico, piernas de infarto y un escote sutil pero generoso. Con algún que otro tatuaje en el brazo y unos ojos azules preciosos.

Nada más entrar en el bar de Toni yo ya le había echado un ojo. Estaba sentada en una mesa cercana y eso es algo que siempre hacemos todas, ¿no?

Examinar a la posible competencia.

La chica me mira sonriendo e, incluso, la veo morderse la parte interior del labio inferior, Yo aparto rápidamente la mirada para volverla confusa hacia el chico que tengo enfrente. Él ni siquiera se

ha girado hacia ella.

—¿Te refieres a la que está pagando en la barra y que parece una modelo de Victoria Secret? —le pregunto.

Él se ríe, echa la cabeza un poco hacia atrás y esta vez sí se vuelve a mirarla.

—Esa misma —me confirma—. Se llama Cat y es mi novia.

¿Cat y Mac? Debe ser un chiste, pero… en serio, ¿qué coño les pasa a los hombres? Odio no tener nada en mi vaso para poder arrojárselo a la cara.

—¿Es una broma? Porque no me está haciendo ni puta gracia. —Hago ademán de levantarme pero el chico enseguida me detiene.

—Espera un momento, Ruth —me ruega cogiendo mi mano—. ¿Puedes escucharme un segundo?

No tengo intención de pasar un minuto más en esta situación, pero escucharlo un momento no me va a hacer daño, así que me recuesto en la silla y espero a que hable, a ver por dónde me sale. Aunque creo que está bastante claro.

—Cuando te vimos el otro día en Tinder nos quedamos impresionados contigo. A Cat le encantaste y, ufff, es obvio que a mí también porque eres preciosa —empieza a decirme y, bueno, a mí me gusta que me regalen los oídos, así que me quedo un poco más —. Eso no es algo que nos suela ocurrir. Que coincidamos así los dos con alguien, créeme. Pero mi chica te vio y se le iluminaron los ojos tanto como a mí. Por favor, no te vayas, ¿te importa si se sienta con nosotros y te la presento?

Me parece surrealista esta situación, pero la miro y la chica tiene una sonrisa preciosa; parece encantadora, así que, acepto, porque cuando a una le están inflando el ego y regalándole los oídos tampoco es cuestión de ser desagradecida.

Como me ha parecido en un primer momento, Cat es amable, educada y muy *sexy*. Tiene acento extranjero que no logro ubicar del todo, pero me suena un poco a inglesa, irlandesa o americana. Vamos, que su primer idioma no es el español, aunque lo habla muy

bien.

La chica me da dos besos y me hace un repaso exhaustivo de arriba a abajo. Yo no vengo tan *sexy* como ella, pero no desentono. Somos diferentes pero no me siento en ningún momento intimidada por su físico.

Cat me está comiendo con los ojos, mucho más que su novio Mac y yo empiezo a incomodarme un poco, si no lo estaba antes. Piden otra ronda y, mientras los escucho, empiezo a dar buena cuenta de mi segunda cerveza.

—Veréis, yo es que no he hecho nunca un trío —les digo inocentemente—, a ver, no es que me niegue, pero tampoco sabría por dónde empezar. Quizás prefiráis a alguien con más experiencia, aunque… —añado con mi voz más sugerente—, yo aprendo bastante rápido.

Creo que escucho a Cat tragar saliva y ambos se miran lamiéndose los labios. Me da la sensación de que mi actitud y predisposición les está poniendo un poco cachondos.

—Ya te dije que habíamos acertado con esta chica, Cat —le dice a su novia el macizo mientras me mira como si fuera su comida favorita—. Entonces, Ruth, ¿te interesa?

—Quizás antes tendría unas cuantas preguntas —les digo a ambos—, ya os digo que no sé como sería la dinámica y tendríais que enseñarme todo, imagino. ¿Podéis decirme qué tendría que hacer?

—Por supuesto —se apresura a decir ella—. Puedes preguntarnos todo lo que quieras. Esto se trata de pasarlo bien los tres.

Yo bebo directamente de la botella alternando mi mirada de uno a otro y, no lo voy a negar, me encanta que me miren con tanto deseo ambos.

—De acuerdo, entonces. ¿Cuál sería mi papel? Tendría que enrollarme con los dos?

—Esa sería la idea —me contesta Mac.

—¿Primero con uno y luego con otro? —insisto—. Ay, perdonad mi ignorancia, de verdad. Me siento estúpida.

—¡No, para nada! —me tranquiliza Cat poniendo su mano sobre la mía cariñosamente—. No tienes que avergonzarte pero, para tu información, nosotros tenemos mucha experiencia. Te guiaríamos.

Esto se está poniendo divertido y la verdad es que, ya que he dejado a Charlie y tengo algunas horas libres, no me apetece volver a casa antes de hora y quedarme a ver una película aburrida. Esto es mucho más entretenido. Es puro cine.

—Tendríais que hacerlo porque casi soy virgen en esto. —Mac tiene la mano sobre el asiento de la silla y está haciendo tanta fuerza que creo que, de un momento a otro, la va a doblar por la mitad; aprireta los labios de una manera que se le han puesto casi blancos—. Nunca he estado con una mujer, Cat. No sé si…

—No te preocupes, de verdad —me interrumpe nuevamente mientras deja círculos en mi mano que todavía tiene bajo la suya—. Mira, tú no tienes por qué hacerme nada pero, si te soy sincera, a mí sí me gustaría mucho hacerte cosas a ti.

Agacho la cabeza y alzo los ojos para mirarlos mientras me mojo sutilmente los labios. Tendrían que darme un Oscar por la interpretación de chica inocente que me estoy marcando, pero es que verlos así, me está divirtiendo como hacía tiempo que nada lo hacía. Incluso diría que me está poniendo un poco cachonda también.

—De acuerdo, y ¿cuando querríais hacerlo? —les pregunto después de unos segundos en los que parece que ya me he decidido.

Mac se mueve nervioso en la silla. Estoy segura de que, si les dijera de hacerlo ahora mismo, no llegaba ni a la esquina.

—Cuando tú quieras —me dice él enseguida—. ¿Quieres esta noche o mañana tal vez…?

—No sé… —le contesto dudando—. Estoy interesada, de verdad, pero supongo que tengo que pensarlo.

—¡Por supuesto! —exclama Cat dándome la razón—. Cariño, no seas impaciente. Siempre eres demasiado ansioso —le dice a modo de reproche a su novio.

—¿Qué os parece el sábado que viene? Así puedo hacerme una idea y no sé… a lo mejor también me documento un poco —le guiño un ojo a Cat y la sonrisa de ella crece por momentos—. Ya sabes, para no parecer una princesa de almohada.

—¡Maravilloso/Estupendo! —dicen ambos al mismo tiempo.

—Entonces, imagino que lo haríamos en vuestra casa, ¿no? —les pregunto para dejar claro hasta el último de los detalles—. ¿Y os gustaría que llevara algún tipo de ropa interior en especial? Querría dejaros buena impresión.

—Madre mía, nena —le dice a su chica—, ya te dije que iba a ser genial y que no nos equivocábamos con ella. Puedes llevar lo que quieras, preciosa —me dice al oído—. Te va a durar muy poco tiempo puesto.

Parece ser que tengo pinta de montarme muy buenos tríos o tener predisposición para hacerlo.

Nuevo logro desbloqueado, supongo.

No recuerdo haberle dado ninguna pista en las pocas conversaciones que hemos mantenido a través de la aplicación sobre si me gustan ese tipo de prácticas sexuales, pero parece ser que, en las pocas tonterías que le respondí a sus bromas, es la impresión que le he dado.

—Solo una última cosa —les digo antes de despedirnos—. ¿Podría tener un adelanto?

—¿Un adelanto? —pregunta él—. ¿A qué te refieres?

—Ya sabes —le contesto mirándolo de manera sugerente y acariciando la mano de Cat al mismo tiempo—. Vosotros ya os habéis visto muchas veces pero yo no, ¿me entendéis? Me gustaría veros… antes.

—¿Quieres ir a nuestro piso ahora? —pregunta Mac.

—No, estaba pensando que podríamos ir al baño.

—Espera —dice ella un poco confusa—. ¿Aquí?

—Sí. El baño de minusválidos es muy grande y está muy limpio —me explico volviendo a morderme el pulgar con timidez—. Siempre está cerrado y casi nunca entra nadie. Puedo pedirle la llave al dueño del bar.

—Entonces quieres aquí… ahora… en el baño… —los veo dudar y me echo para atrás.

—No pasa nada. Da igual —Me cambia la cara y la actitud y empiezo a meter mi móvil en el bolso—. Solo era para hacerme una idea y,… bueno, ya me entendéis, ver a qué me enfrento, pero no importa. Si acaso ya vamos hablando por la aplicación, ¿vale?

Cojo mi bolso y me dispongo a irme. Enrtonces veo que a Cat se le abren los ojos como platos, se levanta al mismo tiempo que yo y me da la mano.

—Espera, Ruth. Tienes razón. —Se vuelve a su novio y se dirige a él—. Tiene razón, cariño. Necesita despejar sus dudas y la entiendo perfectamente.

—Solo es por hacerme a la idea esta semana e ir más segura el sábado que viene —digo tímidamente—. A lo mejor es una tontería, pero creo que me sentiría mejor y no iría tan nerviosa.

—Por supuesto. Te entendemos, ¿verdad, Mac?

—Perfectamente —asegura él.

—Entonces, ¿pido la llave? —les pregunto acariciando mi cuello —. Si queréis podéis ir pagando y os espero allí. O mejor, ¿vienes conmigo y esperamos a Mac las dos juntas, Cat?

La veo tragar saliva y decirle algo al oído a su novio mientras voy a pedirle a Toni la llave. Me mira extrañado pero no me hace ninguna pregunta.

Abro la puerta y cojo a Cat de la muñeca invitándola a entrar conmigo.

El baño de minusválidos es, como les he prometido, muy grande

y está impoluto. Tiene un gran espejo y una zona para cambiar el pañal a los bebés.

—Eres preciosa —me dice ella al tiempo que acaricia mi mejilla y se moja los labios.

Hace amago de besarme pero la detengo suavemente.

—¿Esperamos a Mac? —le pregunto.

—Por supuesto.

No tenemos que esperar mucho porque, a los pocos segundos, dan dos golpecitos en la puerta y le abro dejándolo pasar. La situación podría resultar incómoda pero no lo es en absoluto. Los dos me miran sonrientes y yo a ellos todavía más y, al igual que hace un momento su chica, él intenta besarme pero me retiro dejándole claro que no van por ahí los tiros.

—¿Qué tipo de adelanto quieres? —me pregunta ella.

Hago como que me lo estoy pensando, que tengo dudas y que no me atrevo a decir lo que tengo en la mente, pero es un simple teatro. Sé exactamente lo que quiero.

—¿Podéis quitaros la ropa? —les pregunto sonando lo más inocente que puedo—. Me gustaría veros desnudos.

Cat no lo duda un instante y empieza a sacarse la camiseta de tirantes por la cabeza. Mac se lo piensa unos segundos pero, al ver a su chica, hace lo mismo. Sus abdominales son mucho mejores en directo y en las distancias cortas que en las fotos.

—¡Guau! —exclamo al ver sus pechos desnudos mientras sostengo su ropa—. Sois… increíblemente perfectos. ¿Puedo ver más?

Veo la vanidad en sus ojos, lo orgullosos que están ambos de su cuerpo. Él tensa sus músculos pectorales y ella parece estar posando mientras se baja lentamente la minifalda que lleva quedándose con un minúsculo tanga negro. Me la ofrece y yo tiendo la mano para recogerla. Él se baja los pantalones y hace lo mismo.

Los miro de arriba abajo, fijándome en cada parte de su cuerpo

mientras sostengo sus prendas de ropa bajo el brazo y saco la lengua mojando mis labios por completo.

Ellos se mantienen en silencio sin parar de sonreír, cómodos con la situación y despreocupados, sin ningún tipo de pudor.

—¿Quieres ver más? —me propone ella—. Queda poco que quitarnos.

—Es lo que tiene el verano —le respondo—, se tarda muy poco en desnudarse. Ya que estáis, me gustaría verlo todo.

Me quedo mirándola fijamente, con toda la intensidad de la que soy capaz. Intento transmitir seguridad, aunque en el fondo me tiemblan un poco las piernas por lo que estoy a punto de hacer.

Ella se quita el tanga y él el *boxer* y me lo dan para que se los sostenga.

—¿Te gusta lo que ves? —me pregunta Mac con una sonrisa de total suficiencia.

No está del todo empalmado y solo me queda hacer una prueba.

—Me gustaría verlo un poco más… dispuesto —le digo alzando las cejas y mirando su entrepierna—. Quizás podríais besaros y así me haría una idea de lo que me espera el sábado.

Se besan delante de mí mientras ella le toca y eso se pone más tieso y recto que un poste de luz en plena tormenta. Están cada vez más metidos el uno en el otro y entonces yo aprovecho, abro la puerta y salgo de allí llevándome toda su ropa.

Cuando salgo del baño, me voy directamente a la barra. Le devuelvo a Toni la llave y dejo el montón de prendas que llevaba bajo el brazo justo a su altura. Él se queda mirando el minúsculo tanga negro y luego se vuelve hacia mí, extrañado.

—¿Qué pasa aquí, Ruth? —me pregunta frunciendo el ceño.

—Nada, tranquilo —le respondo sin inmutarme—, pero yo de ti llamaría a la policía. Tienes a dos pervertidos follando en el baño de minusválidos.

Capítulo 10

El mes de Julio en la perfumería es muy poco productivo. Entre semana vamos por turnos y nunca coincidimos las tres juntas. Hasta que llega el viernes y el sábado, en el que estamos todas durante la jornada completa. Pero en verano y especialmente en las horas de más calor, no entra ni un solo cliente y nos pasamos el tiempo mirándonos las caras.

Eso me da tiempo más que suficiente para poder quejarme de mi cita de la semana anterior con Mac y Cat.

—Entonces, ¿te entró así? ¿Directamente? —la que me pregunta es Jessy, que está un poco indignada—. Podría haberte avisado antes, qué capullo.

—Pues ya ves —le confirmo—, en realidad me da igual lo que haga cada uno, pero eso es lo que me molestó, que no me lo hubiera dicho desde el principio, fue una encerrona.

—Son cazadores de unicornios —sentencia Sonia mientras se echa perfume.

Las tres estamos reorganizando las estanterías, reponiendo ciertos productos y, en definitiva, intentando entretenernos y mantenernos un poco ocupadas.

Jessy y yo nos volvemos a mirarla confundidas.

—A ver, ¿puedes explicarnos qué es eso? —le pregunto temiendo la respuesta.

—Pues es algo bastante común en las aplicaciones de citas —empieza a explicarnos como si fuera algo que tendríamos que conocer—. Una pareja heterosexual monógama que busca a una chica bisexual para unirla a sus fantasías sexuales. No quieren una relación, solo alguien con quien tener sexo sin ataduras ni interferencias en la pareja. A veces es para montarse tríos; otras, simplemente porque quieren probar dinámicas diferentes, abrir la

relación… ya sabéis, experimentar un poco.

—Vaya —asiento quedándome pensativa un momento—, estoy muy desfasada. No había oído eso en mi vida.

—Pero entonces —interviene Jessy—, la chica de la pareja muy heterosexual no será, ¿no?

—Evidentemente, aunque hay muchas y diferentes circunstancias —nos sigue iluminando Sonia—. A veces simplemente la novia accede para satisfacer la fantasía de su novio. Otras veces es sólo el morbo de probar cosas nuevas.

—Ya os digo yo que estos no querían probar. Tenían mucha experiencia.

—Posiblemente en tu caso, la chica fuera bisexual o simplemente le gustan mucho los tríos.

Sonia nos sigue contando cómo ella a veces se ha encontrado alguien así, pero que generalmente suelen decirlo con antelación. Insiste en que debí darle alguna pista de que estaba dispuesta a participar o de que esos eran mis gustos. Yo sigo dándole vueltas en mi cabeza intentando recordar alguna de nuestras conversaciones.

Quizás mencioné que había besado a alguna chica —a Emma—, también bromeé con que me había hecho pasar por la novia de mi amiga lesbiana —también Emma en su fiesta de despedida a la universidad—. Pero claro, todo lo hice en un contexto de humor en el que ambos bromeábamos.

Quizás yo era la que estaba tomándomelo a broma mientras él lo decía todo completamente en serio. Ahora me siento mal por haberlos dejado tirados de esa manera.

Me cubro la cara con ambas manos y resoplo exageradamente. Mis dos compañeras se me quedan mirando con una ceja levantada.

—Es posible que le diera a entender que sí que estaba dispuesta a hacerlo —les confieso al fin— aunque en todo momento pensé que estábamos hablando hipotéticamente, ¿me entendéis? Y yo no quería parecer una mojigata.

—Error de novata —dice Sonia dándome una palmadita en la espalda—. Ya le irás cogiendo el tranquillo.

No sé si quiero cogerle el tranquillo ni si quiero seguir metiéndome allí. Es más, no sé siquiera si quiero seguir teniendo citas.

A la mierda los hombres, pienso.

Pero claro, eso me dura apenas unos minutos. Justo el tiempo que pasa hasta que veo cómo Fernando, en su puntual cita de las dos de la tarde, cruza por delante de la perfumería y echa un vistazo rápido hacia dentro.

Si no fuera porque es verano, pensaría que es algún tipo de profesor o maestro de algún colegio o instituto cercano. Tiene pinta de eso. Pero claro, las clases terminaron hace mes y medio.

Han pasado varios días desde que Sonia me contó que Fernando pasa por allí a diario. Me he estado fijando, sin querer admitir que lo busco con la mirada cada día entre las dos y las dos y cuarto de la tarde. No quiero sentirme atraída por él, pero cada vez que lo veo, mi cuerpo reacciona antes que mi cabeza. Creo que esto es lo que le pasaba a los perros de Pavlov. Ese experimento donde les sonaba una campana y babeaban aunque no hubiera comida. Pues igualito, pero en versión discoteca y con menos dignidad. Lo veo, y mi cuerpo reacciona antes de que mi cabeza tenga tiempo de recordar la línea roja que me he marcado con él.

Va siempre muy bien vestido, con pantalones clásicos, camisetas lisas y con una mochila a la espalda. Calculo que debe estar en torno a los treinta años y suelo tener siempre buen ojo adivinando la edad de la gente. Incluso diría que es más acorde a la mía y la verdad es cada día lo encuentro más guapo. Eso no me viene nada bien.

Hoy, mientras coloco frascos en el mostrador cerca de la entrada, noto su reflejo en el escaparate. Fernando camina por la acera de enfrente con su paso relajado, pero sus ojos, como cada día, se deslizan hacia el interior de la tienda.

Lo que no estaba en mi tarjeta de bingo es que, esta vez él se

detenga.

No sé si es la sorpresa o los nervios de verlo ahí parado pero mis manos tiemblan ligeramente y, antes de que pueda darme cuenta, se me resbala un frasco de perfume. Instintivamente trato de atraparlo, pero lo único que consigo es arañarme la palma con el borde de un expositor.

—Joder… —murmuro, sacudiendo la mano.

Cuando me enderezo, Fernando ya está en la puerta mirándome fijamente preocupado.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Su voz es exactamente como la recuerdo: profunda, grave, con ese acento andaluz y un cierto deje de diversión contenida. Me siento a la vez descubierta y avergonzada.

Me giro hacía él con la mano medio cerrada, como si así pudiera disimular la herida.

—Sí, claro. Perfectamente.

Fernando me observa unos segundos. Luego, con un leve suspiro, cruza la puerta de la tienda y se acerca donde estoy parada escondiendo mis manos detrás de la espalda.

—Déjame ver —dice tendiendo su mano hacia mí.

—No es nada.

Pero Fernando ya ha dado un paso más y, antes de que pueda apartarme, toma mi muñeca con suavidad. Sus dedos son firmes y cálidos contra mi piel y yo me quedo completamente inmóvil.

Él me abre la mano con delicadeza y observa la fina línea rojiza que sangra levemente cruzando toda la palma. Su pulgar roza justo al lado de la herida, con un movimiento distraído pero casi íntimo.

—No es profundo, pero deberías limpiarlo.

El roce me hace tragar saliva. Por un segundo, mi cuerpo recuerda antes que mi cabeza y reacciona sin permiso a su toque. Recuerdo esos mismos dedos sobre mi piel, pero no en mi mano,

sino deslizándose bajo el borde de mi vestido, recorriendo la curva de mi espalda, enredándose en mi pelo mientras me besaba contra la pared de aquel baño… esos mismos dedos que no hace tanto tiempo lograron llevarme al placer más absoluto en apenas unos pocos minutos.

Fernando levanta la mirada y nuestros ojos se encuentran.

Y yo siento el calor subir por mi nuca.

—Debería… ponerme un poco de alcohol —acierto a decir.

Él no me responde. Solo me observa un segundo más, como si pudiera ver en mi mente exactamente lo que estoy pensando, lo que estoy rememorando.

Luego, suelta mi mano despacio, con los dedos rozando los míos en el último momento.

—No uses alcohol, solo limpia bien la herida y aplícate un antiséptico —Su tono es bajo, casi un desafío—. ¿Tenéis algo así?

—Tenemos povidona iodada y clorhexidina —le digo con apenas un hilo de voz.

Me salen esas palabras de manera mecánica, recitando el catálogo como si fuera un cliente preguntando por nuestros productos sanitarios para el cuidado de heridas. Tenerlo tan cerca y volviendo a tocarme no me deja pensar con claridad.

—Cualquiera de las dos cosas servirá —me dice con una sonrisa dulce—. No queremos que pueda infectarse, ¿verdad?

—No. Claro.

Sin decir nada más, sale de la tienda.

Y yo me quedo allí, con el corazón latiéndome en la garganta y la mano aún hormigueando.

¡Mierda!, pienso cuando lo veo alejarse.

Sonia, que ha presenciado la escena, sonríe pero no dice nada y yo voy a curarme la herida en la trastienda mientras maldigo mi mala suerte. No quiero tener que depender emocionalmente de

alguien. No estoy en ese momento de mi vida.

Sonia entra a interesarse por mí y me desahogo con ella.

—¡Solo quiero divertirme un poco, tía! —exclamo nada más verla entrar—. Llevo dos años siendo responsable y ahora que puedo estar más libre, solo quiero eso. ¿Tan difícil es?

—¿Esta crisis es debido al tío bueno con el que me dijiste el otro día que no tenías nada y que te ha puesto cara de tonta solo cogiéndote de la mano? —me pregunta mientras me ayuda a curar mi herida.

—¡Sí! Y no quiero colgarme de nadie, Sonia. Por eso me puse el Tinder ese. Y ha sido un desastre.

—Solo ha sido una mala cita. Y por un malentendido.

—¿Por qué es todo tan difícil?

Mi pregunta es más una súplica, pero me conozco. Sé que si no remonto pronto, puedo venirme abajo. Cuando tengo a Charlie no me permito flaquear. Él se merece mi mejor versión. Pero en unos días, se irá dos semanas con su padre y yo me quedaré sola comiéndome la cabeza.

—A ti lo que te hace falta es una salida solo de chicas —dice ella con firmeza.

No puedo evitar pensar que, precisamente en un tipo de salida así, con mis primas, fue cuando conocí a Fernando en la discoteca.

—No sé lo que necesito, Sonia.

—Mañana, al salir de aquí nos vamos las tres de cena y lo que surja.

—Mañana no puedo, es mi último fin de semana antes de que Charlie se vaya de vacaciones. Quiero pasarlo con él.

—De acuerdo, pues el próximo sábado —dice con una seguridad que ahora mismo yo no tengo—. Voy a decírselo a Jessy y planeamos algo juntas.

Capítulo 11
Jessy



En los meses que llevo en Dalia, nunca había salido con las chicas y, en estos momentos, después de mi segundo *gin tonic*, me arrepiento de no haberlo hecho antes.

Cenamos en el restaurante de moda en la ciudad: El Dirty Dinner, que es un restaurante/bar temático inspirado en la película *Dirty Dancing*.

Desde el mismo momento en que cruzamos la puerta, la banda sonora de la película se reproduce y nos recibe el personal vestido con faldas de vuelo, chaquetas de cuero y peinado de los sesenta.

Hay una zona de baile, otra de karaoke y una pantalla gigante que proyecta escenas de la película en bucle y *videoclips* de la época.

Nos sentamos en uno de los reservados decorados con sofás de cuero rojo. Una mini rocola, que preside la mesa, nos permite elegir por nosotras mismas las canciones que queremos que nos amenicen la velada.

Nos pedimos unas mini hamburguesas *Baby*, una ensalada *Kellerman* y un *Johnny´s hot sandwich* para compartir y, desde el primer momento, las risas están aseguradas con el menú basado en los nombres de los personajes.

Después de cenar, y con nuestro *cocktail* en la mano, nos

retamos a un concurso que consiste en cantar el famoso tema de la película a dúo. Las risas van en aumento, sobre todo cuando Sonia coge el micrófono y, además de desafinar como una almeja, se inventa prácticamente toda la letra. No es por presumir, pero incluso estando ya bastante borracha, soy la que mejor lo hace y me gano una copa gratis.

El DJ desafía a todos los clientes a salir a la mini pista de baile que tiene el restaurante y bailar un *twist*, un *rock&roll* y hasta un mambo. Nos estamos divirtiendo tanto, que de un plumazo casi se me olvida lo que estoy echando de menos a mi hijo y el mal humor que tengo desde que se fue con Julio y Laura a la playa.

Quizás he bebido demasiado, pero me merezco una noche épica y la verdad es que no esperaba disfrutar tanto como lo estoy haciendo.

—¿Sabéis que os digo? —Hasta estando tan borracha, soy consciente de lo mareada que estoy—. ¡Que les den a los tíos!

—Brindo por eso —dice Jessy a mi lado, quien también ha bebido por encima de sus posibilidades.

—Son todos unos capullos. No quiero saber nada más de nadie que tenga algo colgando entre las piernas —me reafirmo.

El espectáculo del Dirty Dinner ha terminado y, pese a nuestras protestas, casi nos tienen que echar con una escoba.

Después del karaoke y del baile, nos vamos con una buena colección de fotos emulando las poses de los protagonistas tras un decorado e, incluso me han hecho intentar el famoso salto de la película con uno de los instructores.

Ahora, vagamos sin rumbo fijo mientras decidimos dónde continuar la noche, que es fresca a pesar de estar a principios de agosto.

—No digas tonterías —me replica Sonia recuperando el hilo de la conversación—, te he visto hacerle ojitos al tío que se pasea todos los días por la puerta de la tienda. Y se nota a distancia que te pone mucho.

—No es cierto —miento como una actriz de telenovela—. Te digo que desde hoy mismo, esta Ruth que veis ante vosotras, no piensa salir con un solo tío más. A partir de ahora Ruth es lesbiana.

—¡Amén! — Jessy vitorea mis palabras levantando su copa, que ha sacado a escondidas del restaurante.

Aunque intento no hablar de mí misma en tercera persona, cuando estoy bebida, no me puedo controlar y lo hago en voz alta.

Los coches pasan a nuestro lado y alguno que otro nos pita interrumpiendo y diciéndonos alguna guarrada.

—¿Veis esos coches? —les digo—. Seguro que los que pitan son todos hombres. Ninguna mujer pitaría a otra así un sábado por la noche…

—Buenoooo —me contradice Jessy negando con la cabeza—, hay tías que casi son peores, ¿sabes?

—Te. Digo. Que. No —enfatizo cada palabra con un toque de mi dedo índice en las costillas de Jessy.

La chica tiene cosquillas y se echa a reír descaradamente. Llegados a este punto, reímos por cualquier tontería y Sonia nos mira muy seria tapándose los ojos.

Eso nos hace reír más todavía.

—Bueno chicas, yo me voy a ir a casa que es tarde… y vosotras deberías hacer lo mismo —nos aconseja en plan adulta sobria y responsable.

Estoy a punto de decirle que la única madre de las tres soy yo, pero no quiero pensar en eso ahora mismo, así que intento comportarme como la chica de veinticuatro años que soy. La que se ha pasado los dos últimos años embarazada y criando a un bebé. La que necesita olvidarse por un momento de la mala suerte que parece arrastrar desde entonces con las relaciones.

—No seas aguafiestas —le reprocho como una niña pequeña—, nos estamos divirtiendo. ¡Vayamos a otro sitio!

—Y yo me he divertido mucho también, pero es hora de irse a

casa. Venga, que os acompaño.

Jessy y yo protestamos aunque, si he de ser sincera, empiezo a estar realmente cansada y sé que mis compañeras también. Hemos estado trabajando juntas prácticamente todo el día, y los sábados suelen ser bastante ajetreados.

Intento calcular cuántas horas llevamos despiertas, pero me quedo en el intento porque ni siquiera sé en qué hora me encuentro. Todo se nubla en mi cabeza pero seguimos riendo al recordar la cena y el espectáculo del Dirty Dinner. Quizás mañana no recuerde muchos detalles.

Mi pequeño apartamento es el que queda primero y, a menos de diez minutos, el de Sonia. Jessy nos insiste en que va a llamar a un uber que la acerque a casa, así que le digo que suba, lo pida desde arriba y espere allí a que la recojan.

Nos despedimos de Sonia y ambas subimos por las escaleras a mi apartamento, con gran esfuerzo y tambaleándonos.

Una vez dentro, le digo a la Alexa que me regaló Emma en Navidad que reproduzca música de *Dirty Dancing* y seguimos la fiesta, intentando sin mucho éxito, bailar el *(I´ve had) The time of my life*.

Bailar un tema así, en un apartamento tan pequeño como el mío, es bastante complicado y tiramos algunas cosas por el camino.

Eso o es que nuestro estado de embriaguez nos hace tropezar con los muebles. Jessy intenta un par de veces pedir el uber y le quito el móvil de las manos.

—No te vayas todavía, por favor —le ruego haciendo un puchero —, tenemos que aprendernos este baile.

Seguimos moviéndonos torpemente y, en nuestra descordinación mutua, quedamos frente a frente, muy juntas y abrazadas. Las dos tenemos la respiración agitada a causa del esfuerzo. Aunque bien podría ser del pelotazo que llevamos que hasta nos falta el aire.

—Oye, Jessy —le digo mirándola fijamente a los ojos—. ¿Yo te

gusto?

Me da la sensación de que a ella se le pasa la borrachera de golpe porque deja de reírse y se pone un poco seria de más. Le veo cómo se le forma una arruga en la frente y parece estar pensando a mil por hora. Yo, en cambio, sigo mareada y no pienso nada. Solo hablo.

Esa es muy mala combinación.

Si fuera capaz de darme cuenta de lo borracha que estoy, dejaría de hablar en el acto, ayudaría a Jessy a pedir un uber, le daría un vaso de agua y esperaría sentada con ella en el sofá a que viniera su coche a recogerla. Luego le escribiría para que me confirmara que está sana y a salvo en su casa y me iría a la cama intentando desmaquillarme para no amanecer como un koala moribundo.

Pero el problema es que estoy demasiado mareada para ser consciente de mi estado y, en vez de hacer lo que debería, bajo la mirada a sus labios y le planto un beso en la boca a la que estaba siendo mi pareja de baile improvisada. A Jessy, a mi compañera de trabajo que pienso que es lesbiana y que, además, creo que siente algo por mí.

Ella me confirma sin palabras que le gusto, y parece ser que mucho.

Nos besamos en el salón mientras la canción sigue reproduciéndose y los besos cada vez se vuelven más intensos y con mucha más intención. Todo sucede demasiado deprisa. Del salón pasamos al dormitorio y allí aterrizamos en la cama donde seguimos besándonos sobre la colcha.

—Oye, Jessy —vuelvo a preguntarle cuando paramos a respirar —. Entonces, ¿te gusto o no te gusto?

—Pues claro que me gustas —me responde —. ¿Crees que estaría encima de ti si no lo hiciera?

No puedo rebatir su argumento. El mío es mucho más endeble. Me estoy besando con una chica pero realmente no sé el motivo.

Podría echarle la culpa al alcohol, a la mala suerte que estoy arrastrando últimamente. A mis últimas citas fallidas. A Eduardo, a mi compañero Aday, al musculitos del Tinder. Podría echarle la culpa a Fernando por ser tan guapo pero ser de tan lejos. Fernando y…

—¡Tócame! —le pido con urgencia.

—Un momento, Ruth… ¿Estás segura de esto?

Jessy alza levemente la cabeza separándose pero me incorporo para agarrar el lóbulo de su oreja entre mis dientes. Le susurro que me toque, casi es una súplica. Mi piel arde y necesito sus manos en mí y sé que no puede resistirse a ello. Sé que lo desea. Pero, ¿yo? Yo no soy exactamente consciente ni de lo que hago ni de lo que le estoy pidiendo.

Pero es lo que tiene el alcohol, con esa capacidad para desvincularte de la realidad. Y entonces me doy cuenta de que estoy haciendo algo que sé que, en circunstancias normales y menos alcoholizadas, no haría. Sé que es una mala idea. Más que mala, es una terrible. Pero el alcohol le ha puesto silenciador a esa vocecita de la conciencia. Esa voz que te advierte: «Eh, para un segundo». La desactiva. Como si te bajaran el volumen interno y te subieran el calor en la piel.

Y entonces estoy aquí, con una chica, mi compañera, que huele a perfume caro y a decisión valiente, besándola sin tener claro si lo hago porque quiero… o porque hoy no tengo fuerzas para frenarme.

Todo me parece más intenso y vibrante, y tengo la sensación de que el mundo gira a mi alrededor. La cabeza me da vueltas y siento que casi puedo volar en estos momentos. En realidad no tengo ni idea de lo que estoy haciendo. Tampoco creo ser consciente de lo que le estoy pidiendo pero alejo esos pensamientos e intento centrarme en lo que me pide el cuerpo.

Y no parece que vaya a poder detenerme.

Mañana podremos analizar las consecuencias.

Capítulo 12

El dolor me atraviesa el cerebro desde las sienes hasta la base del cráneo. Siento cada latido de mi corazón retumbando en la cabeza, como si fueran los tambores en una procesión de Semana Santa. Mi boca está seca como si hubiera estando masticando algodón toda la noche y siento clavos bajando por mi garganta cuando trago saliva.

Intento abrir los ojos pero parece que mis párpados pesan toneladas y, cuando al fin consigo abrir uno de ellos, los rayos de luz que se filtran por la ventana parecen ser como una especie de dedo acusador que me recuerda mis malas ideas.

No consigo moverme y necesito ir al baño urgentemente porque las náuseas amenazan con sacar de mi cuerpo todo lo que tomé sin pensar en las consecuencias.

Pero algo me aplasta. Un peso me ancla a la cama, me impide el movimiento. Algo cálido abraza mi cuerpo. Algo que parece estar hecho de piel y huesos. Es caliente y suave, es…

¡Me cago en la puta! ¿Pero qué coño he hecho?

Es el brazo desnudo de Jessy quien me sujeta y su pierna la que tengo enredada entre las mías. Es su cabello el que está pegado a mi cuello y su aliento a ron y tequila el que huelo.

¿O es mi propio aliento? No estoy muy segura pero tengo que ir al baño y vomitar.

Y estoy en bragas y camiseta, y ella solo en bragas por lo que he podido deducir.

Me deshago de su agarre deslizándome entre las sábanas. Lo hago despacio porque no quiero despertarla y enfrentarme a lo que ha sucedido antes siquiera de haber tomado un café. Por suerte, Jessy está completamente dormida porque, aunque no quiero hacer

ruido, soy bastante más torpe de lo que pretendo y hasta me da la sensación de que mi hígado todavía no ha terminado de metabolizar todo el alcohol que consumí anoche.

Tengo la lengua pastosa, mis movimientos son demasiado descoordinados y la cabeza sigue dándome vueltas. Lo confirmo, creo que todavía estoy borracha.

El espejo del baño vuelve a juzgarme, como aquella noche en la discoteca con Fernando, pero ahora es mucho peor. Ahora me sentencia y me declara culpable.

Lo de no liarse con un compañero de trabajo no es una línea que yo tenga que marcarme. Eso es una ley universal de las líneas rojas.

Y a juzgar por el carmín que tengo repartido por toda mi cara, fue algo bastante intenso.

El agua lava mi cara pero no consigue hacer desaparecer ni mi arrepentimiento ni la vergüenza que siento. Menos aún cuando escucho a Jessy llamarme desde el dormitorio.

—Ruth, ¿te encuentras bien?

No sé cuanto tiempo he estado en el baño, pero parece que bastante más que lo que puede considerarse aceptable.

—Si, salgo enseguida —le contesto detrás de la puerta.

Luego vuelvo a mirarme en el espejo e insulto a mi reflejo una cuantas veces antes de armarme de valor y salir a enfrentarme con mi error de anoche.

Cuando abro la puerta, me encuentro a Jessy en bragas y con urgencia de usar el váter. Me hago a un lado y la dejo dentro mientras regreso al dormitorio a ponerme algo más encima.

Cuando sale, se reúne conmigo en la cocina con una de las camisetas que le he dejado encima de mi cama.

Mientras observo la cafetera y la animo de manera silenciosa a que se dé prisa en sacar el líquido negro, Jessy habla sin parar. Me

da los buenos días, se despereza sonriendo a la vez e incluso la escucho canturrear.

¿Qué tipo de persona se levanta así un domingo tras dormir apenas seis horas después de haberse bebido hasta el agua de los floreros que adornaban los callejones?

La miro entrecerrando los ojos y frotando mis sienes. El café no sale lo suficientemente deprisa o el tiempo se ha detenido y estoy en una especie de agujero negro en el que esta chica me habla sin parar.

—¿Quieres café? —le pregunto tan solo para evitar seguir escuchándola.

—Claro, de eso te estaba hablando —me dice— de lo que me gusta el café. ¿Es que no me estabas escuchando?

Podría ser borde y decirle que no soporto que me hablen cuando estoy de resaca y he desconectado desde el minuto uno, pero en realidad me sabe fatal lo que he hecho y me disculpo. Sirvo el café en dos tazas y me dispongo a tener la conversación. Quiero decir... LA CONVERSACIÓN.

—Jessy, respecto a lo de anoche…

—Anoche no pasó nada —me interrumpe—. Lo intentaste, pero estabas demasiado borracha. Te dormiste en mitad de un beso.

—Ay, Dios, menos mal —resoplo aliviada—. ¿Estás segura? Porque tú también ibas bastante pedo y…

—Créeme —insiste—. A mí no se me habría olvidado, te lo aseguro.

Noto una mezcla de resignación y amargura en sus palabras. Me hace sentir peor de lo que ya estaba y tengo la necesidad de disculparme.

—Jessy, siento mucho que la cosa se desmadrara así. No era mi intención perder los papeles de esa forma.

—Entonces, lo de que pasabas de los hombres es mentira, ¿no?

Y lo de que besaste y saliste con una amiga tuya lesbiana, ¿también era mentira?

—Eso… a ver, eso no es del todo como lo conté. Siento mucho haberte hecho pensar algo que no es —intento explicarme—. Sí que besé a mi amiga Emma, pero fue en una fiesta y ella no es lesbiana, en realidad…

—Mira, basta. —Jessy me está mirando con una expresión de auténtico enojo y por un momento temo que va a tirarme el café a la cara—. Me marcho. No hace falta que te disculpes más.

Cuando la acompaño a la puerta para despedirme la escucho decir un «que te jodan, zorra» que exclama sin ningún disimulo y me quedo en el rellano lamentándome.

Mañana va a ser un día interesante en la perfumería, pienso.

Me tiro en el sofá, con mi segunda taza de café en menos de media hora mientras espero que el ibuprofeno haga su magia y se lleve algo de la resaca que arrastro. Charlie lleva cuatro días fuera con su padre, y aunque de vez en cuando me han mandado alguna foto, me echo a llorar.

Es el primer domingo desde que nació que no pasamos juntos.

Me aguanto las ganas de marcar el número de Julio y decirle que hagamos videollamada. Son sus primeras vacaciones como casado con su mujer y con su hijo. No creo que a Laura le haga mucha gracia ver mi cara mientras están en la playa, por mucho que me toleren.

Así que marco el número de mi segunda persona favorita en el mundo.

—Hola, Emma. —La voz apenas me sale del cuerpo y de ánimo no se me nota mucho mejor—. Necesito unas vacaciones.

—¡Ey! ¿Cómo estás? —exclama emocionada mientras aparto el auricular de mi oreja—. Lo tengo todo planeado. ¿Cuándo vienes?

—Julio no me devolverá a mi hijo hasta dentro de once días, así que puedo arreglarme el turno para ir allí el viernes y volverme el

domingo —le explico mientras ojeo el calendario de la nevera—. Necesito salir de esta ciudad, Emma.

Quizás mi voz me sale un poco más grave y suena más baja de lo normal, pero es que cada palabra me pesa en la garganta. Puedo poner como excusa que estoy de resaca pero sé que Emma no se lo creerá aunque se lo jure sobre la *Biblia*. Por suerte, mi amiga no insiste en preguntarme qué me pasa. Sé que, si lo hiciera, probablemente terminaría quebrándome e incluso echándome a llorar.

—Eso está hecho, Ruth —me dice—. Cuando sepas cierto el tren que vas a coger, me lo dices e iremos a recogerte a la estación.

—De acuerdo, hablamos esta semana, ¿vale?

—Claro… oye.

—Dime.

—Te quiero un millón. Y estoy deseando verte.

—Y yo a ti dos.



No estoy con ánimo de pasar mi domingo sola en casa. Hace demasiado tiempo que no lo estoy y no voy a empezar ahora. Llamo a casa de mis tíos y me autoinvito a comer.

No se esperan la visita y menos aún sin estar Charlie conmigo. Noto cómo mi tía me mira extrañada al principio, pero poco a poco la conversación se va relajando mientras miramos y comentamos las fotos de Charlie en la playa. Al menos el niño se lo está pasando bien.

—El próximo fin de semana me voy a ver a Emma —les informo —. Me ha invitado a pasar unos días con ella y con Marc, asi que voy a aprovechar que no está Charlie y conozco su empresa y su nuevo piso.

—Ya era hora. Lleva invitándote meses.

—Lo sé, tía. Ahora es el mejor momento. Antes de que empiece el último curso de la carrera. Supongo que no tendré mucho tiempo libre entre los estudios, Charlie y el trabajo.

—¿Necesitas algo?

—¿Algo como qué? —le pregunto con cautela.

Sé que me está ofreciendo dinero para ayudarme a pagar la matrícula y lo odio. Desde que me fui, me prometí a mí misma intentar ser lo más independiente posible, no pedirles más dinero y, aunque sé que lo hacen de buena fe, quiero al menos cumplir esa parte. Suficiente hacen y han hecho ya por mí.

—Sabes que no necesitas hacerlo todo tú sola, cariño. Solo tienes veinticuatro años —me dice con suavidad—. Prácticamente eres una niña todavía.

—Tía, no. Sabes que os agradezco todo lo que habéis hecho por mí y… —intento que no se me quiebre la voz pero no sé qué coño me pasa estos días que me cuesta un mundo—, de verdad que no tienes ni idea de cuánto os quiero.

Lo he intentado. Lo juro. Pero no lo consigo y me echo a llorar como la niña que dice mi tía que soy todavía, por muy mayor que me considere yo.

Ella me abraza, igual que hace siempre. Como lleva haciendo desde que mis padres murieron en ese puto accidente y me tiraba horas llorando sola en la habitación que improvisaron para mí en su casa.

Y en realidad no sé por qué lo hago. Tengo un niño maravilloso, un trabajo que me gusta —aunque no sea mi sueño—, me queda solo un año para terminar la carrera que siempre he querido estudiar y gente que me ayuda en todo lo que necesito. Hace año y medio quizás podría haber tenido sentido. Que me derrumbe ahora precisamente no lo tiene.

Pienso que igual es que echo demasiado de menos a ese crío, o es que he tenido varias citas fallidas, estoy desengañada de los

hombres y me siento un poco sola sin él. Puede que lo de esta mañana con Jessy me haya influido, o puede que sea por la regla que está a punto de venirme… espera… no puede ser ¿verdad? ¿Qué día es hoy?

Un momento Ruth. Piensa, joder. Tranquila. A ver, vamos a analizarlo con calma. El sábado era veintiuno y cinco ventiséis. Luego fue ese sábado, ¿qué día fue? a ver…Sábado… —calculo con los dedos—. Junio tiene treinta entonces ese sería ¿cinco? … claro. Sí, vale. ¿Hoy a qué estamos? Ay, madre, que ya estamos en agosto.

Decir que entro en pánico es quedarme corta. No puedo creerlo y maldigo mi puta suerte si llega a pasar lo que estoy sospechando.

¿Qué probabilidades hay de que eche un polvo después de dos años con un desconocido y me vuelva a quedar preñada?

No puede ser. No, no. ¡No! Tomé medidas, le puse un condón. Además, se lo puse yo misma y no estaba ni caducado ni roto ni pasado.

—Ruth, ¿te encuentras bien? Estás pálida —me dice mi tía con preocupación.

—Sí, tía. Perfectamente —le miento por no decirle que estoy al borde de un ataque de nervios—. Solo es que … acabo de caer que… tengo que irme, ¿vale? Mañana hablamos.

Todos estos cambios de humor, estar más triste de lo normal y por algunas tonterías, eso es claramente algo hormonal y la regla tenía que haberme venido la semana pasada. Así que no es el síndrome premenstrual.

Miro en el móvil cuál es la farmacia de guardia más cercana y me dirijo allí a la mayor velocidad que mis pies me permiten.

—Hola, ¿en qué puedo ayudarte? —me pregunta la manceba detrás del mostrador con una enorme sonrisa.

—Quiero un test de embarazo, por favor —le contesto yo sin sonreír en absoluto—, o bueno, mejor dame tres.

Capítulo 13
Joel



No he hecho trampa, en serio.

Salí de la farmacia a toda prisa y me fui a mi apartamento. Bebí varios vasos de agua y entré en el baño con los tres test que compré y guardé en mi bolso. Lo más difícil fue sacarlos de la caja y desplegar el prospecto con las manos temblorosas. Y luego mear en el frasco. Y esperar el tiempo indicado. De tres a cinco minutos.

Cuando me dio negativo el primero de los test, respiré aliviada y fui directa a hacerme el segundo. Tuve que beber mucha agua para que me entraran ganas de mear de nuevo. Y luego esperar otra vez. De tres a cinco minutos. Con el segundo negativo resoplé y casi me echo a llorar de la alegría.

Y después me hice el tercer test. Y cuarenta minutos después y tres negativos más tarde, me tumbé en la cama y conseguí relajarme.

Al día siguiente voy a mi ginecóloga. La misma que llevó mi embarazo y la que me cuenta con toda la tranquilidad del mundo que el estrés puede haber ocasionado el retraso en mi periodo. Y estrés he llevado mucho en este último mes. Pero también me dice que estoy perfecta y que si no quiero volver a llevarme otra sorpresa, me pone un DIU en menos de cinco minutos. Pienso que

es un desperdicio pues no tengo pareja estable, pero después del susto que me acabo de llevar, le digo que sí antes incluso de que termine de explicarme el procedimiento.

En Dalia la situación durante toda esta semana ha estado y sigue estando muy tensa. No sé qué versión le contó Jessy a Sonia de lo que sucedió el sábado por la noche, pero no salí muy bien parada. Así que ahora no estoy nada a gusto en el trabajo y ya estoy empezando seriamente a buscar uno nuevo. Es una mierda. Otra más que añadir al cúmulo de despropósitos que he coleccionado en el último mes.

Este fin de semana en casa de Emma me va a venir de maravilla.

Me recogen el viernes de la estación y lo primero que hacen es enseñarme las instalaciones de EMC Digital, la empresa de informática que mi amiga Emma montó ella sola y en la que trabaja con su novio, Marc. Y, a pesar de haber visto mil fotos, de haber hecho videollamadas desde allí y de que Emma me haya contado al detalle todo, me sorprendo de la exclusividad y originalidad de cada espacio. Mi amiga es una auténtica *crack*.

—Esto es la hostia —exclamo asombrada. Emma sonríe y me hace un *tour* por las instalaciones.

El lugar es increíblemente moderno, como no podía ser de otra forma, y todo está automatizado y controlado por la inteligencia artificial y los programas que ellos mismos desarrollan.

Mientras me enseñan cada espacio, un chico sale de una sala y me lo presentan como CJ.

—No te quedes mirando sus cejas, que su nombre no tiene nada que ver con ellas. Son sus iniciales —me explica Emma y el chico simplemente asiente aunque no habla demasiado.

Después de la visita a su trabajo, vamos a su casa. El apartamento es como ellos: moderno, lleno de *gadgets* informáticos por todos lados y bastante amplio. Me enseñan la habitación que han preparado para mí y me tumbo en la cama para probarla.

—De acuerdo, chicos —concluyo después de comprobar la firmeza y comodidad del colchón—. ¿Cuando me mudo aquí con Charlie?

Lo digo en broma, por supuesto, pero después de los últimos acontecimientos, no es una idea del todo descabellada. Sé que mi amiga me daría trabajo, mientras tanto podría terminar la carrera y seguro que podría justificar las prácticas con un informe positivo en la empresa de Emma. Me convalidarían créditos, tendría un horario flexible que Emma y Marc acomodarían a mi gusto para que no afectara a la vida de Charlie.

Además, tendría su ayuda para cuidarlo y mi hijo podría ver más a menudo a su madrina.

¿Por qué no lo he pensado antes? Sería perfecto.

Pero en realidad no podría separar a mi hijo de tanta gente que lo quiere ahora. Pienso en Julio, en sus padres y en los de Laura incluso. Y sobre todo pienso en mis tíos. No podría hacerles esa faena.

El viernes lo pasamos tranquilos los tres. Yo les cuento un poco de mis últimas aventuras, incluída la de Mac y Cat y cómo los dejé encerrados en el baño desnudos. Ellos, sus planes para ir a Argentina en unas semanas. Evito decir lo de Jessy porque en el fondo sé que no lo he hecho bien del todo con ella, pero sí les informo de que estoy buscando otro trabajo. Unas prácticas remuneradas que me sirvan al menos para convalidar créditos en la carrera.

Aunque me permitan hacer muchas asignaturas online y presentando trabajos, sé que necesito un tiempo que no tendré si sigo a tiempo completo en la perfumería.

El sábado es otra historia. Me tienen reservada una sorpresa, me dicen, y cuando llegamos al restaurante y la sorpresa tiene ojos verdes, barbita de cuatro días y pelo rapado estilo militar, me vuelvo a Emma y le suelto un «te quiero» en un susurro que me sale del alma.

Sin duda, mi amiga sabe cómo hacerme desconectar.

Lo del restaurante elegido es otra historia.

Dans Le Noir pone en la puerta y yo, ilusa de mí, pienso que vamos a cenar en un restaurante francés de esos de alta cocina que te cuesta un ojo de la cara y que yo nunca podría permitirme.

Y sí, no me equivoco del todo, pero lo mejor —o lo peor— está por venir.

—Ruth, te presento a Joel. —Esta es la parte buena, sin duda—. Es un amigo de Marc y fue quien nos descubrió este restaurante. Vas a alucinar.

Una vez hechas las presentaciones y comprobar, al darnos dos besos, que Joel huele tan bien como me había imaginado, entramos en el local.

A simple vista, nunca mejor dicho, es un restaurante normal pero se nota su calidad. Si supiera francés, cosa que no hago, el nombre del restaurante podría haberme dado una pista de a lo que me voy a enfrentar.

Dans le noir significa «en la oscuridad».

Bien hasta ahí. Quizás es una cena en un ambiente muy íntimo y alumbrado solo con velas.

Salen a atendernos y nos explican las reglas. No podemos usar móviles ni relojes luminosos. Debemos confiar plenamente en los camareros, que nos guiarán en una completa oscuridad hasta nuestra mesa.

Esto ya empieza a gustarme menos.

—¿Por qué me presentas a un tío bueno y luego me traes a un sitio así donde no voy a poder ni verlo? —le susurro a Emma al oído bastante indignada—. Ya no te quiero.

—Ups, pues no lo he pensado, la verdad —me contesta—, pero verás cómo lo vamos a pasar bien.

—Más te vale, ¿has visto esos precios?

—No te preocupes por eso —me tranquiliza—. Joel es accionista. Le hacen descuento.

Pasamos en fila india hacia una sala que está completamente a oscuras y los pisotones se suceden. Yo piso a Marc, Marc a Joel y Emma, que va la primera, creo que pisa al camarero que nos guía. Todo son «uy», «perdona», «ay» y «lo siento» en nuestro trayecto hacia la mesa en la que nos acomodan y allí empieza la auténtica experiencia.

Los platos son sorpresa y están diseñados para estimular nuestros sentidos del olfato y el gusto. Comemos a oscuras, bebemos a ciegas y también hablamos sin prejuicios.

Parece que la situación nos haga deshinibirnos de una manera amplificada.

Emma se pincha con el tenedor en la nariz y se queja y yo, sin querer —o queriendo— pongo la mano encima de una pierna que resulta ser la de Joel.

Parece que sí que va a ser divertida la cena después de todo.

Entre risas, intentamos adivinar qué estamos comiendo o bebiendo y yo, que tengo el paladar de una niña de ocho años, salgo perdiendo. A mí en realidad todo me sabe a pollo.

Joel resulta ser muy divertido también y enseguida congeniamos aliándonos contra Marc y Emma. La conversación es completamente distendida y realmente siento que vuelvo a tener la edad que tengo.

Por un momento pienso en lo genial que sería no tener más obligaciones que ir a trabajar y, al salir, decidir qué nuevo restaurante vamos a probar. En esta ciudad, donde viven mis amigos y este chico tan guapo con quien estoy compartiendo la cena, las posibilidades son casi infinitas.

Pero no es mi caso y, por mucho que trate de evitarlo, soy consciente de que nunca podría mantener este estilo de vida tan a menudo. No me voy a engañar, lo que costará esta cena de hoy a mí me serviría para hacer la compra de casi todo el mes.

Quiero un millón a Emma. No, ¡dos millones! Pero mi vida no está en esta ciudad ni haciendo estas cosas.

Quizás la oscuridad en la que nos encontramos no solo amplifica mis sentidos como el gusto, olfato, oído y tacto. También agudiza mi sentido de la responsabilidad. Estoy pensando demasiado.

Cuando terminamos de cenar y encienden las luces, vemos exactamente lo que hemos comido y nos sorprendemos. Al menos yo, porque ellos ya lo han probado antes, y Joel, que parece un experto, no se sorprende apenas.

Salimos del restaurante y tomamos una copa en uno de esos *pubs* de diseño que frecuentan los ricos de la ciudad. Tengo que acordarme que Emma lo es prácticamente, a pesar de tener mi edad.

Yo estoy de bajón, y aunque esta visita y ver a mi amiga siempre me anima, se me queda un sabor agridulce en el alma.

—Hey, nena, ¿qué te pasa? —me pregunta cuando vamos juntas al baño—. Estás un poco más callada de lo normal. ¿Hemos dicho algo o…?

—Qué va, Emma. —Lo que menos me gustaría es que pensara que lo que quiera que me ocurre tiene que ver con ellos—. Estoy pasando una mala racha, eso es todo.

Menudo eufemismo. Estoy de mala racha desde los veinte años. Solo es que ahora se me está acumulando un poco más todo.

—Pero…

—No te preocupes por mí, Emma —le digo quitándole importancia—. Ya se me pasará y…

—¿Que no me preocupe? —me interrumpe mirándome algo ofendida—. No pienso permitir que nos pase como el año pasado, ¿me oyes? —Está claramente ofendida y la entiendo. Lo del año pasado fue doloroso para ambas—. Si te pasa algo, lo que sea, quiero que cuentes conmigo y me digas cómo puedo ayudarte.

Me echo a llorar. Sé perfectamente que Emma y yo seremos de esas amigas que nunca dejaremos que nada se interponga entre nosotras. Da igual la distancia, el momento personal que estemos atravesando. Siempre podremos darnos una buena bofetada —aunque sea figurada— y solucionar cualquier dificultad que se nos presente.

—Pues sí que me debe pasar algo grave, Emma —le digo secándome las lágrimas e intentando arreglar un poco el maquillaje en el espejo—. Porque mira que Joel está bueno, ¿eh?, y no he pensado en que me empotre contra el lavabo ni una sola vez. Tienes que ayudarme.

Las risas entre lágrimas son casi las mejores y, que yo sepa, tan solo puedo derramarlas con Emma.

—Estaba pensando lo mismo —me confirma también con lágrimas en sus ojos. Si una estropea su maquillaje, lo hace la otra también—. Se lo he comentado a Marc incluso. Pero bueno, ahora hablando en serio —me dice cogiéndome de los hombros y haciendo que la mire fijamente—. Nos tomamos la copa, nos despedimos de estos y nos vamos tú y yo solas a casa para que me lo cuentes todo. ¿Qué te parece?

—Que te quiero un millón, tía —afirmo abrazándola con fuerza —. ¿Qué me va a parecer?

—Pues que creo que debemos subir la apuesta porque yo te quiero más de dos millones.

Capítulo 14

De vuelta de mi visita a Emma, con las energías renovadas, espero ansiosa que me devuelvan a mi niño. Han sido las dos semanas más interminables de mi vida pero, por fin, mañana lunes, Charlie regresará de sus vacaciones en la playa. Sin embargo, me llaman y me dan la mejor sorpresa: lo traerán esta misma noche.

Yo he podido ir apreciando en todas las fotos que han ido pasando por *Los Ángeles de Charlie* el cambio de tono en su piel y también que parece que haya crecido como veinte años en apenas dos semanas.

Sé que soy una exagerada y dramática hasta niveles que ni yo misma habría imaginado antes de ser madre, pero dejadme en paz. Estoy medio depre. Se me pueden permitir ciertas licencias.

Mi nivel de dramatismo se descontrola cuando Julio me informa que han tenido que llevarlo al pediatra de urgencia en la playa.

—¿Qué me estás diciendo, Julio? —Quizás mi voz se eleva más de lo normal y hasta yo noto que estoy perdiendo los nervios—. ¿Tuvo fiebre y no me llamaste?

Empiezo a arrepentirme del acuerdo amistoso de custodia que firmamos.

—Tranquila, Ruth. Laura y yo lo llevamos al médico allí y …

—¿Y qué? ¿Pensaste que no tenía por qué saber que mi hijo estaba enfermo? —le recrimino alterada pero controlando mi tono de voz delante del niño—. ¿En serio?

—Estabas de visita con Emma y su novio —me explica calmado —, no quería fastidiarte tu fin de semana y preocuparte por una simple otitis que…

—¿Otitis? —Cojo a Charlie y le miro el oído como si fuera capaz de ver su infección a simple vista—. ¿Sabes lo doloroso que es eso? Habrá llorado mucho y…

Ahora soy yo la que tiene los ojos llenos de lágrimas. Y lo peor es que lo noto. Que tengo la sensibilidad disparada, descontrolada, como si cualquier cosa pudiera romperme en mil pedazos. Voy a tener que mirarme esto en serio.

—Ey —me dice Julio con suavidad—, no pasa nada, Ruth. Llora si tienes que hacerlo pero, en serio, no te preocupes. Son cosas normales. Los niños se ponen malos a toda hora.

No le falta razón y lo sé de sobra porque yo misma me tiré los primeros seis meses de su vida yendo a su pediatra casi todas las semanas. Llegó un momento en que pensé que mi hijo iba a confundirse y creer que la doctora Cecilia era su madre en vez de yo.

—Lo sé —le digo tranquilizándome poco a poco—. De acuerdo, no pasa nada.

—Vale. Mira, te dejo aquí el informe médico y la medicación que me recetaron. Son estas gotas que tienes que ponerle cada ocho horas y el analgésico por si le duele y se queja —me explica pacientemente dejando todo sobre la mesa—. ¿De acuerdo?

—Sí —asiento secando mis lágrimas. Creo que estoy llorando más estos meses que en toda mi vida—. De todas formas lo llevaré mañana a su pediatra.



Aunque esté enfermo, Charlie es un remolino, como siempre. Dice varias palabras más y hablamos toda la noche. Me cuenta, en ese idioma que tienen los niños pequeños, todo lo que ha hecho estas dos semanas, que es básicamente; arena, castillos y agua.

Vemos juntos alguno de los vídeos que Julio y Laura mandaron al grupo hasta que toca el momento de echarle sus gotas y nos vamos a dormir. Se queja y llora un poco antes pero la medicación lo deja frito en cuestión de minutos y dormimos juntos y abrazados en mi cama toda la noche.

Al día siguiente, bien temprano, me planto en el centro de salud.

No es que no me fíe del doctor que le atendió en la playa, pero necesito una voz cercana, una persona conocida y de mi total confianza que me diga que todo está bien y que el tratamiento es el correcto.

Cuando llego a la ventanilla, el celador me informa que la doctora Cecilia está de baja y que la sustituye el doctor Galván.

—¿Está enferma la doctora Cecilia? —pregunto indignada.

Los médicos también tienen derecho a enfermar, pero los pediatras no deberían, pienso.

La sala de espera está tranquila y casi vacía. Solo hay una madre con su niña esperando su turno antes que nosotros y apenas tardan unos minutos en llamarlos y pasar a la consulta. Cojo uno de los cuentos que tienen para entretener a los niños mientras esperan y, antes incluso de que termine de leérselo a Charlie, escucho la voz grave y distorsionada de un altavoz llamando a Charlie por el nombre que figura en su tarjeta sanitaria: Carlos.

—Vamos, cariño, nos toca. —Lo cojo de la mano y entramos andando, empujando el carro a duras penas.

Cuando veo quién es el doctor Galván está a punto de darme un ataque al corazón. Menos mal que nos encontramos en un centro médico.

No, no, no, me digo a mí misma como un mantra. ¿Qué coño de broma es esta? No puede ser.

—Hola, Carlos, ¿verdad? —dice el doctor. Está tecleando algo en el ordenador y primero mira hacia abajo y sonríe a mi hijo. Todavía no me ha visto y no sé si aprovechar para huir.

—Charlie —le rectifico casi en un susurro—. Le llamamos Charlie.

Fernando levanta la cabeza hacia mí y sus preciosos ojos verdes se abren de golpe, mirándome fijamente con la boca entreabierta. Por un momento pienso que el tiempo se ha detenido y que se ha quedado congelado allí mismo mientras yo soy la única que parece

darse cuenta.

Al cabo de unos segundos que a mí se me hacen interminables, parpadea un par de veces y hace ademán de hablar, pero apenas le sale un balbuceo.

Podría aprovechar esta especie de lapsus en el tiempo que parece haberse producido, huir, largarme y buscar otro pediatra, o hacer que mis tíos lo traigan y me pasen después el parte médico. Pero antes de que pueda decidirme, él parece recomponerse y se vuelve a dirigir a Charlie con una sonrisa.

—Vaya, pues qué nombre tan chulo te han puesto, aunque Carlos también es muy bonito —le dice con un cariño absoluto—. Significa hombre libre.

Esto último me lo dice mirándome de nuevo a mí porque, evidentemente, a mi hijo le importa bastante poco lo que significa su nombre, pero a mí me recuerda a la primera vez que fue a la perfumería, descubrió que en realidad me llamaba Ruth en vez de Sara y me explicó su significado. No sé por qué, pero me recorre un pequeño escalofrío por todo el cuerpo.

Nos quedamos unos instantes mirándonos en silencio y al final soy yo quien rompo esa tensión.

—Tiene otitis —le digo tendiéndole el informe del médico de urgencias del centro de salud de la playa—. La pilló en las vacaciones.

—Ya veo que morenito estás, campeón.

Fernando lee el informe y, a continuación, vuelve a mirarme. Creo que está observando si yo también estoy más bronceada, aunque la forma que tiene de hacerlo a mí me hace recordar unas fechas antes, en ese baño de la discoteca, mientras metía sus manos por debajo de mi vestido.

El escalofrío de antes se queda en pañales ante el que me recorre en este preciso momento. De pronto tengo la necesidad de explicarle muchas cosas, aunque él no se ha atrevido a preguntar

nada todavía.

—Sí, fue con su padre y su mujer de vacaciones y me lo trajeron ayer así —le explico—. Ellos lo llevaron al pediatra de urgencia el sábado, pero he querido asegurarme yo hoy volviéndolo a traer.

—Entonces…

—Entonces yo soy la madre de Charlie y su padre tiene otra mujer —le interrumpo y empiezo a explicarle. No quiero que en ningún momento piense que me enrollé con él estando casada con otro—. Soy madre soltera.

Él solo sonríe.

—Quería decir que si es entonces, desde el sábado, cuando el niño empezó a sentirse enfermo —me dice en cambio y yo pienso que en ese momento la vergüenza va a hacer que me hunda en el pozo más profundo que pueda encontrar.

—Mmm, sí. Desde el sábado. Eso me han dicho —le contesto con la mayor seguridad de la que soy capaz.

—De acuerdo, vamos a echarle un vistazo—dice con una sonrisa.

Me hace una seña con la mano y me indica que lo siente en la camilla para examinarlo y mirar sus oídos.

—Pues parece que sí que es una otitis. Y aunque va remitiendo, deberemos observar su evolución —me informa cuando ya ha terminado y lo baja con cuidado de la camilla.

Vamos de nuevo a su mesa. Fernando empieza a teclear en el ordenador y me imprime un papel.

—Sigue dándole las gotas que le recetaron. Le están funcionando bien pero necesitaré verlo en unos días —me dice y no quiero imaginarme cosas pero de nuevo creo ver una sutil sonrisa al decirlo—. ¿Podrás traérmelo el viernes?

A mí casi me parece una cita y diría que hasta me he puesto algo nerviosa. Todavía más de lo que llevo ya desde que entré.

—Claro, ¿entonces tenemos cita para el viernes? —Me doy cuenta cómo suena lo que acabo decir y, entonces, esos nervios se multiplican por mil y empiezo a balbucear—. Quiero decir una cita médica… con Charlie y… eso.

—Exacto —dice sonriendo ahora abiertamente—. Cita para el viernes. Toma, Charlie. —Abre un cajón, saca una piruleta y se la da —, esto es por ser tan valiente y bueno.

Estoy a punto de decirle que la que se merece la piruleta soy yo. Que el niño no tiene ni idea de lo que me ha costado concentrarme en escuchar el diagnóstico y aguantarme las ganas de acercame mucho a él para oler su cabello como aquel día en la discoteca. Así que no sé si valiente he sido, pero buena, mucho.

—En fin —le digo en cambio—, entonces supongo que nos volveremos a ver el viernes.

Me dirijo a la salida después de subir a Charlie en el carrito y, cuando estoy casi en la puerta, se levanta y me detiene.

—Un momento, Ruth —exclama— ¿Cómo está tu mano?

—¿Mi mano?

Apenas tengo tiempo de asimilar lo que quiere decirme y me quedo casi sin habla cuando noto que coge mi mano derecha entre las suyas con suma delicadeza. Pone mi palma hacia arriba y la examina.

—Parece que ha curado bien —me dice mientras roza suavemente su pulgar sobre la marca tenue que todavía no ha desaparecido del todo—. Ya casi no se nota.

Trago saliva y el corazón se me acelera porque ahora sí puedo oler perfectamente el perfume que usa y, no es por presumir, pero soy experta en conocer todas las marcas y fragancias masculinas. La que lleva es una de mis preferidas.

—Fue un simple arañazo —le digo mientras miro el recorrido que hace su dedo por la palma de mi mano—. En ningún momento temí por mi vida.

En situaciones de ansiedad y extremo nerviosismo, que es lo que estoy experimentando en este momento, tiendo a ser un poco más payasa que en mi estado normal y Fernando, no sé de qué manera, consigue ponerme cardíaca.

Es una sensación nueva, el que un hombre tenga ese efecto en mí. Ya no es simplemente que me guste alguien, que tenga deseo o simpatía. Nunca, que yo recuerde, alguien me ha puesto tan nerviosa como este hombre.

—Pues nunca se sabe, un arañazo puede tener consecuencias terribles. Podría haber infección, incluso una sepsis y… —Me mira fijamente y me pierdo en el verde oliva de sus ojos—, incluso la muerte.

Mi carácter natural sería responderle con un «no te pases, anda» o un «tú alucinas, ¿qué te has fumado?». Podría hasta ponerme borde y dejarlo tieso como una vela. En cambio, solo me sale un «¿tú crees?», con apenas un hilo de voz.

Definitivamente este chico me provoca cosas, dejémoslo así de momento.

—Sí, los cortes hay que curarlos bien enseguida.

—Entonces menos mal que pasabas por allí y me salvaste la vida.

Espera, ¿ahora estás coqueteando con él?, me digo a mí misma.

Como si de un resorte se tratara, retiro la mano que él todavía sostenía entre las suyas y carraspeo. Intento cambiar mi actitud por completo.

—Tengo que irme, gracias —me despido ahora un poco más acelerada que antes—, nos vemos el viernes.

—Claro. Hasta entonces.



El viernes está todavía bastante lejos. El resto de la semana,

Fernando pasa por la perfumería sobre las dos de la tarde y esta vez no disimula lo más mínimo e incluso me hace un gesto con la mano a modo de saludo cuando pasa y me pilla mirándolo.

Porque lo miro un poco menos disimuladamente de lo que pretendo.

Capítulo 15
Aarón



El curso empieza y tengo que hacer malabares para compaginar las clases con el trabajo. Alguna de las asignaturas me respetan mi jornada laboral y me permiten completar los créditos con trabajos y presentando proyectos. La mayoría de las asignaturas me las evaluarán de esta forma, en otras tendré que pedir permisos y favores en el trabajo. Y creo que no estoy en situación de hacerlo en estos momentos. Me urge encontrar otro curro, uno que me sirva también para convalidar los doce créditos de las prácticas. Porque esas no las voy a poder compaginar de ninguna manera.

En la primera clase de *Estrategias de comunicación corporativa* entro con mi portátil y, a los pocos segundos, se sienta a mi lado un chico.

—Me han dicho que la profesora pasa lista —me dice al oído—. ¿Te lo puedes creer? Yo que pensaba saltarme esta clase todos los lunes. ¿A quién se le ocurre poner una clase así a primera hora?

—Supongo que por alguna se debe empezar —le contesto.

—Me llamo Aarón, por cierto —se presenta con una sonrisa y puedo ver hasta su corrector dental invisible—. Creo que no te vi el año pasado por aquí. Me acordaría, créeme.

Podría dar muchas explicaciones pero, en realidad, no me

apetece nada tener que decir que el año pasado solo hice una asignatura de tercer curso porque llevaba dos años sin pisar la facultad debido a que me quedé embarazada y tuve que criar a mi hijo yo sola.

En cambio me limito a decirle:

—Quizás no coincidimos en los turnos.

—Pues entonces estuve en el turno equivocado.

Es un adulador y a estos los tengo calados enseguida.

La profesora entra en la clase y lo interrumpe. Yo lo agradezco porque no he venido a ligar. Aunque el chico es mono, no pienso liarme con ningún compañero de clase mientras estudiamos. Lo único que haría eso es distraerme de mi objetivo que es terminar la carrera y buscar un trabajo que me permita no depender de nadie.

Pero tampoco quiero llevarme mal con él ni con ningún otro compañero de clase. No quiero ser interesada, pero puede que necesite algunos favores: apuntes, trabajos compartidos y colaborar en los proyectos que nos manden.

—En realidad no creo. Yo me llamo Ruth, por cierto. Lo que pasa es que el año pasado no vine mucho a clase. Tengo un hijo pequeño y…

—¿Tienes un hijo? —me interrumpe. De pronto su lenguaje corporal cambia y ya no se inclina tanto hacia mí.

—Sí, soy madre soltera y tengo que hacer auténticos malabares para encajar mi vida con la universidad.

—Qué putada. Quiero decir, que entiendo que tendrás mucho lío y eso.

También parece cambiar su manera de expresarse y ya no es tan elocuente como al principio.

—Hago lo que puedo, ya sabes.

La profesora nos da instrucciones de lo que espera de nosotros y de la asignatura. Cuando termina esta primera clase que apenas

dura media hora a modo de presentación, me acerco a hablar con ella. Le explico muy por encima mi situación y que no voy a poder asistir a clase regularmente.

La mujer es bastante comprensiva pero no me va a dar ninguna facilidad, así que tendré que compensar mi ausencia con algunos trabajos extra. Parece dura, pero al menos tengo algo de flexibilidad.

El resto de la mañana transcurre más o menos por los mismos términos. Los profesores se presentan a ellos mismos y nos explican los pormenores de sus asignaturas. Aarón, que se ha pegado a mí el resto de la mañana, muestra su desinterés completo por casi todas, y yo me tengo que acercar a los profesores uno a uno a explicar los motivos por los que no voy a asistir.

A algunos no les importa lo más mínimo si voy o no mientras les presente puntualmente todos los trabajos; otros, se interesan más y me dan toda clase de información para seguir *online* la asignatura e, incluso, me ofrecen sus correos para cualquier consulta o duda.

En un descanso para almorzar, Aarón me presenta a varios compañeros y me integran en el grupo de trabajo que van a formar.

—El año pasado ya teníamos este grupo —me explica—, colgamos apuntes y, a la hora de preparar los proyectos, hacemos equipo.

—Es genial pero ya os he explicado que no podré asistir mucho a clase —me justifico—. No hacéis buen fichaje conmigo.

No quiero ganarme enemigos en clase pero tampoco soy de las que se aprovechan con mentiras. Quiero dejar las cosas claras desde un principio. Como ya he dicho, no soy una interesada.

—No te preocupes por eso. Ya te he visto atender más en las presentaciones de las asignaturas que Lucas en los tres primeros cursos —dice Clara, una de las compañeras, señalando a su amigo —. Quizás te arrepientas tú de haberte unido a nosotros.

—La verdad es que os lo agradezco mucho —digo casi emocionada—, sois muy amables.

El más encantador es Aarón; me da la sensación de que es de los que atiende en la presentación de las asignaturas sólo para observar a las nuevas compañeras.

A pesar de la falta de interés que quiere demostrar, es inteligente y se nota que está hecho para esta carrera. Las relaciones públicas son lo suyo y me consta que triunfará en lo que se proponga. Solo es un par de años menor que yo, al igual que Clara, Lucas y Antonio, el otro chico del grupo, pero es un líder y eso se nota a kilómetros. También se nota que Clara y él han tenido algo pero parece que o no terminaron mal, o todavía siguen de manera intermitente.

También se me da bien fijarme en ese tipo de cosas.

—Entonces, ¿qué te ha parecido nuestro grupo? —me pregunta Aarón cuando nos alejamos del resto—. ¿Crees que podrás encajar con nosotros?

Me quedo mirándolo un momento y pensando si dar una respuesta genérica o ser completamente sincera con él. Al final, elijo la segunda opción.

—No te ofendas pero… ¿Por qué eres tan amable conmigo?—le pregunto sin malicia. Solo tengo curiosidad—. Sabes que no me voy a acostar contigo, ¿verdad?

—Joder, Ruth, eres directa, ¿eh?

—Estas siendo muy atento y no quiero que haya malentendidos ni que pienses que te debo ningún tipo de favor o…

—Vale, para. —Me manda callar con la mano y sonríe negando con la cabeza—. Mi madre es madre soltera también. Yo nunca conocí a mi padre.

Oh, es por eso, pienso.

—Vaya, perdona, de verdad. He sido una maleducada.

—Qué va, para nada. Tienes esa actitud... como mi madre —me explica riendo—, desconfiada y un poco borde.

—¿Me estás diciendo que te recuerdo a tu madre?

—Pues un poco sí — Aarón echa la cabeza hacia atrás riéndose con ganas—. Ella no lo tuvo fácil tampoco pero ¡mírame! —exclama abriendo los brazos—. Crio y sacó adelante a este tío.

Empiezo a pensar que lo de hablar en tercera persona de nosotros mismos puede ser un rasgo predominante en nuestra carrera.

—Sí, parece que no has salido mal del todo —le contesto riendo también.

—Mi madre se ha hecho a sí misma, ¿sabes? Me tuvo con quince años. Estudió por la noche, trabajó desde los dieciocho y no se perdió nunca ni uno solo de mis combates de karate —me cuenta ahora poniéndose serio—. Me mataría si supiera que he intentado aprovecharme de ti de algún modo o que no te he prestado toda la ayuda que puedo.

Ahora sí que me he emocionado, joder. Y sé que se me nota en la cara porque intento tragar saliva y no me pasa. Tengo un nudo ahí que parece que vaya a estrangularme. No puedo dejar de pensar en mi hijo. Yo quiero ser ese tipo de madre.

—Tiene que ser una tía genial —le digo con sinceridad—. Gracias.

—¡Lo es! Es la mejor madre del mundo y ya sabes lo que dicen: de tal palo, tal astilla —exclama recuperando su sonrisa y dejando atrás el gesto serio de hace unos instantes—. Cuenta conmigo para lo que necesites.



No puedo decir que me hagan la vida imposible en la perfumería. No podrían aunque quisieran. Ni Jessy ni Sonia. Pero el ambiente ya no es el que era. Ya no me esperan para maquillarnos juntas ni nos arreglamos las unas a las otras. Bueno, ellas sí, pero a mí me ignoran.

Mientras me dejen tranquila, me da un poco igual, pero claro, el trabajo ya no es tan divertido como antes.

Durante toda la semana el único momento emocionante llega a las dos de la tarde, cuando Fernando pasa por delante de la tienda, mira hacia dentro y me sonríe.

Ha cambiado sus camisetas por camisas y a esa hora lleva los puños subidos dejando sus antebrazos al descubierto.

No sé qué me pasa con esa manera de llevar la camisa. Ah, sí, que me recuerda a cómo la llevaba también en aquella noche en la discoteca.

Recuerdo perfectamente estar apoyada en la pared del baño, mirar hacia abajo y verlo bajar hasta mis muslos, subirme el vestido y comprobar cómo se tensaban los tendones de su antebrazo mientras bombeaba dos dedos dentro de mí.

De vez en cuando voy al expositor de la marca de su perfume, cojo la botella de muestra y la huelo. Eso es casi peor.

El jueves, como casi todas las primeras semanas del mes, vienen a Dalia los representantes de las marcas de cosmética y perfumes. Sonia se pone tensa porque sabe que los resultados no son buenos este mes. La ejecutiva de Velvet&Co, después de darle instrucciones a Sonia, se acerca a mí.

—Hola, Ruth —me dice amablemente.

Me sorprende que recuerde mi nombre, sobre todo porque estoy de espaldas, recolocando productos en las estanterías y sé que no ha podido ver mi placa de identificación.

—Ah, hola —le respondo dándome la vuelta—. ¿Necesita algo?

La mujer me mira y parece estar escogiendo bien sus palabras, como si estuviera pensando qué decirme.

—Perdona que no me haya presentado —me dice ofreciéndome la mano—. Me llamo Inés y voy a hacerte una pregunta: ¿Te interesa el mundo de la cosmética? ¿O esto es solo un trabajo temporal?

Yo abro los ojos. ¿Me está ofreciendo un empleo? Porque me vendría de puta madre en estos momentos.

—Pues verá, Inés, yo estudio Publicidad y Relaciones Públicas —le explico con cautela. No quiero que piense que me tomo a la ligera mi empleo, pero dejo claras mis aspiraciones—. Me gusta el trabajo pero, cuando termine la carrera…

—Espera… —me interrumpe ladeando la cabeza—. ¿Estudias y trabajas?

—Pues sí, estoy en mi último año.

—¿En serio? —me pregunta, interesada—. Justo estamos buscando a alguien con ese perfil para unas prácticas en nuestra oficina. En el departamento de *marketing* y comunicación. Buscamos a alguien que entienda el producto desde dentro y que sepa cómo venderlo, comunicarlo… ¿Te interesaría?

Parpadeo sorprendida intentando asimilar lo que esta mujer acaba de proponerme. Llevo días buscando una salida a este trabajo y me está ofreciendo uno que está estrechamente relacionado con mis estudios.

—¿Hacen informes para convalidar créditos de prácticas en la universidad?

—Continuamente —dice ampliando su sonrisa.

Yo dudo unos momentos porque una cosa es tener un trabajo a tiempo completo y, otra, uno en prácticas. Tengo un contrato de alquiler, un niño al que mantener y unos estudios que pagar. Pienso a doscientos por hora, hago números y sopeso mis posibilidades a una velocidad que ni yo misma me imaginaba que podía procesar. Ella parece estar adivinándome el pensamiento.

—Es un trabajo en prácticas pero está remunerado, Ruth. Imagino lo que cobras aquí y creo que en ese aspecto te va a interesar.

—Verá, tengo que hacer frente a unos gastos. Tengo un hijo y…

—¿Estás diciéndome que trabajas a tiempo completo, estudias

un grado en la universidad y además tienes un hijo?

—Sí, pero puedo con todo. Se lo aseguro.

—Tú y yo tenemos que hablar. Eres perfecta para el puesto y además, si demuestras tu valía, una vez terminada la carrera puedes tener posibilidades con nosotros. ¿Qué me dices? —me pregunta inclinando la cabeza—. ¿Quedamos después de tu turno?

—Por supuesto. Termino a las ocho —le informo—. Dígame dónde.

Capítulo 16

No puedo creer lo que me está sucediendo.

La reunión con Inés en el café me no ha podido resultar más productiva. Incluso al terminar de hablar, sacó unos papeles de su portafolios con una copia del contrato. Me dijo que me lo llevara a casa, lo estudiara y le diera una respuesta el lunes. Pero lo más importante es cómo insistió al final con que quería tenerme en su equipo.

El sueldo no es excesivamente mejor, pero supera al de Dalia, está relacionado con mi carrera, me da posibilidades de hacerme un hueco en la empresa y me servirá para convalidar las prácticas en la universidad.

Todo son ventajas y empieza a asustarme el giro que parece estar dando mi vida en esta semana.

—Emma, es este crío —le digo a mi amiga esa noche por teléfono—. Es Charlie. Es como mi amuleto de la buena suerte.

Me quedo mirando a mi hijo, que duerme plácidamente con la cabeza apoyada en mi regazo después de haberle administrado las gotas para su otitis.

—Es una bendición del cielo —ratifica mi amiga.

—Sí, pero date cuenta —le digo entre susurros para no despertarlo—. Cuando no estoy con él, todo me sale mal. Es volver el crío y ¡zas!, todo se arregla.

—Creo que estás desarrollando una dependencia emocional un poco tóxica.

—Puede ser, pero atiende —empiezo a explicarle—. Se lo llevan de vacaciones y entro prácticamente en depresión; cuando no estoy con él, mis citas son catastróficas…

—Como me digas que a partir de ahora te vas a llevar a mi ahijado a tus citas de Tinder, te denuncio a los Servicios Sociales,

Ruth —me amenaza—. Te lo aviso.

—Mientras está fuera, todo se me tuerce en el trabajo —sigo diciéndole ignorando su advertencia—. ¡Incluso tengo un retraso en la regla! Y sabes que soy como un reloj.

—Si no le hubieras tirado los tejos a tu compañera lesbiana y te la hubieras querido llevar a la cama, no se te habría complicado nada en la perfumería —sigue rebatiendo mis argumentos—. En cuanto a lo de la regla… llevo diciéndote tiempo que te pongas un DIU.

—Joder, Emma, mira que eres cuadriculada, cómo se nota que eres informática.

—Pues quizás tú deberías estudiar arte dramático, chica. Que te montas unas películas…

Hacemos una pequeña pausa las dos que yo aprovecho para coger en brazos a Charlie y llevarlo a la cama. Cuando vuelvo a la llamada, saco el tema que me está destrozando los nervios desde el lunes.

—Bueno —le digo soltando un sonoro bufido—, pues mañana voy al pediatra otra vez.

—Eso ya me gusta más —exclama con un entusiasmo que no comparto en absoluto—. ¡El de los chupetones! Ahí sí que te voy a dar la razón de que tu hijo es como un amuleto con patas. Cuéntame.

—No hay nada que contar, Emma. —Me recuesto en mi propia cama mientras pienso en lo que sucederá mañana.

—Mira, si te dice de quedar, acepta. No sabes lo bueno que sería tener un novio pediatra siendo madre de un niño de menos de dos años.

—No digas tonterías —le reprendo—. No me va a pedir salir en la consulta. Es todo un profesional y no voy a enrollarme con él.

A mi mente llegan retazos de lo ocurrido el lunes en su consulta. Cómo me detuvo y cogió mi mano para examinarla. En realidad creo

que eso no fue demasiado profesional, sobre todo cuando acarició mi palma con su pulgar rodeando una marca que casi era inexistente. Yo tampoco es que pusiera límites cuando coqueteé con él al decirle que me había salvado la vida.

—¿Por qué no quieres enrollarte con él? Si ya lo has hecho.

—Pues no pienso repetir —le digo con toda la seguridad que puedo transmitir y que ni yo misma me creo.

—¡Pero si te gustó! —exclama Emma sin dar crédito—. De verdad que no te entiendo últimamente.

Que no me entienda Emma es completamente comprensible. Ella es la persona en este mundo que mejor me conoce y el hecho de que esté desconcertada es porque yo también lo estoy. Creo que, de alguna forma, estamos tan conectadas que le transmito mis propias inquietudes.

¿Tengo miedo? Probablemente.

¿De qué? No tengo ni puta idea.

—Supongo que mañana me llamarás para saber qué tal me ha ido —le digo resignada.

—No lo dudes, pero sobre todo por saber cómo está Charlie… ¡Qué coño! Charlie está estupendo ya, te llamaré para que me cuentes cómo te ha ido con Fernando *Chupetones*.

—Tía, no le llames así que se me escapará o me dará la risa cuando lo vea.

—¿Risa? ¿Eso es lo que te da cuando lo ves? —me pregunta fingiendo sorpresa—. Porque si yo me lo hubiera tirado en el baño y me hubiera hecho correrme dos veces en quince minutos, me daría cualquier cosa menos risa.

Es más que evidente que estamos conectadas de cierta manera, porque eso es exactamente lo que me pasa cada vez que lo he visto; me da de todo menos risa.

—Ya te contaré mañana, ¿vale?

—Sí, será mejor que te cuelgue porque Marc acaba de escucharme y lo veo levantar una ceja y llamarme con el dedo —me dice carraspeando—, creo que quiere intentar superar el récord de tu chico. A ver si lo consigue.

—Tira y disfruta, tú que puedes —le digo despidiéndome—. ¡Te quiero!

—¡Y yo a ti! ¡Millones!



Tengo cita con Fernando temprano.

Perdón, me ha fallado el subconsciente. Charlie tiene cita con el pediatra, Fernando, temprano.

Estoy vestida de manera casual. Solo unos vaqueros y una bonita blusa que no suelo ponerme para ir a trabajar, pero claro, eso él no puede saberlo porque en mi trabajo llevo siempre el uniforme de la perfumería.

Tampoco tiene por qué saber que este vaquero es el que mejor culo me hace de todos los pantalones que tengo. Y no es por presumir —o sí—, pero me hacen un culo estupendo.

No puedo negar que, esta semana, mi autoestima ha subido tanto como la temperatura en la última ola de calor que padecimos el mes pasado.

Me siento guapa, inteligente y valorada, y además estoy también de un excelente humor.

En cuanto escucho cómo dicen el nombre de Charlie me estremezco. No lo ha llamado Carlos, como la última vez.

Sabe que soy yo.

Me está esperando.

—Hola, campeón —dice dirigiéndose a mi hijo para levantar enseguida la mirada hacia mí—. ¿Cómo ha ido?

Llevamos toda la semana mirándonos y sonriendo a través de los cristales de la perfumería pero, me da la sensación, de que llevamos meses sin vernos.

—Está mucho mejor. No ha vuelto a tener fiebre y ya no se queja.

—Eso es genial. Vamos a echarle un vistazo.

A diferencia de la vez anterior, Fernando lo coge en brazos él mismo y lo sienta en la camilla. Le mira con sumo cuidado los oídos, le ausculta con ese aparatejo que lleva alrededor del cuello sobre su bata blanca de médico que le hace parecer tan *sexy* y que no tengo ningún interés en saber cómo se llama y…

—¿Ruth?

—¿Sí? —¿Me ha estado hablando? Porque no he escuchado nada.

—Te preguntaba si has notado que Charlie está más irritable, le cuesta dormir o se rasca los oídos con frecuencia.

—No, no —le contesto enseguida esta vez—. Nada de nada.

—Perfecto. Entonces vamos a darte el alta y otra piruleta —le dice dándole un toquecito suave en la nariz—. ¿Qué te parece, Charlie?

Decir que la boca se me hace agua pensando en la piruleta es una manera muy sutil de expresar que en estos momentos fantaseo con estar tumbada en esa camilla y que Fernando me examine de una manera menos profesional y un poco más pervertida. No necesariamente tiene que ser en esta consulta, pero no puedo evitar imaginar lo que sería capaz de hacerme en una cama, con tiempo, sin estímulos externos como gente entrando a los baños y desnudos los dos.

Cierro los ojos y sacudo ese pensamiento de mi cabeza; recuerdo las palabras de mi amiga de ayer por la noche. No me da ninguna risa verlo.

—Entonces, ¿no tengo que venir más a revisión? —le pregunto.

—Tú no necesitas revisión —me dice con una sonrisa—, al menos de ese tipo. Charlie está perfecto, pero si notaras cualquier cosa, ven enseguida.

Vale, está claro que ha mandado la profesionalidad a la mierda de una patada y me ha devuelto el coqueteo del lunes y las sonrisas de toda la semana. Charlie está encantado con su nuevo pediatra y entonces saltan a escena mi ángel y demonio particular.

Por supuesto, solo lo hacen cuando estoy serena y tranquila, mi ángel nunca se presenta cuando llevo dos copas de más.

Mi demonio siente, desea y se emociona. La mayoría de las veces toma decisiones de dudosa moralidad que suelen meterme en problemas y conflictos. Entonces aparece mi ángel, tan racional y perfecto. Tan prudente y reflexivo. Y se encarga de joderlo todo.

Mi ángel es el que me dice que no es buena idea meterme en una relación, del tipo que sea, con el pediatra de mi hijo, al que seguramente tendré que visitar con frecuencia. Mi demonio me tienta y yo lo único que quiero es salir de esta consulta lo antes posible.

—Bueno. Entonces será mejor que me vaya ya. Tienes la consulta bastante llena.

Veo decepción en sus ojos, o quizás de repente se siente incómodo por darse cuenta de que ha coqueteado conmigo en su trabajo. No puedo definirlo bien pero tengo que salir de allí porque creo que me está dando hasta un poco de ansiedad.

—Ruth, ¿te encuentras bien?

Diría que me estoy mareando, pero yo nunca me mareo. No soy de esas que cualquier impresión las aturde. Soy fuerte, soy… Me estoy mareando, definitivamente.

—Ven, túmbate —le escucho decir a su imagen distorsionada mientras noto que mi visión se vuelve borrosa.

Lo siguiente que veo al abrir los ojos es a Fernando inclinado sobre mí. Me mira con preocupación mientras una enfermera me

pone un tensiómetro y él bromea con mi hijo poniéndole su estetoscopio para que escuche mi corazón.

—Bueno, la has liado un poco, Ruth —me dice al oído—. La doctora Suárez te atenderá ahora.

Se marcha dejándome en la consulta de enfermería para continuar atendiendo a sus pacientes y yo me quedo mirando al techo mientras Charlie sigue jugando con el estetoscopio que no ha conseguido que le devolviera.



Viernes por la noche y yo tirada en el sofá, con una película de Netflix y los apuntes de *Marketing y estrategias de comunicación* encima de la mesa. Charlie tumbado en el sofá a mi lado y yo tomando decisiones trascendentales para mi futuro.

Emma está tardando mucho en llamar y luego caigo en la cuenta de que le dije que la llamaría yo contándole. Lo había olvidado porque me da vergüenza decirle que me desmayé en los brazos del pediatra buenorro, como si mi vida se hubiera convertido en una telenovela.

—¡Hey! —la escucho exclamar por el auricular—. Espero que hayas tardado tanto en llamarme porque tienes a tu lado al doctorcito durmiendo después de haber tenido una maratón de sexo pediátrico.

—¿Pero qué coño estás diciendo, Emma? —le grito en susurros al teléfono. Sé que es una contradicción, pero es exactamente así. Grito en voz muy baja para no despertar a Charlie—. Ni se te ocurra volver a mezclar esas dos palabras en la misma frase. ¿Es que quieres que te encierren? ¡Nos escuchan y vigilan a través de los móviles!

—En mi caso no, yo uso una VPN y te he dicho mil veces que tú también deberías.

—Ese no es el caso. No pongas esas dos palabras nunca más juntas.

—Entonces, ¿ha habido sexo o no?

—Me desmayé.

El silencio en nuestras llamadas siempre es el preludio de o una discusión fuerte y sermón incluido o carcajadas con burla y cachondeo gratis.

En esta ocasión, la segunda opción es la que se produce.

—No sé por qué te ríes. No sabes los motivos. Quizás estoy gravemente enferma, ¿te has parado a pensarlo?

—¿Lo estás? —me pregunta parando en seco su risa.

—No. Pero podría estarlo y en estos momentos te arrepentirías de estar descojonándote de una moribunda.

—Te has pasado un poco, ¿no? Venga, cuéntame.

Capítulo 17
Samuel



No me estoy muriendo.

Según la doctora Suárez, cuando una persona experimenta niveles elevados de estrés, el cuerpo libera hormonas como la adrenalina y el cortisol, que pueden afectar al equilibrio y la percepción espacial, resultando en sensaciones de mareo o vértigo.

Vamos, que estoy estresada. Eso no es nuevo, pero según mi doctora, tengo que aprender a relajarme y evitar todo lo que me produce estrés en mi vida. Es decir, lo que viene siendo vivir en mí misma.

Que yo recuerde, siempre he sido así de nerviosa, pero los últimos acontecimientos me están jugando una mala pasada y tengo que ponerle remedio. El primero de todos es dejar mi trabajo en Dalia y empezar en Velvet&Co.

La reunión con Inés el lunes fue de lo más productiva.

Entraré a formar parte del equipo en prácticas del departamento de *marketing* y relaciones públicas de la compañía. Y es una de las importantes en el mundo de la cosmética y belleza.

Resulta que les vengo de puta madre porque además soy madre, valga la redundancia, y tienen un programa especial de becas para la integración en el mercado laboral de personas en

riesgo de exclusión social. O sea, yo.

Todo esto se traduce en que tengo mejor sueldo, horario más flexible y me convalidarán las horas para las prácticas del segundo semestre. Además, la experiencia y trabajar con auténticos profesionales en el sector, me va a facilitar mucho los estudios.

Y lo más importante, solo me quedan dos semanas de verle el careto a Jessy. Lo siento por ella, pero no puedo estar todo el día aguantando malas caras y críticas hacia mi persona. Se acabó.

Les doy las dos semanas que marca la ley y me despido para siempre de Dalia. O eso espero.

Lo único es que, al despedirme de la perfumería, también lo hago sin ser consciente de las visitas de Fernando al salir de su consulta, y sorprendentemente, Charlie no vuelve a enfermarse. Estoy sin verlo casi tres meses.

Las primeras semanas en Velvet consisten prácticamente en observar, aprender y ayudar en todo lo que me solicitan los jefes. El trabajo es para lo que me he estado preparando y lo que se me da de cine.

Otra de las cosas que me producía estrés era separarme de Charlie, y con las Navidades a la vuelta de la esquina, pensé que iba a volver a recaer. Ahí tengo que reconocer que Julio me ha ayudado bastante. Y Laura también. Estamos intentando que, puesto que nos llevamos bien todos, incluirnos en las celebraciones de momento. Así que no tengo que pasar la Nochebuena entera o la Navidad separados todo el día. Tan solo unas horas.

Y, por último, mis citas. Me he cansado de buscar por mí misma. Parece que tengo muy mal ojo eligiendo, así que he decidido dejar que la gente me organice mi vida amorosa. Laura lleva tiempo insistiendo en presentarme a un chico que ambos conocen y que quizás podría gustarme.



Samuel es de la edad de Julio. Un par de años más que yo y, en realidad, es un buen partido. Está fijo en una asesoría y cuando le pregunto por su trabajo me arrepiento a los dos minutos. No encuentro nada más aburrido que hacer declaraciones de la renta e informes contables.

El restaurante que hemos elegido es un sitio bonito. No demasiado íntimo pero agradable. Es como una medio cita. Sin grandes expectativas. Y tal y como empieza, sé que no va a haber una segunda. No es que sea elitista. El chico es mono y educado. Y se le nota inteligente y con buena conversación, pero a los diez minutos, si no me ha saltado ni una sola chispa, sé que no se va a quemar nada esta noche.

Para colmo, nada más venir el camarero a traernos las bebidas y tomarnos nota de nuestro pedido, le veo.

Fernando entra acompañado de una chica monísima. Pero monísima de verdad. De esas pijas que parecen recién salidas de un anuncio de un partido político. «Juventudes democráticas» o algo parecido. Voy a taparme con la carta como en las películas, para evitar que me vea, pero el camarero acaba de llevárselas así que estoy prácticamente desnuda. Al menos así me siento cuando Fernando pasa justo por al lado de mi mesa.

Me mira sorprendido, claro. Hace ya tres meses desde mi visita con Charlie y mi posterior desmayo. Y luego dejé la perfumería.

—Ruth. —Se para justo a mi lado y yo me levanto como si me hubieran pinchado en el culo hasta ponerme casi a su altura—. Cuánto tiempo sin verte.

—Si, esto… casi tres meses.

¿Eres idiota?, Va a pensar que has estado llevando la cuenta.

—Sí, más o menos —me confirma con una sonrisa—. ¿Cómo está Charlie?

—Bien, bien, ¿y tú?

¿Pero que coño me pasa? Te ha preguntado porque es su

médico.

Estoy entrando en pánico porque cada vez me siento más nerviosa y, a cada palabra que digo, es una tontería mayor que la anterior. Esa sensación tengo al menos.

—Bien, gracias.

Hay unos segundos en los que nos quedamos callados y a mí me da la sensación de que todo el mundo, además de Samuel y su acompañante, están observando nuestra interacción con lupa. Tendría que decir algo, pero no me sale nada y no quiero seguir metiendo la pata y avergonzándome más incluso.

—Bueno, tengo que ir a mi mesa —me dice señalando hacia la chica que le acompaña y que ya ha tomado asiento.

—Sí, claro. Yo también.

Idiota, si tú ya estás ahí mismo.

Lo veo alejarse camino de su mesa, que queda dolorosamente a la vista de la que comparto con Samuel. El chico se me queda mirando con una ceja levantada y, cuando Fernando y la chica que le acompaña están lo suficiente lejos y no van a poder escucharnos, me pregunta:

—¿Un ex?

—Nooo —me apresuro a contestarle—. ¿Por qué preguntas eso?

—Por nada. Curiosidad.

—Es el pediatra de Charlie —le aclaro, no sea que se vaya a pensar algo que no es.

Él solo asiente mientras bebe de su cerveza y yo apuro de un trago el resto del vino de mi copa. La noche puede ser muy larga.

Me sabe fatal por el pobre chico, que se esfuerza por darme conversación, pero no me interesa lo más mínimo el análisis fiscal ni cómo invertir en fondos de inversión. No tengo ni trescientos euros en mi cuenta, bastante hago con sobrevivir como para pensar en invertir.

En cambio no le quito ojo a la mesa de Fernando. La perspectiva desde donde estoy es buena y me permite verlos a ambos. La chica parece estar contándole algo muy divertido porque no hace más que reírse y tocarse el pelo de manera seductora. Se inclina hacia él apoyando su barbilla en la mano y prestándole toda su atención. Él, en cambio, está más recostado hacia atrás y, aunque parece estar cómodo, no lo veo demasiado interesado.

Estudio publicidad y sé perfectamente leer el lenguaje no verbal de esa chica. Parece que estén en una primera cita pero apostaría que, si tuviera oportunidad, ella se lo comía en el baño entre los aperitivos y el primer plato, y más tarde otra vez, mientras les servían el postre. Aunque no estudiara publicidad, eso lo ve hasta un ciego.

Mi cena está llegando a su fin y me disculpo con Samuel para ir al baño.

—¿Dónde te has metido todo este tiempo?

Los servicios tienen un espacio común donde hay un par de lavabos y es donde me espera Fernando mientras me lavo y me seco las manos. Decir que tengo un *déjà vu* es quedarse corto. Ni la situación, ni el lugar es remotamente parecido a aquella noche en la discoteca, pero es un baño, después de todo. Y estamos los dos solos en él.

—He cambiado de trabajo, y entre eso y la universidad pues...

Fernando me mira como si fuera la primera vez que me ve. Me escucha y entrecierra sus ojos. No sé si detecto desconfianza en ellos o incredulidad. Puede que algo de molestia. Tiene el ceño fruncido y la mandíbula tensa. En lenguaje corporal seré una experta, pero en leer la expresión de este hombre se ve que no tengo mucha idea porque, antes de que pueda seguir dando unas explicaciones que ni él tiene derecho a pedirme ni yo necesidad de dar, su cara está a escasos centímetros de la mía.

El *déjà vu* de antes se convierte en un recuerdo vívido, claro y palpable. Puedo oler perfectamente su *aftershave* y el vino en su

aliento. He retrocedido lentamente hasta que mi espalda ha chocado con una de las paredes del aseo y él avanza hasta quedar casi pegado a mi cuerpo.

Sus labios son mucho más suaves de lo que recuerdo.

Tengo sus dos manos en mi cuello y acaricia mi mandíbula con sus pulgares mientras me besa con delicadeza. No es el mismo tipo de beso que aquella primera vez, urgente y descuidado. Lo hace con calma pero con intención. Su lengua acaricia la mía y, aunque es tranquilo y dulce, me recorre por el cuerpo el mismo deseo que entonces.

Se separa lentamente y yo persigo sus labios como una idiota.

Cuando abro los ojos lo veo sonriéndome con arrogancia.

—Tengo que volver a la mesa —me dice como si no hubiera pasado nada.

—Sí, claro. Yo también.

Aún tardo unos minutos más porque, a pesar de que el beso no ha corrido mi carmín por toda la cara, tengo que retocarlo y esperar unos momentos a que me baje el rubor de las mejillas. Parezco una adolescente después de su primer beso, con la respiración agitada y el pecho latiendo con fuerza. Cuando vuelvo a mi mesa, Fernando ya no está. No debo ser muy disimulada porque Samuel se da cuenta enseguida de que estoy mirando con extrañeza.

—Ya se han ido —me dice mientras come su postre distraídamente.

—¿Perdona? —Intento disimular, pero no engaño a nadie; mi cara es un libro abierto en estos momentos.

—Tu doctor y su chica. Se han marchado y ella parecía bastante enfadada.

—No es mi doctor y… —Estoy a punto de decir que ella no es su chica aunque no tenga ni idea en realidad—. Yo… no sé qué decir, Samuel. Lo siento.

El chico que tengo enfrente es como su amigo Julio. Una persona buena, confiable y atenta. Y también inteligente, aunque no hace falta ser muy listo para darse cuenta de lo que él ha visto enseguida. Ahora solo corrobora lo que ha estado pensando desde el primer momento que nos ha visto interactuar a Fernando y a mí.

—No tienes que disculparte. Sé cómo son estas cosas —me explica con más comprensión de la que yo tendría si la situación fuera al contrario—. Tienes unos sentimientos por ese hombre que todavía no has superado.

Espera. ¿Sentimientos?, ¿quien ha hablado de sentimientos?

—No, verás, es algo más complicado. —En realidad no lo es tanto—. Y lo estoy intentando manejar.

—No te preocupes. ¿Nos vamos?

—Sí, déjame invitarte al menos.

Estoy pelada, pero me siento tan culpable que es lo primero que se me ocurre para intentar medio arreglar la incomodidad que siento.

—No, para nada. No te ofendas, pero Laura y Julio son amigos míos. Si te dejara pagar, sabiendo cómo están tus cuentas, Julio me mataría.

—¡Hey! —exclamó fingiendo indignación—. Soy pobre, pero buena persona.

Al final nos reímos y se me olvida momentáneamente lo que acaba de pasar en el baño. Otra vez en los aseos de un local público. Pero solo se me olvida de momento, porque en cuanto nos despedimos y camino sola hasta mi casa, no dejo de pensar en los labios de Fernando y las caricias de sus manos en mi cuello. Intento descifrar la manera que ha tenido de mirarme en ese baño y las pocas palabras que nos hemos dicho. Pero sobre todo, pienso en cuándo volveré a verlo.

Capítulo 18

Una vez superado el primer semestre del curso con mucho más éxito del que esperaba, mis grupos se vuelven más activos y, sobre todo, más festivos de lo que han estado en los últimos meses. Más que festivos, fiesteros.

El Convento se ha desmadrado, y mis primas quieren una cena y una sesión de discoteca que les ayude a bajar el turrón y los mazapanes de la Navidad.

***Rebeca**: A ver, chicas. Habéis terminado ya de leer la* Biblia*?*

***Fabiola**: justo ayer terminé mi último rosario.*

***Rebeca**: Tendremos que hacer ahora servicios a la comunidad, entonces.*

***Judit**: Podemos ir a cenar a la pizzería de Giorgio, antes.*

***Fabiola**: Otra vez?*

***Judit**: Es que no te gusta la pizza?*

***Fabiola**: No tanto como a ti te gusta el pizzero.*

***Judit:** En eso tienes razón*.

Miro los mensajes y resoplo aunque me hacen sonreír. Mi prima Judit está más que feliz con Giorgio. Llevan dos meses saliendo y, aunque ahora está más tranquila, de vez en cuando alborota al convento.

***Rebeca**: Qué dices, Ruth? Te apuntas?*

***Yo**: Estoy bastante liada ahora con el trabajo, pero os digo algo en unos días. Os lo prometo.*

***Judit**: Vale! Porque Giorgio me ha prometido que nos invita a chupitos.*

Aarón y el resto de los chicos del grupo de estudios me insisten para que me escape un viernes y celebrar el final del semestre.

***Aarón**: Tía, que tú lo has petado en los exámenes.*

***Clara**: Y eso que decía que iba a ser un lastre, la tía.*

***Antonio**: Al final nos has ayudado tú más a nosotros que nosotros a ti.*

***Yo**: No os preocupéis, que me lo cobraré. Dejadme unos días, que estoy con un proyecto en el curro.*

El proyecto es, ni más ni menos, que la organización de un congreso de dermatología en el que Velvet&Co participa cada año. En esta ocasión, y por primera vez, la empresa en la que trabajo va a hacerse cargo de la gestión de todo el evento.

Mi labor y la del resto del equipo de becarios y trabajadores en prácticas es de trincheras. Óscar, uno de nuestros jefes en el departamento de *marketing* y publicidad, se encarga de coordinarlo todo y asignarnos tareas que van desde contactar y negociar con proveedores del *catering*, equipo audiovisual y material promocional, hasta la difusión del congreso en redes sociales y la colaboración en la creación de folletos, programas y contenido digital.

Él nos manda y supervisa que todo esté hecho a su gusto y nosotros obedecemos. El trabajo se ha multiplicado por tres en apenas unos días, y yo agradezco que al menos este evento haya coincidido con el final de mis exámenes.

Óscar se enfoca en las relaciones directas con ponentes e invitados y, como yo soy la nueva, e Inés le ha hablado tan bien de mí, me hace acompañarlo a los centros de salud y hospitales de la zona.

Yo seré la encargada de todo lo relacionado con la comunicación con los asistentes, gestión de inscripciones, resolución de dudas y el envío de recordatorios a participantes e invitados mientras él básicamente, le hace la pelota a todos los dermatólogos e intenta también que recomienden nuestros productos.

En una de esas visitas toca el centro de salud donde trabaja Fernando.

No es que me arregle más de lo normal. Voy más o menos como siempre y, el hecho de haber ido esta mañana a la peluquería no tiene nada que ver con que vayamos de visita al centro donde él trabaja.

Sé que no os engaño. No voy exactamente como siempre. Me he puesto la blusa que me regaló Emma en Navidad y que, no lo voy a negar, me hace unas tetas estupendas. También he ido esta mañana a la peluquería precisamente por eso. Por si me encuentro a Fernando por casualidad.

No vamos a la zona de pediatría y el centro de salud es bastante grande. Las posibilidades de coincidir con él son escasas, pero mientras haya solo una… ¿Quién no se arreglaría y se pondría un poco más *sexy*?

El doctor Nicolás Velasco es uno de los dermatólogos más jóvenes a los que vamos a visitar para invitarlo al congreso y Óscar me pide que me quede cerca y que no hable, pero que sonría mucho. Luego me insinúa, con un gesto de su dedo, que me desabroche un botón de la camisa y entonces me tenso.

—No pienso hacer eso —le digo muy seria.

—Cariño, si yo tuviera esas tetas, estas cremas se venderían solas. No importa, anda —rectifica cuando ve la expresión de mi cara—. Voy a hablar con el doctor. Quédate aquí.

¿Me ha llamado cariño?

Estoy tan indignada y concentrada en mis propios pensamientos que no lo veo venir. Pero ahí está, mirándome con su sonrisa perfecta, la bata blanca y el estetoscopio alrededor de su cuello. Lo

que me recuerda que tengo uno que le dejó a Charlie todavía en mi casa.

—Volvemos a encontrarnos —me saluda Fernando.

A pesar de haber estado preparándome para este momento durante dos días, me pilla por sorpresa por culpa de mi jefe. Me ha distraído con ese estúpido comentario tan poco profesional y totalmente fuera de lugar.

—Hola —le contesto intentando parecer lo más calmada posible —. Eso parece.

Intento que no se me note lo nerviosa que estoy, parecer toda una profesional, con mi portafolios lleno de folletos y programas, pero sé que me estoy ruborizando. Enderezo la postura para intentar llenarme de una seguridad que no tengo.

—Deberíamos salir —me dice de pronto y de la nada.

—¿Salir? —Me giro mirando hacia la puerta de salida como una idiota y me vuelvo a mirarlo totalmente confusa.

—Me refiero a quedar tú y yo y salir a cenar juntos, al cine o tomar una copa…—me especifica—. Ya sabes… salir por ahí.

Acaba de pedirme una cita, y no es una médica para ver la evolución de la enfermedad de mi hijo. Acaba de invitarme a salir.

—Perdona, pero estoy trabajando y no creo que este sea ni el momento ni el lugar para…

—Lo sé, y lo siento —me interrumpe—. Pero es que me he enterado de casualidad de tu nuevo trabajo, como me pasa contigo para todo. Me enteré de tu verdadero nombre cuando fui a comprar perfume, supe que tenías un niño cuando lo trajiste a la consulta porque estaba enfermo, y ahora me entero por casualidad dónde trabajas—. Sonríe como si acabara de descubrir la cura contra una enfermedad mortal; orgulloso y pagado de sí mismo—. No quiero seguir así, me gustaría que me contaras ese tipo de cosas cenando, por ejemplo. Y no tener que esperar a que otra casualidad nos haga encontrarnos.

—Ahora estoy esperando a mi jefe, está punto de salir de hablar con un doctor y no puedo hacer estas cosas.

—No te preocupes por tu jefe, acabo de decirle a Nico que lo mantenga entretenido unos minutos. Quería hablar contigo.

—Yo, eh… —balbuceo.

—Y volviendo a lo que te estaba diciendo: creo que necesitamos tener una cita. De hecho, te la estoy pidiendo formalmente ahora mismo.

—¡No! —exclamo demasiado deprisa.

—¿No?

—Eso es lo que he dicho —le repito con decisión.

Fernando se pone la mano sobre el corazón fingiendo dramáticamente una punzada y yo niego con la cabeza rodando los ojos.

—Rechazarme de esta forma, tan rápida y contundente, no es bueno para mi autoestima ni para mi ego.

—¿No me digas? —le pregunto con ironía—. Yo creo que sobrevivirás.

—¿Por qué?

—¿Por qué creo que sobrevivirás?

—No. ¿Por qué no quieres salir conmigo? Sé que te gusto.

—Que listo eres tú, ¿no?

—Soy médico —dice encongiéndose de hombros—. Detecto ciertas señales. Y tú me las mandas a toda hora.

—¡Eso es mentira! —exclamo indignada—. ¿Qué señales?

—¿Quieres saberlas?

Pienso en cómo el otro día leí el lenguaje no verbal de la chica con la que estaba cenando y en el suyo propio, incluso cómo mi propia cita se dio cuenta de que algo pasaba entre Fernando y yo.

Me revienta darle la razón, así que no quiero que enumere las señales que seguramente esté mandando sin querer.

—¡No! Me da igual y no quiero saberlas —le repito cruzándome de brazos—. No pienso salir contigo.

—Pero, ¿por qué? —De pronto su voz me suena a la de un niño al que no le dejan salir a jugar y me entra un poco de risa—. ¿Lo ves? Si hasta te hago reír. Solo dame una razón.

Me lo está pidiendo con tanta insistencia que no me queda otra que ceder y darle la explicación que necesita.

—Pues verás, eres el médico de mi hijo. No creo que sea muy profesional y, sinceramente, tampoco sería bueno para él. Esa es una de las líneas rojas de mi lista que no puedo traspasar, pero además no es la única.

—¿Es muy larga esa lista? —me pregunta haciendo un puchero adorable.

Podría decirle que la segunda línea roja es que me gusta tanto que sé que me enamoraría de él y tengo un miedo terrible a que, cuando se marche, me quede con el corazón destrozado. En cambio me callo y solo le digo:

—Tristemente, la lista cada vez se hace más larga.

—¿Y me das tu número de teléfono?

—¿Mi número? ¿Para que quieres mi número si te he dicho que no voy a salir contigo?

—Pues tu Instagram o algo donde podamos seguirnos y veas que soy un encanto al que no te podrás resistir.

—No tengo redes sociales —le miento.

A continuación caigo en la cuenta de que tengo que eliminar mi perfil de Tinder, no vaya a ser que me lo encuentre allí.

—De acuerdo, entonces me veré obligado a acudir al congreso para volver a verte.

Coge uno de los folletos y programas de publicidad que sostengo entre mis brazos y se pone a ojearlo detenidamente.

—Es para dermatólogos —le digo arrebatándole el programa de las manos—, no para pediatras.

—Los niños también pueden tener problemas en la piel. —Vuelve a quitármelo al tiempo que puntualiza cada una de sus palabras—. Además, estoy libre esos días.

No sé qué es lo que ha pasado pero, de pronto, me siento como en el colegio, peleándome con mi compañero de pupitre por querer usar los mismos colores.

—Tendrían que invitarte —insisto—. No puedes asistir sin invitación.

—Nico me la conseguirá. Es más, si se la pido a tu jefe, seguro que me la da él mismo al instante.

Empiezo a hiperventilar y noto cómo me sube el calor hasta la punta de las orejas. Por un momento, tengo tentaciones muy contradictorias: desde darle un pisotón y salir corriendo como una niña, hasta lanzarme a su cuello y comerle la boca allí mismo. Delante de enfermeras, médicos y celadores. Delante de todos los pacientes que van y vienen y pasan a nuestro alrededor.

—Eres imposible —digo en cambio.

Y menos mal que le digo eso y no lo que estaba fantaseando, claro.

—Si aceptaras salir conmigo, no me vería obligado a asistir a conferencias sobre eccemas y dermatitis de pañal. Es lo más aburrido del mundo… —dice dejando caer la frase—. Además, no sabes lo que te pierdes. Soy genial en una cita.

—¿Seguro? —le reto.

—Segurísimo.

—¿Y a mí también me vas a dejar comiéndome el postre mientras te enrollas con otra tía en los baños del restaurante?

Esa ha sido muy buena, Ruth, estoy orgullosa de ti.

No sé si es mi ángel o mi demonio quien me felicita, porque, llegados a este punto, no sé si la tentación y el deseo están ganando a la conciencia y la razón o viceversa. Lo único claro que me queda es que la que pierdo en ambos casos soy yo.

Fernando me mira y parece estar pensando mucho qué responderme. Sus pupilas están dilatadas y parece más seguro que yo en todos los sentidos. Yo dejo caer los comentarios y mi cuerpo tiembla, el corazón me palpita a mil por hora y me sudan las manos. Son esas señales, que doy continuamente y que me niego a aceptar, las que intento disimular sin ningún tipo de éxito. Él, en cambio, me habla con una media sonrisa y sin rastro de nerviosismo. Odio que me provoque esa sensación y me encanta al mismo tiempo.

—Si hubieras estado conmigo en una cita, en esa mesa, cenando conmigo —me susurra al oído—, no habríamos llegado al postre, te lo aseguro.

Capítulo 19
Óscar



Óscar es gilipollas.

Si no me había quedado claro con el comentario machista, sexista y poco profesional que me hizo el otro día en el centro de salud, ahora no tengo ni la más mínima duda.

Ni siquiera me consuela el hecho de ver que no es nada personal contra mí porque, en realidad, es así de gilipollas con todos nosotros.

No pretendo hacerme amiga suya, ni mucho menos, y me da igual que yo le caiga mejor o peor. Lo que no voy a tolerar es que que me falte al respeto.

Ese día en el centro de salud me pilló de novata con él pero ya le tengo cogida la medida. Y es una muy mala.

Lo primero es que tiene una actitud déspota con todos los integrantes de su equipo, los que estamos a su cargo. Pero hace distinciones entre nosotros.

La distinción es por sexo, por supuesto. Pero no el de cada uno, sino el que cree que le podemos ofrecer y a él le puede gustar.

Me ha costado casi cuatro meses darme cuenta de su *modus operandi*, pero el tipo es todo un depredador y yo hace tiempo que

dejé de ser una presa fácil.

Nunca lo he sido, en verdad. A mí no me caza nadie que no quiera yo que lo haga.

Se nos insinúa a todas, a pesar de que en la empresa sabemos que está casado y tiene un par de niñas. Me consta que al menos una de mis compañeras ha caído en sus redes; que yo sepa, claro.

El evento le tiene estresado y, al muy hijo de puta, no se le ocurre otra cosa que pensar que voy a quitarle el estrés yo.

Precisamente yo, que estrés es mi segundo nombre; tensión y ansiedad, mis apellidos y «La Nervios» mi apodo.

—Ruth —me ordena—, tráeme la lista de invitados, ponentes y las inscripciones actualizadas.

—Claro, Óscar —le digo mientras cojo mi portátil y ya empiezo a dirigirme a su despacho.

Juntos repasamos, una por una, la lista de las conferencias con los horarios, el tiempo de duración, los materiales y hasta el mínimo detalle. Óscar es un perfeccionista, pero yo también.

Al acabar me lo suelta.

—¿Tomamos una copa después? —dice resoplando al tiempo que cierra su portátil—. Necesito desconectar de toda esta mierda.

Se nota que la responsabilidad de organizar este tipo de eventos le viene grande.

No porque no tenga capacidad, porque he de reconocer que el tío es muy bueno en su trabajo, pero salir de su rutina y zona de *confort* no le está viniendo nada bien.

Se le ve tenso y cansado. Todos lo estamos, pero nosotros no podemos quejarnos. Ya lo hace él a todas horas por los demás.

—No puedo, Óscar. —Recojo el portátil y mis cosas sin mirarlo—. Ya se me ha hecho tarde y tengo que ir a recoger a mi hijo.

—¿Has dicho un hijo? Pero, ¿cuántos años tienes?

Mi cara debe ser un poema pero él ni se inmuta. Sigue recostado en la silla y yo hago ademán de irme sin contestarle.

—Entonces, ¿qué me dices? —insiste—. ¿Nos tomamos algo?

—Ya te he dicho que no puedo, Óscar.

—¿No puedes o no quieres?

Ahora suena molesto y es entonces cuando le veo venir. No espera a que le conteste a su impertinente pregunta y se destapa completamente.

—Estás en prácticas y en este mundo hay que crear alianzas, ¿sabes? —empieza a decir—. Alianzas, contactos y amigos. Chicas como tú hay miles esperando una oportunidad de trabajar en esto. Allá tú.

Me quedo mirándolo en silencio y parece que él está esperando a que recapacite y cambie de opinión. Se cruza de brazos y pone los pies sobre la mesa observando mis reacciones, estudiando mis gestos.

—No voy a acostarme contigo, Óscar —le digo después de pensar mi respuesta cuidadosamente—. Sé que te habrá servido con más de una, pero te has equivocado conmigo.

—¿Quién ha hablado de acostarnos? No seas creída, chica. Sólo he hablado de tomar una copa.

Se levanta de golpe y pasa por mi lado cuando se dirige a la puerta de salida de su despacho. Tiene la mandíbula tensa, el ceño entre sus cejas completamente fruncido y hasta observo cómo aprieta los puños tratando de calmar sus nervios.

No está acostumbrado a que le planten cara.

Siento pena por todas las chicas que han pasado por sus manos, que deben haber sido muchas. Por mis compañeras Ester y Lidia, que apenas cuentan con veintiún años. Yo ya he cumplido los veinticuatro, soy muy joven también, pero tengo bastante más recorrido y experiencia. Además, me he encontrado a muchos babosos como este tipo. Los huelo a distancia.

No le digo nada. Me limito a apartarme y dejarlo pasar y él me dedica una mirada de absoluto desprecio. Pero yo también sé leer gestos y expresiones y veo temor en sus ojos.



A tan solo una semana del congreso, me dedico a mandar recordatorios vía *email* a todos los invitados. El programa y turno de intervención a todos los ponentes y conferenciantes. Resuelvo dudas, facilito materiales... En resumen, hago lo que me mandan y quizás un poco más. Me confirman la asistencia y la mayoría me contestan amables y agradecidos.

Luego está Fernando.

Él no solo me contesta una vez, lo hace en varias ocasiones y algunos de sus mensajes me dejan sonriendo como una idiota la mayor parte del tiempo. Sus *emails* son absolutamente profesionales, pero sé leer entre líneas y coquetea conmigo de manera descarada. Sobre todo cuando hace alusión y me plantea sus dudas sobre los servicios del hotel donde se va a realizar el evento. No pregunta por el *catering*, sino por otro tipo servicios como los baños con que cuentan las instalaciones donde se desarrollará todo.

Buenos días,

Voy a asistir al congreso que se celebra el próximo sábado y me gustaría saber qué tipo de asesos hay disponibles en las distintas salas donde se realizarán las conferencias.

Si tienen zonas comunes, si están separados los baños masculinos de los femeninos, si cuenta con uno específico para minusválidos y si se podrá acceder a ellos de manera más privada, o con llave.

Es una información vital e importante.

Gracias.

Atentamente, Fernando Galván.

El tío es como un termostato; sabe cómo mantener la temperatura constante.

Trabajo tanto estas dos últimas semanas que apenas veo a Charlie. Llego bien entrada la tarde y, cuando lo recojo de casa de mis tíos, el pobre casi no puede aguantar despierto. Aprovecho los momentos que tenemos para jugar todo lo que puedo con él y el viernes anterior al gran día, lo dejo durmiendo con Julio y Laura.

—Oye —me comenta ella mientras su marido deja las cosas de Charlie en su cuarto—, no me has dicho cómo te fue con Samuel. ¿No te gustó?

—¿Te ha contado algo él?

—Bueno, solo me dijo que no te veía muy interesada —me dice ladeando la cabeza—. Que estabas distraída con… otra cosa.

Yo cierro los ojos recordando el día en cuestión y me invade un poco la vergüenza. No por lo que pasó, sino por la impresión que le dejé al chico, que es amigo de ellos dos.

—Sí, bueno… verás. —No sé como explicarme y no quiero dejar mala imagen de mí a Laura. No más de la que ya debe tener—. Es que…el chico es muy agradable, ¿eh? Y se portó súper bien conmigo, pero…

—Pero no te gusta porque le tienes echado el ojo a alguien. —No lo voy a reconocer, pero yo no podría haberlo expresado mejor—. Puedes decirlo. No pasa nada.

—Bueno, Laura, es complicado —le digo agachando la cabeza.

—¿Complicado por qué? Según me dijo Samuel se os veía a los dos más interesados entre vosotros que con quien habíais acudido al restaurante —me cuenta—, y créeme, Samuel es muy inteligente pero no se entera de nada. Y menos de ese tipo de cosas, así que imagino que debió ser muy evidente.

—Él es de fuera —suelto categóricamente.

—¿De fuera de dónde? ¿De España?

—No, no. Quiero decir que está aquí de paso —le informo—, no creo que se quede mucho tiempo.

—Ya, entiendo. Y estás acojonada, ¿no?

Me quedo mirando a la mujer de Julio. A la que pasará tiempo con mi hijo y contribuirá en su educación. A la chica que, a pesar de nuestras circunstancias, me invitó a su casa en Nochebuena para que no echara tanto de menos a Charlie en esas fechas.

—Define acojonada —le pido que se explique y diga en voz alta lo que me niego a aceptar.

Quizás diciéndolo otra persona, suene de manera diferente en mi cabeza.

Laura toma aire profundamente y, por un momento, me la imagino dándole un sermón a mi hijo después de que haya hecho alguna trastada. Creo que debe hacerlo muy bien.

—Pues sospecho que ese chico te gusta de verdad. Quizás hasta tienes sentimientos por él que no quieres admitir —empieza su sermón y lo hace tocando las teclas correctas—. Imagino que a ese chico también le interesarás, por lo que me dijo Samuel, así que pienso que lo estás rechazando porque tienes miedo a enamorarte de él, si no lo estás ya, claro. Todo eso, antes de que exista la posibilidad de que se vaya. Tú misma me has dicho que es de fuera. Pero ¿sabes? —concluye encogiéndose de hombros—, la gente se muda de ciudad continuamente, mira a Emma…

Me quedo mirándola, intentando ser lo más inexpresiva posible y que no se me note en la cara que estoy de acuerdo hasta en la última de las palabras que acaba de pronunciar.

—Tú sabes que si me mudara, Charlie se vendría conmigo, ¿no? —le replico en voz baja—. Eso haría daño a mucha gente.

—No hagas eso —me dice muy seria.

—¿El qué? —le pregunto extrañada y con la misma seriedad que me habla ahora.

—Poner como excusa a tu hijo.

—No lo pongo de excusa, Laura. —La conversación de repente se vuelve tensa y espesa—. Es lo que pasaría y Charlie os necesita. A todos —digo remarcando eso último.

Me guardo solo una cosa y es que creo que yo también los necesito.

Laura se calla un momento. Estamos las dos solas, en la entrada de su casa. Escucho a Charlie hablar con su padre en su media lengua. Sonrío al pensar en cómo va añadiendo palabras nuevas a su vocabulario cada día. Al mismo tiempo, se me encoge el corazón de pensar que no pueda disfrutar de su padre o de sus abuelos cada vez que quiera.

—¿Sabes lo que necesita Charlie? Que su madre sea feliz —sentencia sin darme la oportunidad de contestar—. Que la persona que renunció a su carrera, la que ahora trabaja y estudia a tiempo completo y, aun así, saca tiempo para jugar con él aunque esté demasiado cansada hasta para irse a dormir, encuentre a alguien que la quiera de verdad.

Los ojos se me humedecen y noto una presión entre ellos. Justo en el puente mi nariz. Es algo que me sube desde lo más profundo de mis entrañas hasta la garganta y me impide tragar.

—No me hagas esto —le suplico con tan solo un hilo de voz y a punto de echarme a llorar.

—Charlie necesita que la persona que más quiere en este mundo sea también feliz —continúa—. Y créeme, Ruth, para ese niño tú eres su mundo. Lo he visto.

Será hija de… No me ha hecho ni puñetero caso y ahora estoy llorando en la puerta de su casa. Veo a Julio pasar por detrás de nosotras mientras Laura me abraza. De inmediato, vuelve a esconderse para dejarnos una intimidad que me hace falta a toda costa.

Necesito llorar y dejar de hacerme la fuerte. A veces es más que necesario.

—Además —vuelve a decirme Laura apartándose suavemente y ofreciéndome un pañuelo—. Nadie dice que tengas que ser tú la que se mude. Si está aquí por trabajo, puede quedarse. Ahora lo estás petando en esa empresa, ¿no?

—Buenoooo, yo no diría tanto. —Me río mientras seco mis lágrimas—. Veremos cómo sale todo mañana.

—Seguro que saldrá genial —me dice cogiéndome de los hombros y mirándome fijamente a los ojos—. Te tienen a ti en su equipo.

Capítulo 20

El hotel Vitalis Conference & Resort, cuenta con unas instalaciones perfectas para la celebración del congreso.

Sus salas de conferencias son de lo más versátiles; todos sus espacios permiten configuraciones personalizables para adaptarse a diferentes formatos de presentaciones y talleres. El equipamiento audiovisual es de la más alta calidad y dispone de zonas de exposición para que proveedores y patrocinadores exhiban sus productos y servicios.

La jornada, de mañana y tarde, contará con pausas para el café y el almuerzo en una zona de *catering* que el hotel ha adaptado a nuestras peticiones.

A las ocho y media de la mañana comienzo a recibir a los primeros asistentes, aunque Óscar nos ha citado a las siete para organizarnos y volver a asignar nuestros roles. Hay compañeros en la mesa repartiendo acreditaciones, entregando los obsequios de bienvenida y guiando a los ponentes hacia la zona VIP. Otros acompañan a los invitados hasta sus asientos y yo estoy junto a Óscar, en primera línea, recibiendo a todos aquellos a los que fuimos a visitar a los centros de salud y los hospitales.

Fernando aparece acompañado de Nicolás Velasco, el dermátologo al que invitamos, y otra mujer joven, doctora como ellos y compañera de su centro de salud.

Mi corazón da un vuelco.

Ya no es atracción ni deseo. Ahora es lo más profundo de mi ser el que reacciona ante su sola presencia. No son nervios o ansiedad de tocarlo o besarle. Es un pellizco literal y directo a ese músculo estúpido que preside mi pecho.

Laura debe tener razón y puede que ya esté enamorada.

Es eso o que me está dando un ataque al corazón. Si es esto último, tiene solución. El hotel está lleno de médicos. Alguien podrá hacerme un masaje cardíaco.

Como sea la primera opción, estoy más que jodida.

—Hola, Ruth —me dice al oído mientras sus acompañantes se dirigen a mi jefe.

Yo solo le sonrío y me mantengo al margen; no quiero ser la diana del mal humor que mi jefe trae precisamente hoy.

—¡Óscar! —saluda el dermatólogo ofreciendole su mano y echándome una mirada de reojo—. Me encanta cómo lo habéis montado todo. ¡Enhorabuena!

—Gracias, doctor Velasco —le contesta con seriedad.

Óscar está especialmente irascible. Todos lo achacamos a la tensión y los nervios, pero no para de hacernos peticiones estúpidas y apenas nos mira a la cara. Además, no para de sudar a pesar de que el día es bastante fresco y no hace más que ir al aseo cada cierto tiempo. Mis compañeros y yo no paramos de bromear en nuestro grupo privado: *La élite de Óscar.*

***Toni**: Qué le pasa al jefe? Le ha sentado mal el kiwi?*

***Ester**: Se habrá mordido la lengua y está vomitando el veneno.*

***Lidia**: Está más blanco que el culo de un albino.*

***Manu**: Has visto muchos de esos, Lidia? :p*

***Yo**: Dejadlo ya que al final va a mirarme el móvil y la vamos a liar.*

La cuestión es que Óscar cada vez tiene peor pinta y camina doblado, apoyándose en las paredes. Nos apiadamos de él aunque no se lo merezca. Intentamos ayudarlo pero él sigue tan encantador

como siempre y nos aparta de malos modos.

La primera de las conferencias está a punto de empezar y mi jefe está encerrado en el baño. Por un momento llego a pensar que alguno de mis compañeros le ha echado laxante en su café y se ha pasado con la dosis. No parece ni medio normal.

Los ejecutivos de Velvet me miran nerviosos por el retraso y yo encojo los hombros. Inés se acerca a mí y me pregunta porque soy la que ha estado con él desde el principio, pero no soy capaz de darle ninguna respuesta convincente.

—Óscar está en el baño y nos ha ordenado que no hagamos nada hasta que no salga —le explico.

—Es la primera conferencia, Ruth —me susurra intentando controlar el malestar en su rostro. No lo consigue y a mí se me congela hasta la sangre ante su mirada de puro hielo—. El ponente viene directamente desde Bruselas, y lleva ya más de media hora de retraso.

Yo miro hacia los aseos, luego de reojo a mis compañeros y, por último, a los ejecutivos de Velvet, que están nerviosos. Por último a Inés.

—Yo me encargo de todo —le digo con decisión para luego dirigirme al resto del equipo, que me mira bastante acojonado—. ¡Vale, chicos, en marcha! Vamos a seguir según lo previsto. Necesito que cada uno haga la parte que tenía encomendada. ¡Con calma, pero a trabajar, que ya vamos con retraso!

Mantengo los roles que cada uno tenía asignado, aunque en algunos no estoy de acuerdo, pero me limito a seguir las instrucciones que Óscar nos había dado. Voy a hablar con el primer conferenciante, que es toda una eminencia en el mundo de la dermatología estética y es una de las estrellas de este congreso.

El hombre se mira el reloj molesto y está hablando con uno de los ejecutivos de Velvet. Este intenta calmarlo por todos los medios.

—Señor Aldama, es un placer atenderle en lo que necesite….

—¿Dónde está Óscar? —me pregunta interrumpiéndome y visiblemente enfadado.

—Parece que está enfermo, así que yo me encargo de todo a partir de ahora. Señor Aldama, no sabe usted cómo está la audiencia de expectante ante su ponencia. —Llegados a este punto, solo me queda darle todo el jabón que pueda y en el menor tiempo posible —. Es usted como una estrella del *rock*. Los doctores están deseando escucharle. ¿Necesita algo? Dígame ¿cómo podemos hacer que su conferencia sea todavía más espectacular de lo que va a ser?

El doctor parece relajarse; yo sonrío mientras rezo todo lo que recuerdo de la catequesis que hice en mi primera comunión para que el hombre acceda y no se marche como ha amenazado hace tan solo unos minutos.

—Nada. Lo tengo todo preparado. —Su ceño empieza a suavizarse también—. Solo estaba esperando a que me presentaran.

—Será un honor para mí hacerlo, señor. Es usted toda una eminencia.

Después de presentarlo y hacer que los ejecutivos de la empresa respiren un poco más tranquilos, voy corriendo al *hall* del hotel, donde se supone que debe estar Óscar, al que nadie encuentra por ningún sitio.

—¿Habéis mirado uno por uno todos los aseos? —les pregunto a dos de mi equipo—. A este tío le ha debido dar algo.

—Estamos en ello —dice Lidia—. Pero no aparece por ningún lado.

—Mirad en todos los aseos, joder, en el de hombres y mujeres.

Me pongo un poco mandona, pero es que la situación es extrema y requiere un poco más de iniciativa que la que tienen mis compañeros.

A los cinco minutos, vemos salir a Óscar de una de las salas del hotel. Una que no está en el organigrama de la conferencia. Está blanco como la pared y ahora, además, completamente doblado sosteniendo un lado de su abdomen.

—No me encuentro muy bien —me dice con la voz entrecortada y bañado en sudor—. Llama a un médico.

—Mejor llamo a una ambulancia —le respondo—. Eso tiene pinta de ser una apendicitis.

—Te he dicho que llames a un médico —me ordena—, esto está lleno de ellos. No necesito una puta ambulancia.

Me acerco para presionarle justo en la zona que se sujeta y luego suelto de golpe. No soy médico, pero recuerdo exactamente que esa fue la maniobra que le hicieron a mi tío cuando enfermó y a él tuvieron que operarlo de urgencia hace tres años para estirparle su apéndice.

Óscar se dobla de dolor, confirmando mis sospechas, así que cojo el teléfono y llamo a emergencias.

—Lidia, quédate con él mientras viene la ambulancia —le ordeno ante su cara de desagrado—. Voy a informar a Inés.

La primera conferencia está llegando a su fin y me acerco con sigilo a la ejecutiva. Esta comparte asiento con el resto de directivos de Velvet junto a proveedores y otros conferenciantes.

—Creo que Óscar tiene apendicitis —le digo al oído—, acabo de llamar a la ambulancia.

A pesar de hablarle al oído, los que están a su lado me escuchan y me hacen una seña para que salga fuera. Una vez allí, delante de todos, me siento pequeña entre tanta gente importante. Me interrogan con la mirada mientras discuten entre ellos por saber quién va a coger las riendas del desastre. Intentan pasarse la responsabilidad de uno a otro y no se ponen de acuerdo. Algunos de mis compañeros nos escuchan mientras se lanzan miradas de

agobio.

No sé de dónde saco el valor pero, en un momento dado, les mando callar a todos. A Inés y al resto de mis jefes.

—Vamos a pensar en positivo —les digo alzando un poco la voz para que me escuchen—. Si quieren puedo encargarme de manejar la situación. He estado durante semanas colaborando con Óscar en todo. Me sé el organigrama al dedillo, tengo todos los horarios perfectamente estructurados en mi cabeza y conozco a los ponentes, conferenciantes y proveedores. Además de a la mayoría de los invitados. Yo misma me reuní con ellos en los hospitales.

»Los que formamos el equipo de Óscar nos hemos encargado de contratar el *catering* y el equipo audiovisual. Sabemos cómo funciona todo. Solo necesito los permisos que tiene Óscar y lo haré como él lo planeó —concluyo—. Si me dejan, no notará nadie su ausencia.

El silencio es inquietante incluso. Tanto los jefes como el resto de mis compañeros me miran atónitos, no sabría describir sus expresiones, pero cada uno tiene la suya particular. Algunos me miran como si hablara otro idioma. A Inés casi puedo verle un gesto de orgullo, como la madre que mira a su hija en un recital de piano. Lo que más detecto es incredulidad en algunos e incertidumbre en otros. Después de unos segundos en los que parecen deliberar, Inés toma la voz cantante.

—Creo que deberíamos dejarla que se encargue. Ya la habéis oído, ha sido la mano derecha de Óscar estas semanas.

Sin duda, la opinión de Inés tiene más peso de lo que pensaba en la empresa y, en cuanto habla, el resto se calla y accede sin ningún tipo de reserva.

—Perfecto. Entonces, a trabajar.



Cuando llega la hora del almuerzo, me dedico a hacer *networking* con todos los asistentes; en este caso, mi experiencia en la perfumería también me resulta de mucha ayuda. Hablo con los médicos y proveedores, de los productos de Velvet&Co y nuestros servicios, sobre todo. Reparto tarjetas a aquel que me lo pide y deslizo sutilmente información sobre nuestra empresa a quien no.

«Las conexiones son fundamentales y las amistades también», nos dice siempre Óscar. Así que sigo al pie de la letra todas sus enseñanzas e instrucciones.

Mis jefes están contentos y yo parezco toda una profesional. Segura de mí misma, competente y decidida. No me tiembla el pulso hablando con cada uno, hasta que es Fernando quien me mira. En ese momento me tiembla todo.

—Señorita, ¿puede ayudarnos? —Está junto a sus compañeros, comiendo algo de pie, y a mí no me queda más remedio que acercarme a saludarlos al igual que al resto. Es su compañero dermatólogo quien me pregunta —. El doctor Galván, la doctora Sanz y yo estábamos discutiendo sobre cómo en pediatría vemos muchas consultas por piel atópica en niños pequeños, sobre todo cuando empiezan la guardería y su piel se expone a más factores irritantes. Desde el punto de vista de Velvet & Co., ¿cómo puede una marca cosmética ayudar a las familias a manejar este problema?

Fernando me sonríe y sus ojos me inyectan una seguridad que no sabía que tenía. Su compañero me ha hecho una pregunta técnica y tengo que pensar una buena respuesta.

—La dermatitis atópica es un problema cada vez más frecuente en la infancia —empiezo a decir—; lo veo en los compañeros de mi hijo y es una preocupación constante para sus madres. Yo creo que la clave está en la hidratación y en evitar ingredientes agresivos. Desde Velvet & Co., podríamos desarrollar líneas de productos específicos para pieles sensibles infantiles, con fórmulas sin perfumes ni alérgenos comunes. También podríamos reforzar la educación del consumidor con campañas sobre la importancia de

rutinas de cuidado. —A medida que voy hablando me vengo arriba. Mi experiencia en la perfumería y mis horas en los parques infantiles, son como un máster práctico—. Podríamos explicar cómo elegir correctamente una crema emoliente y ayudar a diferenciar entre hidratación y reparación de la barrera cutánea.

Inés y otro de los ejecutivos de la compañía han puesto la oreja. Los he visto por el rabillo del ojo mientras el doctor Velasco me hacía esa pregunta. Y creo que he salido bien parada con mi respuesta.

Fernando, que ha permanecido callado todo el tiempo, me ha escuchado atento, como si fuera toda una profesional.

El ejecutivo se acerca a nosotros y se une a la conversación.

—Es cierto que los padres suelen estar desorientados con estos temas —comenta en el pequeño corrillo que se ha formado de manera improvisada—. ¿Crees que hay algo que podríamos mejorar en la comunicación de nuestros productos? —me pregunta directamente a mí.

—Pues verá, señor, sí. —Todos me miran como si fuera yo una de las conferenciantes—. Creo que podríamos simplificar el mensaje. Muchas veces el etiquetado en cosmética infantil es demasiado técnico o ambiguo, y los padres no saben si un producto realmente ayudará a su hijo. Lo he visto muchas veces en la perfumería en la que trabajaba. —Y no miento, es la pura verdad—. Una solución podría ser desarrollar un sistema de certificación interna o sellos que indiquen, por ejemplo, «Apto para pieles con tendencia atópica y con validación dermatológica». Eso generaría confianza y facilitaría la decisión de compra.

Miro de uno a otro las reacciones y sus gestos. Claramente, tanto Inés como el ejecutivo están sorprendidos. Quizás no tanto Inés, que me toca el codo de manera cómplice y me dice al oído un «sabía que tenías un don» que me llena de satisfacción. El doctor Velasco me sonríe a través del vaso que sostiene. Diría que quiere ligar conmigo, incluso.

Fernando sigue callado, mirándome, y no sé identificar exactamente su lenguaje no verbal.

Se reanudan las conferencias y todos los asistentes vuelven a sus sitios mientras me mantengo al mando asegurándome de que todo siga transcurriendo tan bien como hasta ahora. Uno de mis compañeros me actualiza el estado de salud de Óscar: ya lo han operado de una peritonitis. Está en recuperación y su familia se encuentra con él.

Una preocupación menos.

En el salón de conferencias, uno de los ponentes está dando una charla aburridísima titulada *Mecanismos moleculares de la respuesta inmunitaria cutánea en la dermatitis atópica severa: nuevas perspectivas en la modulación de la interleucina-13*. Yo me pierdo entre miles de tecnicismos y aprovecho que todo parece estar controlado para escaparme de la sala y mirar mi móvil .Tengo varios mensajes de mis grupos.

Mis primas en *El Convento* me mandan ánimos con un montón de memes y *gifs* que me sacan más de una sonrisa. Mi grupo de estudios me envía consejos y se ofrece a ayudarme si es necesario y luego… mis *Ángeles de Charlie*.

Esos me sacan incluso una lágrima. Todos están orgullosos de mí, aunque en realidad solo sea una trabajadora en prácticas. Si supieran que he tenido que ponerme al mando de manera improvisada, no me imagino qué me escribirían.

Me quedo hipnotizada con un vídeo de Charlie diciéndome lo orgulloso que está de mí, en esa media lengua que a veces soy la única que puedo entender. Escucho voces que le están indicando lo que decir y veo cómo mira a los lados, asiente y de nuevo se dirige a la cámara.

Me emociono porque es Laura quien le está dictando las palabras que mi hijo repite a la cámara del móvil que seguramente sostiene Julio.

La madre que la parió, pienso. Cómo se nota que compartes sangre con Emma.

Estoy tan absorta mirando el móvil que no lo escucho acercarse. Fernando está a mi lado y no tengo ni idea de cuánto tiempo ha permanecido observándome.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —le pregunto quitando una solitaria lágrima que me asoma en mi ojo—. Estaba… bueno, esa conferencia es aburridísima y no entiendo nada.

Intento disimular la emoción de hace solo unos segundos pero no sé si lo consigo porque Fernando me mira con demasiada ternura. Nada que ver con nuestros últimos encuentros.

—Ya te dije que lo habríamos pasado mejor cenando que aquí.

—Bueno, creo que se pasaría mejor haciendo cualquier otra cosa, pero…

—Enhorabuena, por cierto —me interrumpe con suavidad—. Parece que has dejado impresionados a todos. No solo a tus jefes.

—¿Sí? Porque te juro que estaba muy nerviosa.

—No se ha notado nada y has actuado de manera muy profesional. Nico ha quedado encantado.

—Vaya, pues gracias.

—Y hablando de Nico…—me dice despacio—. Me ha pedido que te diga que si te gustaría acompañarnos a cenar.

—¿Cenar? ¿Con quién?

—Pues Nicolás, la doctora Sanz y yo mismo. Cuando termine la última conferencia vamos al japonés de la esquina —me dice— ¿Te gusta el *sushi*?

—No sé, Fernando —creo que es la primera vez que pronuncio su nombre y me siento demasiado cómoda… inexplicablemente—. No creo que pueda. Tendré cosas que hacer, te recuerdo que estoy

trabajando y…

—Ya lo sé. Pero resulta que mi compañero ha estado hablando con tus jefes y está muy interesado en tus ideas, ¿sabes? Sería como una cena de trabajo.

Me quedo sin saber qué decir. Estoy sopesando mis opciones y en realidad no me creo nada. Sé que es una burda excusa para quedar conmigo a cenar. Tengo que reconocer que su insistencia me halaga y, aunque me lo dice completamente serio, creo reconocer una pequeña sonrisa en sus labios. Por mucho que intente disimularla.

—Créeme que me encantaría irme a cenar, tomarme una copa de vino y relajarme de este día de locos, pero no creo que vaya a ser posible. —Es la verdad más absoluta que he dicho en todo el día —. Estoy en prácticas y a los becarios nos toca pringar cuando los jefes se han marchado.

—De acuerdo, entonces no te insisto más.

Cuando la última de las conferencias llega asu fin, Inés me pide que sea yo quien despida la jornada y diga unas palabras a los asistentes e invitados.

¿En que momento me ha tocado todo este marrón?, pienso. ¿Un discurso de despedida también?

El caso es que me salen las palabras solas. En realidad solo tengo que ser yo misma y simplemente agradecer a los conferenciantes, la asistencia de médicos, farmacéuticos e invitados y la colaboración de patrocinadores y proveedores. Tengo unas palabras también para mi equipo y otras para la empresa Velvet&Co y, cuando termino, recibo aplausos incluso.

Inés se acerca a mí junto al ejecutivo que me habló en la pausa del almuerzo.

—Ruth, vete a cenar. Te lo has ganado.

—¿Qué? —le pregunto sorprendida—. Aún tenemos trabajo que

hacer; recoger todo el material, atender a los invitados, repartir las muestras y regalos…

—Por supuesto. De eso ya se encargan los demás —me indica—. Tú sigue trabajando en la cena. Los del centro de salud Centro 3 quieren invitarte a cenar. Déjanos en tan buen lugar como has hecho antes.

Busco con la mirada a Fernando, que está junto a sus dos compañeros, y se encoge de hombros al tiempo que me sonríe.

Capítulo 21
Nico



Resulta que el doctor Nicolás Velasco es todo un galán y un seductor nato.

Después de darle las buenas noches a Charlie por videollamada, me llevan a un japonés cercano al hotel donde tienen una reserva para cuatro.

Me suena a encerrona.

La doctora Sanz se presenta como Marta y enseguida noto que la cena no va a tener nada que ver con el trabajo. Es más, los tres están deseando hablar de cualquier cosa excepto de sarpullidos, eccemas y tratamientos dermatológicos.

Su edad debe ser similar y me imagino que su amistad viene del hecho de que son los tres médicos más jóvenes de su centro de salud.

Enseguida me ponen al corriente sobre de dónde son cada uno, aunque de Fernando ya lo sé, por supuesto.

Marta es de Oviedo, y Nicolás, o Nico, como me insiste en que lo llame, de Gijón, así que son prácticamente vecinos y ambos están un poco lejos de casa.

Los dos hablan sin parar y los escucho atentamente o, por lo menos, finjo hacerlo. El vino me relaja demasiado y empiezo a notar

cómo mi cuerpo abandona toda la tensión que ha acumulado en las dos semanas anteriores y, sobre todo, en las doce últimas horas.

—¿Sabes, Ruth? —dice Marta—. Fernando nos ha hablado mucho de ti, pero me ha sorprendido lo jovencita que eres.

—Y cómo has manejado tú sola todo este lío —añade Nico—. Eres todavía más impresionante de lo que nos había contado.

Aunque parezca increíble, Fernando ni se inmuta ante los comentarios de sus amigos. No le importa en absoluto que sepa que ha estado hablando de mí y parece ser que en tan buenos términos. Si hubiera sido al revés, yo me habría puesto tan roja como el vino que me estoy bebiendo en este instante. De hecho, sé que me he ruborizado. En cambio él me sonríe con un aire de seguridad en sí mismo que me hace estremecer.

Yo le quito importancia a los halagos e intento parecer humilde. Cambio de tema y dirijo la conversación hacia sus lugares de nacimiento. Nico y Marta me cuentan que son pareja y yo nuevamente me sorprendo mientras Fernando sigue callado y encogiéndose de hombros.

No es que pensara que Nico estaba interesado en mí, es que es lo que me había insinuado sutilmente Fernando cuando ha mencionado lo de que querían que los acompañara a cenar. Los observo hablar sobre los diferentes conferenciantes y, si no fuera porque lo estoy presenciando directamente, no me creería que unos médicos se comporten así. No sé el motivo, pero me ocurre igual que con los maestros, no me los imagino fuera de las clases y me cuesta pensar en ellos comportándose como las personas normales que son y haciendo cosas de lo más cotidianas.

Cuando me disculpo para ir al baño. Veo que Fernando se levanta al instante y me sigue, así que me tenso y acelero el paso. Antes de que pueda meterme en el cubículo del baño me agarra de la mano.

—Ruth —me habla directamente por primera vez en toda la cena—. Perdona la encerrona pero necesitaba un momento contigo y

no paras de darme largas.

—¿Tiene que ser ahora mismo? —le pregunto mirando hacia el cubículo del baño.

—No, perdona —dice incómodo, percatándose de la urgencia—. Te espero fuera.

En realidad no tengo ninguna urgencia, pero eso me da un poco de tiempo a solas para poner en orden mis pensamientos y quizás aplacar un poco también los latidos de mi corazón.

Cuando salgo, Fernando está apoyado en la pared esperándome.

—¿Puedo acompañarte a casa cuando terminemos de cenar? —me pregunta vacilante por primera vez en todo este tiempo desde que le conozco—. Me gustaría comentarte algo.

—Claro —le digo extrañada. Esperaba otro tipo de interacción, no me voy a engañar a mí misma, así que me quedo bastante sorprendida—. Tampoco quiero tardar mucho en irme, estoy bastante cansada.

La cena transcurre entre bromas sobre los conferenciantes, el incidente de Óscar y la cena que estamos disfrutando. Me preguntan por mis estudios, por Charlie y sutilmente Marta se interesa por mi situación personal.

Lo de sutilmente es una forma de hablar, porque me da la sensación de que sus preguntas están dirigidas y se deben más a la curiosidad de Fernando que a la suya propia.

No me queda más remedio que contarles cómo me quedé embarazada del exnovio de mi mejor amiga, que a su vez se casó con su prima y, como crié a mi hijo yo sola durante todo un año hasta que se lo confesé a su padre.

—Vaya, parece una telenovela —dice Nico alzando las cejas.

—Tu hijo es estupendo —añade Fernando. Y aunque es pediatra y se supone que deben gustarle todos los niños, a mí me suena como que lo dice con toda sinceridad. O así lo quiero ver yo.

—Lo que me recuerda que tengo tu estetoscopio en mi casa —digo de repente ante la mirada divertida de Nico y Marta.

—¿Llevándote material de la clínica a tus citas, Fernando? —pregunta Nico de manera pícara.

—Nooo —me apresuro a negar—. Se lo dejó a mi hijo y luego no había manera de que lo soltara.

—Claro, escuchó el corazón de su madre —replica enseguida Fernando—. Es difícil renunciar a eso. No le puedo culpar.

—Guau…—dice Marta al tiempo que le da un codazo a su novio —. Podrías aprender un poco de Fernando y decirme cosas así de bonitas de vez en cuando, ¿sabes?

Los dos médicos se enzarzan en una discusión divertida entre ellos mientras para mí todo parece desparecer a mi alrededor. Los sonidos de sus voces, la música con tonalidades orientales y el murmullo que proviene de las mesas de alrededor se apagan y solo soy capaz de escuchar los propios latidos de mi corazón. Me golpean el pecho a un ritmo constante y pesado. No tan deprisa como en otras ocasiones, pero sí tan fuerte que lo escucho amplificado.

Terminamos la cena, y aunque insisten en continuar en algún *pub* y tomarnos una copa para rematar la noche, les digo que estoy demasiado cansada y entonces Fernando, como me pidió antes, vuelve a preguntarme si puede acompañarme a casa.

Caminamos juntos. La noche es fresca pero el paseo es agradable. Me ayuda a despejar la mente después de un par de copas de vino.

—Bueno, ¿qué es eso tan misterioso que querías comentarme? —Lo que sea, cuanto antes mejor—. Has sonado bastante intrigante.

—Sí, claro, tampoco es lo que pretendía, pero quería asegurarme de poder tener unos minutos contigo a solas.

—De acuerdo, pues los tienes —le contesto animándolo a hablar.

De pronto se para y su gesto es muy serio.

—Ruth, me voy —me dice sin rodeos—. La doctora a la que sustituía vuelve el lunes. Ayer fue mi último día en el centro de salud.

—Ah, vale. —Trago saliva y casi no me pasa por la garganta. De pronto siento una presión en las sienes y la tensión vuelve a mi cuerpo de golpe—. Entiendo.

—El caso es que no quería marcharme sin despedirme.

—Muy bien, pues ya lo has hecho.

Acelero el paso porque ahora lo único que quiero es llegar cuanto antes a mi casa. No he hecho más que rechazarlo por si esto sucedía, y al final, cuando había empezado a bajar la guardia respecto a él, sucede lo que tanto estaba temiendo.

Maldita sea. Mierda.

Fernando acompasa sus pasos a los míos y yo los acelero una vez más.

—¿Puedes parar un momento? —exclama parándose en seco.

No le hago caso y, en apenas unos segundos, la distancia entre nosotros aumenta considerablemente. Echa a correr y me alcanza poniéndose delante de mí para que deje de avanzar.

—¿Por qué te pones así? —me recrimina—. Eres tú quien me ha estado rechazando desde el mismo momento en que nos conocimos. Primero en la discoteca, de la que huiste sin esperarme, después en la perfumería, en la clínica… Todas las veces no me has dado ni una sola oportunidad y ahora… ¡pasas de nuevo de mí!

—Mira, pues quizás por esto mismo —le explico demasiado enfadada para lo que dicta la lógica—. Porque sabía que tarde o temprano terminarías marchándote. Así es que agradezco tener tan buen ojo y no haberme involucrado más de lo necesario contigo.

—No tienes ni idea de nada.

—Mira, déjame en paz, ¿vale? Vuélvete a tu casa y ya está.

Se cruza de brazos mirándome y yo le rodeo y sigo mi camino dejándolo ahí plantado.

—Podría volver, ¿sabes? —dice soltando la frase al aire—. Puedo pedir destino y, en unos años, tener plaza fija aquí. En cualquier centro de salud o en el hospital. Siempre hay una demanda alta de pediatras en toda España. Podría ir a cualquier ciudad.

No le contesto y sigo andando, pero él vuelve a alcanzarme y me detiene cogiendo mi mano.

—¿Me has escuchado? —insiste.

—Sí —le contesto mirando hacia el suelo—. ¿Qué quieres que te diga?

Lanzo la pregunta casi para mí misma, sin esperar que me conteste porque me temo la respuesta y no sé si estoy preparada para escucharla.

—Quiero que me pidas que me quede. —Su respuesta sale casi en un susurro.

Yo niego con la cabeza y, casi sin darme cuenta, hemos llegado a mi bloque de apartamentos. Podría subir, echarme un rato a llorar, olvidar que lo he conocido y seguir con mi vida. Quizás en unos días consiga dejar de dolerme el pecho como me duele ahora. Supongo que en unas semanas volveré a escuchar música que no sea deprimente y, en unos meses tal vez, vuelva a conocer a algún chico con el que no lo compare.

Probablemente, en unos años, pueda entrar en unos baños públicos sin recordar nuestra noche en la discoteca, aunque lo dudo. En definitiva… nadie muere de amor, ¿no?

—¿Por qué iba a pedirte eso? —le pregunto intentando sonar lo más indiferente que puedo—. Tú y yo no somos nada. Tan solo tuvimos una aventura de una noche.

—Tú no has querido que tengamos nada más. Y yo te lo he pedido varias veces.

—¿Y eso no te dice nada?

La expresión de su rostro cambia a una que no le había visto nunca. No es enfado, ni decepción. Diría que es resignación. Y eso

casi me duele más.

—De acuerdo, Ruth —me dice en voz baja—. Entonces supongo que esto es un adiós.

Se queda parado unos segundos mirándome fijamente, evaluando mi reacción. Quizás dándome algo de tiempo por si cambio de opinión hasta que, finalmente, se da la vuelta y lo veo alejarse en silencio.

Son las dos de la mañana y vuelvo a mi piso sola. Estoy tan cansada que no tengo apenas tiempo de mirar el móvil que ha estado echando humo durante toda la cena.

Mis tíos y primas me han preguntado por la conferencia, Julio y Laura me han mandado una foto de Charlie durmiendo plácidamente con su nuevo peluche y diciéndome que descanse, que mañana me llevarán al niño a la hora de comer para que pueda dormir. Mis compañeros de la carrera han llenado el grupo de mensajes intentando poner una fecha para una cena. Yo lo único que quiero es dormir y no pensar.

Por último, abro el chat con Emma. Ella es más directa; solo me escribe un «A por todas, cariño» y nuestro habitual «Te quiero un millón». A todos les pongo un *emoji* de una cara sonriente y un gracias. A Emma le grabo un audio y le doy a mandar antes de caer rendida en la cama. Han sido quince horas sin parar. Mi cuerpo casi se mueve por inercia, pero mi mente no da para más.

Apago la luz y mi último pensamiento es mi conversación con Fernando, su cara indescifrable. Sus ojos entre tristes y resignados. Como decía García Márquez: «Todo se reduce a la última persona que piensas en la noche. Ahí es donde está tu corazón».

Capítulo 22

Los domingos son mi día con Charlie y, aunque él no está, mi cuerpo se despierta a las siete de la mañana. Es la hora a la que suele solicitar mi atención.

Lo hace desde que era un bebé y le daba el pecho; después, cuando tomaba biberón. Antes se despertaba llorando y, desde que se enseñó a decir «mami», lo hace gritando. Es igualmente efectivo porque mi niño tiene unos pulmones de buceador profesional.

Cuando veo que son apenas las siete, me doy media vuelta, meto la cabeza debajo de las sábanas y sigo durmiendo. Esta vez lo que me despierta es el timbre de la puerta y, como una autómata y sin preguntar quién es, abro desde el telefonillo. Voy a ponerme algo encima para que Julio no se asuste y dejo la puerta entreabierta.

—¿Ruth? —escucho decir desde la entrada.

—¡Emma! ¿Qué…. qué haces aquí?

Me echo a los brazos de mi amiga porque… porque me da la gana y porque la quiero más que a todos los millones del mundo. Da igual que haga tan solo un mes desde que estuvimos juntas en navidades. Ver y abrazar a Emma es de las pocas cosas que sé que nunca me cansaré de hacer.

—¿Estás bien? —me pregunta examinándome de arriba a abajo como si buscara heridas—. ¿Qué ha pasado?

De pronto vienen a mí todos los acontecimientos de la noche. Las palabras de Fernando, su despedida. Me echo a llorar como la niña abandonada que ahora siento que soy.

—Se ha ido —le digo entre sollozos—. Yo no quería enamorarme precisamente por esto y fíjate, al final ha pasado lo que no quería que pasara y… —De repente me callo y la miro extrañada—. ¿Qué haces aquí?

—¿Como que qué hago aquí? —me pregunta casi ofendida—. Es evidente que me necesitas. Además, el audio que me mandaste anoche fue… Ruth, casi no te he visto llorar en veinticuatro años y últimamente lo haces a menudo. Me estoy preocupando.

—Es por Fernando.

—Voy a hacer café. ¿Por qué no te das una ducha y ahora me lo cuentas todo?

Contarle todo a Emma me lleva menos de media hora, justo el tiempo en que damos buena cuenta de una cafetera entera y las ensaimadas que ha traído recién sacadas de la pastelería.

A las doce en punto tocan de nuevo a la puerta y es Julio y Laura, que me traen a Charlie. Como tiene por costumbre, mi hijo se me echa al cuello y me llena la cara de besos y, cuando Laura ve a Emma, se abraza a ella. El ritual de abrazos y besos continúa unos cuantos minutos. Charlie se pone como loco con su «tía» Emma, Julio me da la enhorabuena por la conferencia y después saluda a su ex. Al cabo de unos minutos, y cuando Charlie ya está en el suelo, Laura le pregunta a su prima y mi mejor amiga por el motivo de su visita. Ninguna de las dos queremos hablar delante de Julio y nos quedamos mirándolo.

—¿Qué pasa? —pregunta él devolviéndonos la mirada—. Queréis que me vaya, ¿verdad?

—Sí, cielo —le dice cariñosamente Laura—. ¿Por qué no te vas y vuelves en una…

—Dos horas —interviene Emma, asintiendo con la cabeza—. Y, si no te importa, tráenos algo de comer por favor. Vamos a estar muy ocupadas y no tendremos tiempo de preparar nada.

—Pues eso —vuelve a decirle su mujer—. Dos horas y comida.

—¿Me llevo a Charlie al parque? —pregunta dudando.

Tanto Emma como Laura me miran para ver mi decisión. Estoy todo el día sin verlo, pero creo que la intervención no va a ser apta para los oídos de un niño. Así que el veredicto es claro y conciso.

—Mejor llévatelo —le confirmo.

Cuando Julio ya ha salido por la puerta de la mano de su hijo, me dejo caer en el sofá y, tanto Emma como Laura, se posicionan frente a mí.

—¿Os dais cuenta de que las tres nos hemos acostado con Julio? —dice Emma de la nada como en un pensamiento en voz alta.

Laura le echa una mirada asesina y yo me tapo la cara con ambas manos.



Las cosas en Velvet&Co dan un vuelco sustancial a mi posición en la empresa. Por un lado, Inés, que es la cara visible de la ejecutiva y el enlace directo con los distintos trabajadores de los departamentos, me elogia continuamente. Se interesa por mis estudios y me anima a terminar la carrera cuanto antes porque, según me dice, «puede que haya un puesto fijo para ti cuando la termines».

No solo he dejado muy buena impresión en los asistentes a la conferencia, también en los directivos y demás trabajadores de la compañía.

Pero todo lo bueno tiene un final: Óscar vuelve a su puesto después de unos días hospitalizado y no le sientan nada bien los comentarios que han llegado a sus oídos sobre lo ocurrido en el congreso.

Me consta que echa pestes de mí con todo el que puede y paso de ser la salvadora del evento más importante que haya organizado Velvet, a la trepa sin escrúpulos que quiere quitarle el puesto a su superior con malas artes.

Mis compañeros han escuchado de todo sobre mí y, cuando Inés me llama a su despacho, estoy preparada para lo peor.

—Ruth —empieza a decirme—. Tenemos que hablar.

En toda la historia de la humanidad, nunca sigue nada bueno a esa frase. Cierro los ojos y tomo aire profundamente. Si hay que hablar, pues se habla. O mejor, que hable ella y ya voy pensando en recoger mis cosas yo sola y comenzar a buscar otro trabajo.

—Óscar ha hablado con nosotros —continúa—, en realidad ha hablado con Sánchez Espina, de recursos humanos y Salva Mullor, el CEO de Velvet, y ellos han hablado conmigo.

De puta madre, pienso, se ha ido a las más altas esferas.

—La cuestión es que nos ha dado informes tuyos bastante negativos —sigue diciéndome mientras cierro los ojos y escucho—. Por ejemplo, que coqueteabas descaradamente con los médicos siendo poco profesional y que no estás lo suficientemente cualificada para asumir las responsabilidades que habíamos pensado asignarte.

Podría protestar, decir que todo es mentira, pero me callo y sigo escuchando. Me muerdo la lengua y asumo mi rol. Soy una simple becaria y Óscar es el jefe del departamento de relaciones públicas.

—La cuestión es, Ruth, que todos esos informes están en lo cierto —me dice mirando sus notas—. No estás cualificada… todavía.

Esa última palabra la pronuncia con un poco más de énfasis. Levanto los ojos y aguanto su mirada.

—¿Tienes algo que decir? —me pregunta ante mi silencio.

—No, Inés. Estoy esperando que termines de hablar y, si luego me dejas, poder explicarme.

—Correcto —asiente—. Pues ahora te pido que me des tu versión.

Trago saliva y pienso antes de hablar. Si no pensara, le diría que Óscar es un hijo de puta además de un mentiroso. Pero no. Vamos a pensar, Ruth, me digo.

—Coincido en que no estoy cualificada para ciertas responsabilidades. Soy joven y llevo poco tiempo en la empresa, pero sé que esto se me da bien —intento infundir toda la seguridad que puedo a mis palabras—, y aprendo muy deprisa. Y lo mejor que

tengo es que no me da miedo asumir esas responsabilidades para las que todavía no estoy preparada. Pero, créeme que lo estaré. Aquí o en cualquier lugar.

Inés me escucha con la mano en su barbilla. Y aunque intenta taparla, veo asomar una tímida sonrisa.

—Continúa, por favor. ¿Qué me dices de lo de coquetear con los doctores?

—Eso no es verdad, Inés. Es más, es irónico que me acuse precisamente de eso.

—¿A qué te refieres?

Cierro los ojos y aprieto los labios. Me está tirando de la lengua.

—Verás, él me insinuó que debía aprovechar mis atributos para… —Hago una pausa intentando escoger bien mis palabras, pero no hay forma bonita y delicada de explicar lo que tengo que decir—. Me dijo que enseñara carne.

—Entiendo.

—Sé que es mi palabra contra la suya, pero no nos trata bien, Inés. Sobre todo a las chicas.

—¿Puedes ser un poco más concreta?

Inés sigue apretando las tuercas. Lo hace de una forma sutil, intentando sacarme algo con no sé qué intención y lo cierto es que la paciencia no es mi mejor virtud.

—Si vais a despedirme, ¿por qué me estás haciendo todas estas preguntas? —digo estallando—. Sé como funciona esto, Inés. Dime al menos si me firmaréis el informe para que me convaliden las prácticas. Lo necesito y, además, creo que me lo merezco.

—¿Quién dice que vayamos a despedirte? No es nuestra intención. Y me parece que no sabes exactamente cómo funciona esto. Así que te vuelvo a preguntar… ¿qué quieres decir con que no trata bien a las chicas?

—Me invitó a tomar una copa al salir del trabajo y, cuando le

dije que no, insinuó que había muchas chicas esperando la oportunidad de entrar aquí. No puedo decir que me obligara a nada, pero no hace falta ser una lumbrera para darse cuenta de ciertas cosas.

—Eso es lo que quería saber —me dice levantándose mientras recoge los papeles que tiene sobre la mesa—. No es la primera queja que recibimos en ese sentido sobre Óscar. Y en Velvet nos tomamos muy en serio estos temas.

—Me alegro… supongo.

—No vuelvas a suponer nada, Ruth. —Otra vez su mirada de hielo me hace sentir muy pequeña—. Cuando te conocí te dije que tenías un don. Me lo demostraste el fin de semana pasado en el congreso. Sigue demostrándome que no me equivoqué contigo —dice suavizando el tono esta vez—. Te auguro un gran futuro en esta empresa. Y ahora, sigue trabajando. Hablaremos cuando termines tus estudios.

Capítulo 23
Darío



Darío lleva tiempo invitándome a salir.

Entre el curro, la universidad y que salir con un compañero de trabajo es una de las líneas rojas de mi lista, siempre lo he rechazado.

Al final he tenido que relajar esa estúpida lista porque, a este paso, me veo en el convento como monja de clausura, pero literalmente hablando.

Este chico es químico y se dedica al desarrollo y control de calidad de productos dentro de la compañía. No coincidimos demasiado, aunque en alguna ocasión hemos tenido que trabajar juntos por el lanzamiento de una de nuestras líneas de cremas y un perfume.

Hoy, dos semanas después de que terminara el congreso y de que se marchara Fernando, acepto por fin su invitación a comer. A Charlie le toca este fin de semana con Julio y necesito salir. Sin él, la casa se me echa encima y estoy harta de sentirme sola.

Darío es encantador, atractivo y bastante más divertido de lo que me imaginaba. Lo de ser químico no es tan aburrido como pensaba y durante la comida me cuenta un montón de anécdotas sobre lo que les sucede en los laboratorios.

—Nos pidieron hacer un labial de larga duración que tuviera un

efecto *gloss* natural —me cuenta entre risas—, pero se nos fue la mano con el extracto de guindilla.

—Ay, no. —Me tapó la boca con las manos porque me veo venir el final de la historia—. ¿Qué pasó?

—Pues imagínate —dice bebiendo de su copa—, a la pobre modelo se le hincharon los labios y estuvo tomando leche durante horas.

Entre anécdotas y vino, llegamos al postre y la cita ha ido mucho mejor de lo que imaginaba. Darío no es tan atractivo como Fernando, ni hace que me tiemblen las manos cuando me sonríe. Tampoco he tenido tentaciones de pasar mi mano por su pelo ni acercarme a oler su cuello.

No sé si eso es una ventaja o un inconveniente, pero quizás con una segunda cita o un beso, pueda sentir algo. Si no lo intento nunca lo sabré. Al menos no está casado, ni tiene una novia con la que quiere que me una para un trío, se sabe mi nombre y vive en mi provincia. Algo es algo.

Cuando pedimos el café, mi móvil vibra y en la pantalla aparece el nombre de Julio.

—Perdona, Darío —le digo—, tengo que cogerlo.

Quien llama es Laura desde el teléfono de su marido y, nada más escuchar el tono de su voz, sé que algo no va bien.

—Ruth, soy Laura. —La escucho con la voz quebrada—. Oye no te asustes, ¿vale? pero…

—¿Qué ha pasado? —exclamo asustada—. ¿Es Charlie?

Nada bueno puede seguir a la frase «No te asustes pero». Es el equivalente al «Tenemos que hablar» de las relaciones, pero en versión madre.

—Sí, pero no quiero que te alteres. Charlie se ha caído y vamos a llevarlo a urgencias.

—¿Dónde estáis? ¿Qué ha pasado?

Me levanto como un rayo y mi cara debe ser un auténtico poema porque Darío, al verme, se dirige a la barra y lo veo pagar la cuenta enseguida.

—Vamos al hospital Ocaña, Julio está conduciendo y…

Oigo quejarse a mi hijo y se me encoge el alma.

—Laura, ¿qué tiene? ¿Qué ha pasado? —Quiero saber demasiadas cosas al mismo tiempo y no paro de hacer preguntas—. ¿Puedes ponérmelo al teléfono?

—Claro, mejor pongo la llamada en vídeo y lo ves por ti misma.

Charlie está en brazos de Laura en el asiento trasero del coche y, aunque no llora, está encogido contra su pecho. Laura me explica que al andar, se ha tropezado y, al caer, se ha apoyado con los brazos.

—Creemos que puede tener el brazo roto, Ruth. ¿Puedes venir o vamos a buscarte?

No me he dado cuenta pero estoy llorando y tapo mi boca con las manos. Por un momento me he quedado sin capacidad de reacción. Detrás de mí, Darío me toca en el hombro.

—Vamos —me dice—, yo te llevo.

Llegamos prácticamente a la vez y nos juntamos en urgencias. Le doy las gracias a Darío y el chico se va deseándome que todo vaya bien. Charlie llora más cuando me ve; yo me pongo en modo madre valiente y animo a mi niño diciéndole que todo va a salir genial. Por dentro me duele tanto que creo que voy a desmayarme.

Aguanta, idiota, que tu hijo te necesita, pienso.

No tenemos que esperar mucho, y cuando nos hacen pasar a la consulta, examinan su brazo y le hacen radiografías para confirmarnos que, efectivamente, tiene el brazo roto. El doctor de urgencias nos informa que están preparando el quirófano y que la cirujana saldrá enseguida a explicárnoslo todo.

Mientras Julio y yo esperamos con Charlie, al que han

inmovilizado el brazo, Laura escribe en el grupo informando a todos del accidente.

—¿Ruth? —Escucho mi nombre y, al volverme, veo que es Marta Sanz, la amiga de Fernando que estuvo en el congreso hace dos semanas—. ¿Es tu niño al que voy a tener que operar?

—¡Hola! —contesto sorprendida, aliviada, y contenta de conocer a la médica que va a tratar a mi hijo—. ¿Eres tú la cirujana?

—Eso parece y tranquila…—me dice con cariño—. Es una fractura supracondílea del húmero. Limpia y sin riesgos. He operado muchas así.

—¿Necesita cirugía? —pregunta Julio. El pobre ha estado callado todo el tiempo y ahora parece que va recuperando un poco el color —. Estaba jugando, se ha tropezado con sus propios pies, se ha apoyado al caerse y…

—Es la fractura más común en niños de esta edad, tranquilo —le interrumpe suavemente. Me da la sensación de que Julio se siente culpable—. He visto decenas. Algunas no requieren cirujía y solo inmovilización, pero la fractura está desplazada, así que tendremos que colocar el hueso con unos clavos. Luego tendrá que llevar un yeso durante unas semanas y quedará como nuevo.

Aunque yo me quedo más tranquila después de hablar con Marta, el hecho de saber que Charlie tiene que pasar por el quirófano hace que Julio se ponga nervioso.

—Ruth, te juro que Charlie no estaba haciendo nada raro — empieza a hablar justificándose—, solo estaba jugando como siempre y nosotros estábamos con él y…

—Ya has oído a la doctora, Julio —lo interrumpo tranquilizándolo —. Es lo más normal en los niños. Nadie dice que sea culpa tuya.

—Es que… —dice dudando—. Me he asustado mucho, Ruth.

—Es normal. Menos mal que te ahorraste los primeros meses cuando vomitaba todo lo que le entraba en el cuerpo —le digo intentando aliviar un poco su preocupación—. Creo que no lo habrías

aguantado.

—No tiene gracia. Lo he pasado muy mal.

—Ya veo. En fin —concluyo intentando dar por zanjado el capítulo de culpas y remordimientos—. Vamos a escribir en el grupo que tienen que operarlo. No hace más que vibrarme el móvil y los abuelos deben estar histéricos.

En cuanto informamos a *Los Ángeles de Charlie* de que la fractura requiere de una intervención quirúrgica, en menos de media hora la sala de espera al quirófano donde están operándolo se llena con tres pares de abuelos. Mi tía y las madres de Laura y Julio están en modo dramático, mientras sus maridos se cuentan sus batallas y muestran las cicatrices de sus respectivas operaciones. Parecen competir con quién de los tres la tiene más grande. La cicatriz, ¿eh?

Emma me llama en cuanto ve los mensajes del grupo y le explico todo el procedimiento y los pasos a seguir. Hasta que no terminen la operación no sabremos el tiempo de recuperación en el hospital.

—No hace falta que vengas, Emma —le digo—. Supongo que hoy estará dormido y tendrá que ir poco a poco despertando de la anestesia, así que…

—Tú solo dime en qué hospital está y cuándo lo sepas, me dices también el número de habitación. —Sé que es inútil discutir con ella porque si quiere venir, lo hará—. Mañana temprano iremos Marc y yo.

Mis primas, no sé de qué manera, se enteran y acuden en manada. Judit, de la mano de Giorgio, al que presenta formalmente como su novio. Rebeca, toda arreglada, nos cuenta que el hospital le pillaba de camino al restaurante donde ha quedado, lo cual es mentira porque el hospital no pilla de camino a ningún lugar. Fabiola me pone la excusa de que así descansaba un poco de tanto estudiar y yo me fundo en un abrazo con todas ellas, porque son muy brutas, pero las mejores primas que nadie puede tener.

Mientras esperamos, observo a toda esta gente que aparca todo

lo que estaba haciendo un sábado por la tarde, para acompañarme simplemente a esperar. Porque en el hospital no se puede hacer nada más que eso: esperar.

Los abuelos son más inquietos. Van y vienen trayendo cafés y cosas para picar a pesar de que son las siete de la tarde y nadie tiene hambre. Las abuelas ya están cargadas con diferentes juguetes y cuentos que han comprado de la tienda del hospital. Incluso la madre de Julio ha comprado flores para, según nos explica, adornar un poco su habitación cuando lo suban a planta.

A pesar de que les explico que la doctora nos ha dicho que puede que solo esté una noche en observación mientras se recupera de la anestesia, no hay manera de convencerlas.

Se forman distintos corrillos y los grupos y las conversaciones se mezclan. Cuando llevamos un par de horas, Marta entra en la sala de espera y la veo buscarme con la mirada.

—Vaya, cuánta gente —me dice sonriendo y mirando a todos, expectantes y en silencio al fin—. Tienes mucha familia.

—Sí, somos una piña. ¿Cómo ha ido todo?

—La cirugía ha salido perfectamente. La fractura estaba bien alineada, hemos colocado las agujas de fijación sin problemas y no ha habido complicaciones. Charlie ya está despertando de la anestesia y, en breve, lo llevarán a la sala de recuperación.

»Va a estar un poco aturdido y puede sentirse mareado o con algo de dolor, pero tenemos medicación para controlarlo. Lo más importante ahora es que descanse y que vigilemos la circulación y la sensibilidad en su brazo. Si todo sigue bien, mañana podremos darle el alta con las recomendaciones necesarias. Os avisarán cuando podáis pasar a verlo.

—Gracias, doctora. —Julio parece respirar aliviado; el resto sonríen y el murmullo de antes vuelve—. ¿Cuánto tiempo deberá llevar la escayola?

—Entre unas cuatro y seis semanas. Ya sabéis cómo es eso en

un niño tan pequeño —nos explica—. Será molesto. También deberá tener un control en consulta para observar su evolución.

—Gracias, Marta. —Mi sonrisa no llega del todo a mis ojos y parece que ella, que apenas me conoce, lo nota al instante—. Ha sido una suerte que le hayas operado tú.

—Me ha gustado volver a verte, Ruth. Y no te preocupes por Charlie. Los niños se recuperan de estas cosas enseguida —me dice con cariño—. El yeso es un poco molesto pero veo aquí mucha gente para ayudarte. Ese niño es afortunado. Eso sí, cuando entréis en la habitación, hacedlo por turnos. No creo que os dejen estar allí a todos.

Cuando nos dicen que ya podemos entrar a verlo, me da la sensación de que estamos en una carrera de obstáculos en las que todos nos damos prisa para ser los primeros en verlo. No había visto nunca correr tanto a mis tíos en toda mi vida.

Pero la primera en entrar soy yo. Y detrás de mí Julio y Laura. Poco a poco, sus abuelos llenan a Charlie de besos y regalos. Empiezan a acomodar la habitación y a comprobar que todo está como merece su nieto y yo me relajo al fin.

Les dejo espacio y tiempo con él, yo tendré la noche entera. Porque si algo tengo claro es que la que se va a quedar con Charlie, soy yo. Y parece que el resto también porque todo el mundo lo da por hecho.

Cuando mi gente se ha marchado y el hospital está ya en completo silencio, tocan con los nudillos a la puerta de la habitación y me vuelvo para ver a Fernando apoyado en el marco.

Capítulo 24

—¿Qué haces aquí?

Fernando entra y se dirige directamente a la cama donde descansa Charlie, que todavía está despierto. Primero me saluda con dos besos en la mejilla y me deja paralizada. No me esperaba ese gesto y mi reacción es abrir la boca ligeramente y quedarme sin palabras.

—Hola, campeón —le dice a Charlie—. ¿Te acuerdas de mí? ¿Puedo ver tu yeso?

Charlie se limita a asentir y Fernando se pone en modo profesional.

—Es una escayola chulísima, pero te he traído una cosa que todavía la hará más especial —le explica sacando un sobre—. ¿Quieres que te enseñe lo que hay aquí?

—No deberías haberte molestado —empiezo a decirle—. Imagino que Marta te lo ha dicho pero…

—Charlie es mi paciente. Me preocupo por mis pacientes, Ruth.

—Bueno, técnicamente él ya no es…

—Chisst —me dice poniendo su dedo en mis labios y mandándome callar—. Yo soy el profesional aquí. Déjame que le enseñe a tu hijo lo que le he traído.

Fernando abre el sobre y son unas pegatinas con forma de huesos y rayos x para pegar en su escayola. A Charlie se le ilumina la cara al verlas y se pone enseguida una.

—No las uses todas a la vez. Yo iría poniendo una diferente cada día —le dice guiñándole un ojo—. Así vas contando los días que llevas la escayola.

A mí es que no sé que me pasa con este tío que solo con su presencia hace temblar hasta mis pestañas. Quizás tengo que hacérmelo mirar y, ya que estoy en un hospital, puede que les diga a las enfermeras que me hagan a mí algún tipo de prueba. Quizás es que soy alérgica a él o simplemente estoy enamorada como una idiota y me niego a reconocerlo porque soy eso: idiota.

Cuando Charlie por fin se duerme, nos quedamos hablando prácticamente toda la noche.

Me cuenta que su nuevo destino está en un hospital a cuarenta minutos de aquí. Marta le escribió enseguida contándoselo y no dudó un momento en pasarse a ver a Charlie de camino a su casa, porque todavía sigue viviendo en su apartamento. No le ha dado tiempo a buscar nada en su nuevo destino.

Le cuento mi ascenso en la empresa. También lo de Óscar, aunque con pocos detalles. Tan solo que pensaba en un principio que iban a despedirme. Hablamos de series y películas. De conciertos a los que me encantaría ir cuando por fin consiga un poco de tiempo para mí misma. Hablamos de mi carrera y él me cuenta que toca el piano y que está deseando establecerse definitivamente en algún lugar para poder trasladar el que todavía tiene en casa de sus padres. Me habla sobre los atardeceres dorados de Málaga. De sus calles con duende. De la brisa salada y que a veces echa mucho de menos el murmullo del mar.

Yo le cuento mis viajes pendientes y los sueños que quiero cumplir. Que mis padres murieron en un accidente y que a veces lloro solo de pensar lo mal que podría pasarlo Charlie si me ocurriera algo a mí. La noche da para mucho; nos ponemos serios y tristes y también me trae café, chocolate y reímos en silencio.

A mí me siguen temblando las piernas, las manos y el alma. Y así llegamos al amanecer, con Charlie roncando levemente y nosotros con nuestra tercera taza de café y una sonrisa tonta en la cara.



Mi familia es escandalosa. Cuando apenas son las ocho de la mañana, empiezan a llegar a la habitación, todos a la vez. Parece que hayan estado esperando a que les abran las puertas del hospital durante toda la noche y, cuando les han dado permiso, han entrado en estampida.

Los primeros en entrar son Julio y Laura con los padres de ella. Y justo detrás, mis tíos y los padres de Julio cargados con café y bollería industrial tan rica como poco saludable.

Cuando ven a Fernando, se paran en seco y los murmullos cesan de golpe.

Hago las presentaciones y, a continuación, nos ignoran para centrarse en el protagonista, que no es otro que mi hijo, quien está encantado de la atención y los regalos que obtiene.

Salimos para dejar espacio porque la habitación no da para más y el aire empieza a hacerse irrespirable. Estando fuera, llega Emma con Marc.

La sutileza no es para nada el fuerte de mi amiga, que se queda mirando de arriba a abajo a Fernando.

—Lo primero es lo primero —nos dice con decisión—. Voy a ver a mi ahijado.

A los cinco minutos, sale casi a trompicones y Marc a su lado respira hondo.

—Despídete de tu hijo, Ruth —dice Marc agobiado—. Están discutiendo por la custodia del crío y negociando hasta el último minuto que pasarán con él mientras lleve la escayola.

—Hola, yo soy Emma —se presenta mi amiga mirando a Fernando e ignorando el comentario de su novio—. ¿Y tú eres…?

Yo niego con la cabeza, pero sonrío al mismo tiempo. Emma está haciéndole un examen exhaustivo.

—Es Fernando —les digo—. Era el pediatra de Charlie.

—Mmm…—dice Emma entrecerrando los ojos—. ¿Tú eres el pediatra?

—Espera. —Laura se incorpora a la conversación y ambas dejan a Julio y Marc como meros espectadores—. ¿Tú eres el de los chupetones?

Sabía que, si en algún momento llegaban a conocer a Fernando, alguna de las dos me iba a avergonzar, pero juntas la vergüenza no se multiplica por dos, sino por diez.

—¿El de los chupetones no fue el de la discoteca? —pregunta Emma.

—El de la discoteca es el pediatra —responde Laura.

—¿El pediatra es el de los dos orgasmos en quince minutos?

—Y el que la espera en los baños públicos para enrollarse aunque estén en una cita…

Fernando no para de abrir los ojos a cada pregunta y respuesta que van dando Emma y Laura. Ellas saben de sobra quién es porque les he contado todo con pelos y señales y parece que están disfrutando de lo lindo.

—Bueno, creo que soy todo eso, sí —les confirma Fernando.

Lo cojo del brazo y me lo llevo de allí porque no estoy dispuesta a que mis tíos y el resto de abuelos de Charlie escuchen a estas dos traidoras haciéndome quedar mal. Conforme voy alejándome, las amenazo con el dedo.

—Os vais a enterar.

El hospital despierta poco a poco y, en cuestión de minutos, los pasillos se llenan de visitantes; el personal médico y los auxiliares no paran de entrar y salir arreglando habitaciones y administrando tratamientos. El olor de los desayunos llena la planta y, a pesar de alejarnos del bullicio, no encontramos un sitio tranquilo donde poder hablar. Nos hemos pasado toda la noche en vela juntos pero no parece que tengamos suficiente.

Me coge de la mano y me lleva a uno de los aseos.

—Así que ¿has hablado mucho de mí a tus amigas? —me dice mientras me tiene contra la pared del baño de minusválidos.

—¿Qué amigas? —le contesto con ironía—. No conozco de nada a esas traidoras.

Sus labios saben a café y chocolate. Ese que hemos estado compartiendo durante toda la noche. Nos besamos a un ritmo lento y un poco lánguido. No son los mismos besos que nuestra primera vez en la discoteca, llenos de pasión y lujuria, ni los de los baños del restaurante, cargados de tensión y deseo contenido. Estos son besos rendidos, sumisos y entregados el uno al otro.

—¿Crees que alguna vez podremos besarnos en otro lugar que no sea un baño público? —le pregunto cuando baja delicadamente por mi cuello.

—Creía que te gustaba esto.

Alterna sus palabras con un suave beso en cada centímetro de mi garganta. Como aquella noche. Solo que esta vez los toques son tan delicados que sé que no me dejarán marcada. Ahora el ritmo es diferente y noto cómo sonríe aunque no pueda ver su cara.

—No voy a quejarme —le replico mientras disfruto de su lengua rozando mi piel—, pero he pensado que hay otros lugares más privados… mmm… y un poco más íntimos… mmm.

—Yo también lo he pensado. —Va subiendo lentamente hasta llegar otra vez a mis labios y dejarlos ahí, muy cerca—. Tengo unas cuantas ideas.

—¿Quieres contármelas?

Mueve sus manos, que tenía apoyadas en mi cintura, y coge las mías. Las acaricia con sus pulgares en círculos lentos y suaves mientras me mira con una sonrisa cansada. La mía debe expresar lo mismo; llevo más de veinticuatro horas despierta.

—Pues verás —empieza a decir—, podríamos besarnos en el portal de tu casa, por ejemplo.

—Eso es público también. ¿No tendrás una especie de fetiche, verdad?

—No me has dejado terminar —me regaña sin dejar de mirarme a los ojos.

—Perdón, continúa.

—Te besaría en el portal de tu edificio después de haber disfrutado una cena en algún restaurante íntimo y elegante. Nuestros labios sabrían a vino o cerveza, en vez de café y chocolate —murmura—, quizás a algún licor de frutas o algo más fuerte. Nos besaríamos con pasión y deseo porque habría estado pensando en ese momento durante toda la cena.

—Sí, creo que…

—Aún hay más —me interrumpe—. Te preguntaría si puedo subir, o quizás serías tú quien me rogaría que lo hiciera.

—Uy, qué seguro estás de ti mismo, ¿no?

—De mí mismo y de ti.

Sus ojos y su seguridad me hacen tragar saliva, me intimidan y me asustan al mismo tiempo. Me hacen sentir vulnerable e indefensa a su atractivo, pero al mismo tiempo completamente deseada.

—Vaya, y ¿qué crees que pasaría después? —Llegados a este punto quiero saberlo todo aunque me hago una ligera idea.

—Después te besaría en el ascensor —me dice con voz grave—. Tu edificio tiene ascensor, ¿verdad? —pregunta cambiando el tono a uno más divertido.

—Sí —le aseguro entre risas.

—Menos mal, porque es relevante para mi historia. —Me besa de nuevo como si mi boca le diera el aliento que necesita para continuar—. Te besaría otra vez en el ascensor mientras levanto una de tus piernas metiendo las manos por debajo de tu vestido. Es imprescindible que haya un vestido como el que llevabas aquella noche en la discoteca —me recuerda—. Y llegaríamos demasiado

pronto a la planta donde está tu apartamento, pero me guiarías hasta tu puerta sin mediar palabra.

—Todo sigue siendo demasiado público —le indico—, ¿seguro que no tienes un fetiche?

—Segurísimo. Llegaríamos a tu puerta y mientras intentaras abrirla, me pegaría a tu espalda. Te besaría el cuello desde atrás y te pondría tan nerviosa que apenas atinarías a meter la llave.

—Si haces eso, es lo más probable —susurro dándole la razón.

Vuelve a besarme porque parece que no podemos estar más de dos minutos sin hacerlo. Da igual si son besos lentos o apenas un roce, si son más dulces o apasionados. Parece una necesidad que no podemos eludir.

—Pero ya llegamos a la parte más privada —continúa—, y entonces nada podría impedirme hacer lo que llevo deseando desde que te conocí.

—¿Vas a decirme que es?

—¡Ruth! —escuchamos desde detrás de la puerta—. Salid de ahí, pervertidos. La doctora está visitando a Charlie. Imagino que querrás saber lo que dice.

Si fuera otra persona quien nos ha pillado en el baño, me moriría de vergüenza, pero es Emma, así que lo único que me da apuro es pensar que este hombre me ha hecho olvidarme por unos minutos de mi hijo. El que tengo en una cama de hospital recién operado.

Pero qué mierda de madre eres, tía, me digo a mí misma saliendo del baño a toda prisa.

Fernando viene detrás de mí. Emma nos mira negando con la cabeza y la sonrisa más idiota que le he visto en mucho tiempo.

Mientras Marta nos explica la evolución y le da el alta a Charlie con instrucciones precisas del seguimiento y los cuidados que debemos adoptar, tengo a mi alrededor a todos tomando notas y

cosiendo a preguntas a la doctora. Fernando está a su lado y me quedo como una idiota mirándolo.

—¿Dónde estabais, viciosos? —me pregunta Laura acercándose a mí.

Yo sonrío pero no le contesto. Es Emma la que lo hace por mí.

—Estos dos salidos estaban enrollándose en el baño de minusválidos —le dice a su prima como si yo no estuviera allí presente.

—¿En serio, Ruth? Tu hijo en una cama de hospital y tú con la lengua de ese tío buenorro en la garganta —me pregunta con ironía y fingida indignación—. Pues ya era hora, tía. Nos tenías preocupados.

—Exacto, amiga. Muy preocupados —coincide Emma. Parece que todos se han puesto de acuerdo—. Ahora, ve con tu chico, que no te quita ojo de encima, anda. Ya nos ocupamos nosotros de prepararlo todo para irnos.

Fernando está despidiéndose de Marta y me acerco a ellos para darle las gracias a la doctora. Como si fuera un acto reflejo, al estar a la altura de ambos, deslizo mis manos para coger la de Fernando. Él mira hacia abajo para ver nuestras manos unidas y sonríe.

Charlie está montado en una silla de ruedas, con todos su abuelos peleándose por empujarla y Julio y Laura intentando poner orden entre ellos. Emma y Marc se despiden de nosotros para volver a su casa y Fernando y yo seguimos a la comitiva que acompaña a mi hijo a cierta distancia.

—Entonces —le digo al oído todavía cogidos de la mano—, ¿qué es eso que dices que llevas pensando hacerme desde que me conociste?

Fernando se para, me mira con esa sonrisa de suficiencia y seguridad que me desarma.

—Lo que quiero hacerte implica varias circunstancias, situaciones y elementos; tú desnuda en una cama, aunque eso no es imprescindible, pero sí más cómodo. Yo encima o debajo de ti,

aunque eso lo dejo a tu gusto, y mi boca en cierta parte de tu cuerpo que me muero por probar. El ritmo que llevemos lo podemos negociar o te dejo a ti que lo marques, me es indiferente. Pero antes de nada y de todo eso… tengo que hacerte una pregunta.

—Pregúntame lo que quieras —digo tragando saliva y con un escalofrío recorriendo todo mi cuerpo.

—¿Quieres, por favor, tener por fin una cita conmigo?

Epílogo



Estoy nerviosa.

Mucho más que cuando tuve que ponerme al frente del congreso o cuando tuve que defender mi trabajo de fin de grado. Menos que cuando rompí aguas y me puse de parto, aunque esos más que nervios, era puro terror.

Intento colocar la pajarita que los padres de Julio le han regalado a Charlie pero es un año mayor, ya casi treinta meses, lo que traducido en años es más de dos y menos de tres como dirían mis primas. Así que ahora, no lo convenzo de ponerle cualquier cosa. El niño me ha salido con bastante carácter.

Mis tíos van a pasar a recogerlo para llevárselo y que yo pueda arreglarme tranquila; luego, se unirán a Julio y Laura, que los llevarán en el coche al auditorio, donde seguramente ya estarán esperándolos Marc y Emma.

Repaso mentalmente las notas que llevo días memorizando y maldigo varias veces a mis compañeros de curso. ¿De verdad no había ningún pardillo o pardilla más a quién asignarle el discurso previo a la entrega de diplomas? Sé que es un orgullo y que entraré a formar parte de los alumnos destacados que han merecido ese

honor en promociones anteriores, pero ahora mismo me toca bastante las narices nada más pensarlo.

Cuando falta escasamente una hora para el comienzo del acto, tocan insistentemente el timbre de la puerta.

—¿Se puede saber qué haces? —. Fernando está incluso más nervioso que yo. Pero tengo que reconocer que está guapísimo con su traje gris y su corbata color vino—. Vamos a llegar tarde y ¡tienes que hablar! ¿Qué te falta?

—¿Puedes calmarte? —Me parece curioso que toda la seguridad que siempre parece desprender, se desvanezca de esta manera. Más aún cuando no es algo que le toque hacer a él—. Tenemos tiempo de sobra, incluso podríamos… ya sabes.

Fernando me mira sin dar crédito a mis insinuaciones pero haciendo trabajar su mente a toda velocidad; parece estar calculando distancia, tiempo, posibles contratiempos como el tráfico y todo lo que podría surgir desde mi apartamento al auditorio.

—No sé si nos daría tiempo —dice dudando—, quizás uno rapidito pero…

—Fernando estoy de coña, ¿vale? —exclamo indignada pensando que la broma era más que evidente—. Llevo más de una hora arreglándome. ¿Cómo voy a proponerte eso ahora?

—¡Yo qué sé! A veces me cuesta entenderte.

—Venga, anda —digo entre risas y más relajada. Su cara al menos me ha hecho liberar algo de tensión—. Cojo el bolso y nos vamos.

El auditorio de la universidad está prácticamente lleno. En las primeras filas los asientos están reservados al decano, rector, claustro de profesores y otros representantes de la universidad. También para los familiares directos de los graduados y, en mi caso, que soy la encargada de dar el discurso, tengo asientos preferentes. En ellos están ya mis tíos y Charlie.

Pero no son los únicos que han venido a acompañarme en este día tan importante para mí. La totalidad de *Los Ángeles de Charlie* están al final del auditorio y *El Convento* al completo.

Aunque después de la entrega de orlas, la universidad ha organizado una especie de *cocktail*, mis primas han decidido que eso no es suficiente, así que han reservado la pizzería de Giorgio para celebrar todos juntos mi graduación con una cena íntima.

El restaurante es pequeño y lo llenamos nosotros mismos. Mis compañeros del grupo de estudios, a los que tengo que matar por haber sido los que me propusieron para el discurso, también están invitados.

Al final, Aarón y Clara han terminado formalizando la relación intermitente que mantenían. Mi prima Rebeca le echa el ojo a Lucas y no paran de lanzarse miraditas durante toda la cena.

Fernando, algo más tranquilo después de que terminara el acto de graduación, no se separa de mí en todo momento y se muestra como el novio más orgulloso que nadie pueda tener.

Cuando estamos en los postres, los padres de Giorgio sacan una gran tarta con una foto mía enorme bastante vergonzosa que parece que han sacado del móvil de mi amiga Emma. Amiga por decir algo, porque es otra de las personas a las que seguramente vaya a matar en breve.

Charlie no puede estar más feliz. Es el centro de atención de todos, a parte de mí misma, y al ver la tarta con la foto de su madre, aún se ríe con más ganas.

Sacan botellas de cava y, cómo me temía, todos hablan de mí por turnos con la excusa de brindar y darme la enhorabuena. Las palabras de mis tíos me hacen derramar alguna lágrima. Sobre todo cuando mencionan a mis padres y ellos mismos se emocionan al recordarlos. Pero mis primas enseguida ponen la nota divertida contando anécdotas sobre lo mala estudiante que era en el instituto y otras mucho más vergonzosas.

Emma se levanta y nada más verle la cara sé que me va a hacer llorar.

—Quiero hacer un brindis por Ruth. Pero no por la Ruth recién graduada. Ni por la excelente relaciones públicas que ya es. Tampoco por ser la estudiante elegida para dar el discurso de graduación. —Emma traga saliva y aprieta los labios. Tiene los ojos vidriosos y yo empiezo a emocionarme antes de lo que me esperaba —. Quiero hacer un brindis por mi amiga. Por la madre de mi ahijado. Por la persona en la que se ha convertido.

Fernando me aprieta la mano que no ha dejado de sostener durante toda la ronda de discursos improvisados.

—Quiero brindar por una persona que nunca se ha rendido a pesar de haberse encontrado con unos obstáculos que a otros nos habrían hecho renunciar. Por la madre que siempre antepone la felicidad de su hijo a la suya propia. Pero, sobre todo, en lo que a mí respecta, por la amiga que siempre está. Que siempre te escucha y te apoya aunque no tenga tiempo ni de escucharse a sí misma. La que te ayuda antes incluso de saber que necesitas ayuda. Brindo por ti, Ruth, y para que siempre seamos más que amigas. Te quiero un millón.

Lo sabía, será…, pienso mientras niego con la cabeza mirándola con los ojos llorosos.

Todos los demás levantan sus copas y beben; cada vez están más borrachos. Todos menos Laura, que parece ser la única que aguanta la compostura.

—¿Por qué no bebes, Laura? —pregunta Emma—. Da mala suerte no beber cuando se hace un brindis.

—Brindar sin beber, siete años sin joder —dice Antonio, mi compañero del grupo de estudios.

Todos nos sorprendemos porque hasta ahora, nadie lo había escuchado hablar.

Las risas nos contagian a todos y los abuelos de Charlie intentan sin mucho éxito tapar los oídos al niño.

—Espera… ¿estás bebiendo agua todo el tiempo? —Emma abre los ojos como platos y se tapa la boca con la mano mientras Laura cierra los ojos y su marido, a su lado le da un beso en la mejilla.

—Bueno, no queríamos decirlo así —dice Julio levantándose—, pero creo que nos habéis pillado.

Laura se levanta también. El brillo en sus ojos es distinto al de los demás. No están vidriosos por la emoción del momento, ni por las palabras de Emma. Mucho menos lo están por el alcohol.

—Bueno, no queríamos decir nada hoy por no quitar protagonismo a Ruth en su día —empieza a decir. Guardamos silencio y escuchamos atentamente—, pero como mi prima es una bocazas y estamos todos juntos, creo que no hay mejor ocasión que esta.

Sus padres y los de Julio se miran sorprendidos, Emma pone una de sus manos en la de Marc y otra sobre su pecho y Fernando y yo nos miramos extrañados.

—¿Quieres decirlo tú, cielo? —le pregunta a Julio.

—No, creo que debes ser tú —le contesta.

—Bueno, pues queremos deciros que Charlie va a tener un hermanito o hermanita —anuncia encogiéndose de hombros.

Como es de esperar, las madres de ambos lloran de la alegría, mis primas lanzan vítores sin parar de beber y los besos y los apretones de manos se suceden a continuación.

—Un momento, por favor —vuelve a hablar Laura haciendo callar a todos—. Además de anunciar eso, quería hacer un brindis, aunque no vaya a beber yo. También una petición.

Laura está de pie con Julio a su lado, que no se ha movido en todo el tiempo.

—Sé que no empecé con muy buen pie contigo, Ruth —dice dirigiéndose directamente a mí.

Sus ojos están vidriosos ahora también. Igual que los míos.

—Llegué a odiarte —confiesa—. Tú fuiste el desastre que amenazó la vida que quería empezar con Julio. El drama que invadió el futuro que había soñado con él. Pero a veces las mejores relaciones empiezan con un desastre y las auténticas amistades se forjan desde los mayores dramas. Y ahora solamente puedo dar gracias por estar en tu vida y que me hayas aceptado en la de Charlie. Solo espero contar con tu ayuda para poder ser tan buena madre como tú… Así que, esta es la gran pregunta que queremos hacerte: ¿Querrías ser la madrina de nuestro niño o niña?

Ya me han hecho llorar otra vez. Serán…

Ni siquiera me sale insultarlos, así que lo único que hago es abrazarme a Laura y Julio y llorar de la emoción con ellos. Luego me dirijo a Emma y señalándola con el dedo le suelto un: «Solo quedas tú».



Voy al aseo a intentar retocarme el desastre que todos los brindis han hecho en mi maquillaje y Fernando viene detrás de mí. En serio, ¿este hombre no piensa cambiar nunca?

En realidad, espero que no.

—Sabes que todos están ahora hablando de nosotros y de lo que estaremos haciendo en el baño, ¿verdad? —le pregunto con mi espalda pegada a la pared y su boca en mi cuello—. Mis primas estarán contando los detalles más pervertidos a mis amigos de la carrera.

—Bueno, a mí no me importa —susurra en mi cuello—. La culpa es tuya por lo de antes.

—¿Qué es lo de antes? —pregunto indignada.

—En tu apartamento, has insinuado que teníamos tiempo para hacerlo. Has sido muy mala bromeando así conmigo.

—Estás loco si piensas que vamos a hacer algo aquí y ahora —le digo apartándolo de mi cuello para darle un beso en los labios.

—Estoy loco… pero por ti.

Me devuelve el beso y se queda mirándome cuando se separa de mí lentamente.

—Toma, tengo un regalo de graduación para ti —me dice sacando un sobre de su chaqueta—. No quería dártelo delante de todos.

—¿Qué es esto? —pregunto extrañada mirando al sobre.

—Ábrelo y lo verás.

En su interior hay dos billetes de avión con destino a Málaga y una tarjeta escrita a mano con su letra inconfundible.

Quiero que conozcas donde crecí. Quiero que conozcas a mi familia. Y sobre todo, quiero que este viaje sea el primero de muchos juntos. Porque esto no es solo una escapada… es un paso más en nuestro camino.

Siento que el estómago me da un vuelco. Levanto los ojos y Fernando me observa con intensidad, como si estuviera esperando mi reacción.

—¿Así que me llevas a conocer a tu familia? —pregunto, intentando sonar ligera, aunque mi voz tiembla un poco.

Fernando se encoge de hombros con falsa despreocupación.

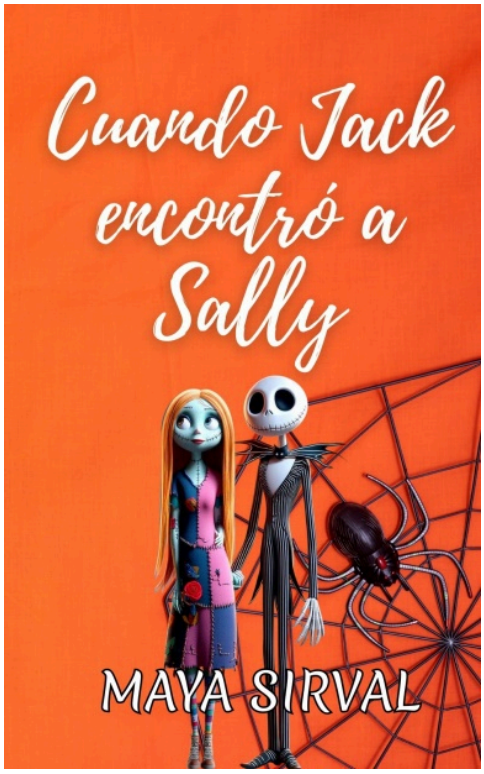
—Bueno, pensé que ya era hora de que supieran quién es la mujer de la que no paro de hablar.

Suelto una risa nerviosa y mi corazón late con fuerza. Miro de nuevo los billetes y, sin pensarlo demasiado, me lanzo a abrazarlo.

—Sí.

—¿Sí, qué?

—Que sí, Fernando. Contigo, siempre sí.



En una fiesta de Halloween, Lucas —disfrazado de Jack Skellington— conoce a su misteriosa «Sally». La conexión es instantánea, tan intensa que se enamora a ciegas… y a primera vista. Pero ella desaparece sin decir su nombre, ni dejarle un número.

Dos años después, en otra fiesta, Lucas reconoce una voz y una risa que no ha podido olvidar. Esta vez no piensa dejarla escapar. Así es como Zoe entra en su vida y se convierten en los mejores amigos.

Entre cenas, celos, fiestas y besos robados, Lucas y Zoe tendrán que decidir si arriesgar su amistad por algo más… o dejar perder un amor que empieza a ser desesperado.

Lo que ninguno imagina es que el amor puede ser tan caótico como una noche de Halloween… y que el destino también sabe disfrazarse.

ENLACE A LA PREVENTA



Emma siempre ha creído en el control. En los planes bien trazados. En hacer las cosas «como se debe».
Después de todo, ya cometió un error imperdonable en su última semana de instituto… y no piensa repetir la historia.

Ahora, a punto de graduarse en la universidad, todo parece ir como ella esperaba: futuro brillante, novio ideal, trabajo asegurado. Hasta que el universo —o algo que se le parece mucho— empieza a devolverle cada una de las 12 leyes del karma.

ENLACE A AMAZON



J.R. Landing, el autor más exitoso de la actualidad, va a desvelar su identidad. Cinco lectores de distintos lugares del país reciben una invitación que parece sacada de una novela: conocer en persona al autor más misterioso del planeta. Entre enredos, corazones heridos e islas privadas, descubrirán que a veces los libros no solo te salvan… también te encuentran.

ENLACE A AMAZON



Ana pinta cuadros, y dirige un hotel con más encanto que una postal. Todo va bien hasta que una noche llega Alex, un hombre de negocios con sonrisa de anuncio y compañía ruidosa. Una reseña simpáticamente quejosa lo trae de vuelta… y ahí empieza todo.

Álex siente un vacío que ni sus trajes caros pueden llenar. Ana es un torbellino de luz que lo descoloca. Y Santi, el socio leal de Ana, lleva años esperando su momento.

Entre desayunos caseros, propuestas inesperadas y corazones despistados, el amor empieza a florecer. Pero cuando el ex de Ana desaparece misteriosamente la historia da un giro que nadie veía venir.

ENLACE A AMAZON



Cuando la famosa actriz de Hollywood Carolyn Matz regresa al pueblo de su infancia tras la muerte de su madre, se ve envuelta en una serie de encuentros y desencuentros con sus amigos de la infancia.

Después de doce años, estos han seguido con su vida y no olvidan que Carolina, que es como realmente se llama, se marchara sin despedirse y no haya querido saber nada de ellos en todo ese tiempo.

Entre reproches, recuerdos y más de una sorpresa empieza a preguntarse si el amor que tanto buscó estaba, desde el principio, justo donde nunca se atrevió a mirar.

¿Y si el lugar al que juraste no volver… fuera el único donde te queda algo por descubrir?

ENLACE A AMAZON

SOBRE LA AUTORA

Maya Sirval es una persona que siempre se ha dedicado a la música. Ha sido su trabajo pero también su gran pasión, pero como este es un mundo tan caprichoso a veces, decidió lanzarse a la piscina y sumergirse en su otra gran pasión: escribir historias.

Como ella misma afirma: «Trato de llevar a una página en blanco las comedias románticas que me gustaría leer o ver en la pantalla. Amores imposibles, inevitables, irrepetibles pero siempre con final feliz».

A su primera novela, 1 hotel para 2 *corazones*, le siguen *12 años sin ti*. *12 islas girando a la derecha*, *Las 12 leyes de mi karma* y *12 citas hasta ti*, todas pertenecientes a la serie *12 comedias románticas y un amor desesperado*.

«Me encanta saber cosas de las personas que, como tú, me acompaña en esta y otras historias. No dudes en ponerte en contacto conmigo para hablarme de ti o para conocer mis otros libros a través de mi página de AUTOR de Amazon».

A quienes leen no solo con los ojos, sino con el alma.

A quienes no necesitan saber mi rostro para reconocerme entre las palabras. A los que se convierten en fans no por un nombre, sino por la emoción que una historia deja en el pecho.

Gracias por estar, sin verme. Por sentir, sin preguntar. Por confiar en que, al final, lo que importa no es quién escribe… sino cómo te hace sentir lo que lees.

Y sobre todo, gracias porque eres el motivo final que da sentido a mis novelas, quien aporta luz a mis ideas cuando solo me acompañan las sombras. Tus manos no firman estas páginas, pero están en cada una.

Este libro, como los anteriores, también es tuyo.

A riesgo de acabar con tu paciencia, te pido que dediques un minuto a valorar la novela en Amazon. Puedes hacerlo accediendo al siguiente ENLACE. Esa pequeña pero gran contribución es fundamental para aquellos que decidimos crear historias a partir de la palabra.

Con cariño,

Maya Sirval